

LA REINA DEL CIELO EN EL REINO DE LA DIVINA VOLUNTAD



**Por la Sierva de Dios
Luisa Piccarreta
Hija Pequeña de La Divina Voluntad**

Contenido

LLAMADA MATERNA DE LA REINA DEL CIELO	1
ORACION A LA REINA DEL CIELO ANTES DE CADA MEDITACION.....	2
PRIMERA MEDITACION – La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad.....	3
El primer paso de la Divina Voluntad en la Concepción Inmaculada de la Mamá Celestial.	3
SEGUNDA MEDITACION – El segundo paso de la Divina Voluntad en la Reina del Cielo	5
La primera sonrisa de la Trinidad Sacrosanta ante su Concepción Inmaculada	5
TERCERA MEDITACION – El tercer paso de la Divina Voluntad en la Reina del Cielo.	7
La sonrisa de toda la creación por la Concepción de la Celestial Niña.	7
CUARTA MEDITACION – El cuarto paso de la Divina Voluntad en la Reina del Cielo.	9
La prueba.....	9
QUINTA MEDITACION – El quinto paso de la Divina Voluntad en la Reina del Cielo.	11
El triunfo sobre la prueba.	11
SEXTA MEDITACION – El sexto paso de la Divina Voluntad en la Reina del Cielo.....	13
Después del triunfo de la prueba: La posesión.....	13
SEPTIMA MEDITACION – La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad.....	15
Toma el cetro de mando y la Trinidad Sacrosanta la constituye como su Secretaria.....	15
OCTAVA MEDITACION – La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad.....	18
Recibió de su Creador el mandato de poner a salvo la suerte del género humano.	18
NOVENA MEDITACION – La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad.....	20
Es constituida por Dios vínculo de Paz entre el Creador y la criatura.....	20

DECIMA MEDITACION – El nacimiento prodigioso de la Reina del Cielo.....	22
Es el alba que pone en fuga la noche del querer humano, es la aurora que anunciaba a los corazones el día suspirado de la luz y de la Gracia.....	22
DECIMA PRIMERA MEDITACION – La Reina del Cielo durante los primeros	24
tres años de su existencia, con sus mismos actos infantiles invita a Dios a descender a la tierra e invita a los hombres a vivir en la Divina Voluntad.....	24
DECIMA SEGUNDA MEDITACION – La Reina del Cielo deja la casa paterna.	26
Su vida en el Templo.	26
DECIMA TERCERA MEDITACION – La Reina del Cielo sale del Templo.....	29
Se desposa con San José y santifica así también el estado conyugal.	29
DECIMA CUARTA MEDITACION – La Reina del Cielo en la casa de Nazaret.	31
Cielo y tierra están a punto de darse el beso de paz. La hora Divina está cercana.....	31
DECIMA QUINTA MEDITACION – La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad.....	33
Las puertas del Cielo se abren. El Verbo Eterno envía a su Angel para anunciar a la Santísima Virgen que la hora de Dios ha llegado.	33
DECIMA SEXTA MEDITACION – La Virgen María es un Cielo tachonado de estrellas.	36
El Sol Divino con sus refulgentes rayos llena ya el Cielo y la tierra. Jesús en el seno de su Mamá.	36
DECIMA SEPTIMA MEDITACION – La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad.....	38
En la hoguera de su amor, María, sintiéndose Madre de Jesús, se encamina en busca de los corazones para santificarlos. Visita a Santa Isabel y santificación de Juan.	38
DECIMA OCTAVA MEDITACION – La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad.....	41
Sol que nace y que asciende hacia los esplendores del medio día. El Verbo Eterno en medio de nosotros.	41

DECIMA NOVENA MEDITACION – La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad.....	43
El pequeño Rey Jesús nace, los Angeles y los pastores lo adoran y el Cielo y la tierra exultan. El Sol del Verbo Eterno termina con la noche del pecado y da principio al pleno día de la Gracia. 43	
VIGESIMA MEDITACION – La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad.....	45
Llega la primera hora de dolor. Heroísmo materno en el rito de la circuncisión. 45	
VIGESIMA PRIMERA MEDITACION – La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad.....	48
Una nueva estrella con su dulce centelleo llama a los Reyes Magos a adorar a Jesús. La Epifanía. 48	
VIGESIMA SEGUNDA MEDITACION – El FIAT Divino pide a la Reina del Cielo el heroico sacrificio de ofrecer al Niño Jesús por la salvación del género humano.	51
Huida a Egipto, exilio y regreso a Nazaret..... 51	
VIGESIMA TERCERA MEDITACION – La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad.....	54
Nazaret símbolo y realidad del Reino del FIAT Divino. Vida oculta. María depositaria, fuente y canal de todas las gracias.... 54	
VIGESIMA CUARTA MEDITACION – La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad.....	56
Visita al Templo. María modelo de oración. Jesús se pierde en el Templo..... 56	
VIGESIMA QUINTA MEDITACION – La Reina del Cielo en las Bodas de Caná fue constituida Reina de las familias, Reina de los milagros y vínculo de unión entre el FIAT Divino y la criatura. .	59
VIGESIMA SEXTA MEDITACION – La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad.....	62
La hora del dolor se aproxima. Separación dolorosa. Jesús en su Vida pública..... 62	
VIGESIMA SEPTIMA MEDITACION – La Reina de los dolores en el Reino de la Divina	65
Voluntad. Llega la hora del dolor. La Pasión. Llanto de toda la naturaleza..... 65	

VIGESIMA OCTAVA MEDITACION – La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad.....	68
El Limbo. La espera. La victoria sobre la muerte. La Resurrección.....	68
VIGESIMA NOVENA MEDITACION – La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad.....	71
La hora del triunfo. Apariciones de Jesús.....	71
Los Apóstoles, que habían huido, regresan en derredor de la Santísima Virgen como a su arca de salvación y como a su medianera de perdón. La Ascensión.....	71
TRIGESIMA MEDITACION – La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad.....	73
La Maestra de los Apóstoles. Sede y centro de la Iglesia naciente. Barca de Refugio. Pentecostés.	73
TRIGESIMA PRIMERA MEDITACION – La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad.....	75
Su tránsito de la tierra al Cielo. Su entrada feliz. El cielo festeja a su Reina.	75
Consagración del alma a la Divina Voluntad	79
Oración a la Santísima Trinidad para la glorificación de la Sierva de Dios Luisa Piccarreta.....	80



LLAMADA MATERNA DE LA REINA DEL CIELO

“Hija queridísima, siento la irresistible necesidad de bajar del Cielo para hacerte mis visitas maternas. Si tú me aseguras tu amor filial y tu fidelidad, Yo permaneceré siempre contigo, en tu alma, para ser tu Maestra, tu Modelo y tu Madre ternísima.

Vengo para invitarte a entrar en el Reino de tu Mamá, en el Reino, por tanto, de la Divina Voluntad, y llamo a la puerta de tu corazón para que tú me abras.

Mira, con mis manos te traigo en don este libro, te lo ofrezco con amor materno, para que tú, leyéndolo, aprendas a vivir de Cielo y ya no más de tierra.

Este libro es de oro, hija mía. El formará tu fortuna espiritual y tu felicidad aún en la tierra. En él encontrarás la fuente de todos los bienes: Si eres débil, adquirirás la fuerza; si eres tentada, adquirirás la victoria; si caes en la culpa, encontrarás la mano misericordiosa y potente que te levantará; si te sientes afligida, encontrarás el consuelo; si te sientes fría, encontrarás el medio seguro para enfervorizarte; y si te sientes hambrienta, tomarás el alimento exquisito de la Divina Voluntad.

Con este libro no te faltará nada; ya no estarás más sola, porque tu Mamá te hará dulce compañía y con sus cuidados maternos se comprometerá a hacerte feliz. Yo, la Emperatriz Celestial, me encargaré de todas tus necesidades si tú accedes a vivir unida a Mí.

¡Si tú conocieras mis ansias, mis suspiros ardientes y las lágrimas que derramo por mis hijos! ¡Si tú supieras como ardo en el deseo de que escuches mis lecciones todas de Cielo y aprendas a vivir de Voluntad Divina!...

En este libro encontrarás maravillas. Encontrarás a tu Mamá que te ama tanto que sacrifica a su querido Hijo por ti, para poder así hacerte vivir de la misma vida que Ella vivió sobre la tierra.

¡Ah, no me des este dolor: no me rechaces; acepta este don de cielo que te traigo; acoge mi visita, atiende mis lecciones!

Has de saber que Yo recorreré todo el mundo, iré a cada alma, a todas las familias, a todas las comunidades religiosas, a todas las Naciones, a todos los pueblos, y, si se necesita, iré por siglos enteros, hasta que haya formado, como Reina a mi pueblo, y como Madre a mis hijos, los cuales conocerán y harán reinar por doquier la Divina Voluntad.

He aquí explicada la finalidad de este libro. Aquéllos que lo acojan con amor, serán los primeros afortunados hijos que pertenecerán al reino del FIAT Divino, y Yo, con caracteres de oro escribiré sus nombres en mi Corazón materno.

Mira, hija mía, el mismo Amor infinito de Dios que en la Redención quiso servirse de Mí para hacer descender al Verbo Eterno a la tierra, ahora me llama de nuevo y me confía la tarea, el sublime mandato de formar en la tierra a los hijos del Reino de la Divina Voluntad. Y Yo, maternalmente presurosa me pongo a la obra y te preparo el camino que te conducirá a este feliz Reino.

Y para tal fin te daré sublimes y celestiales lecciones; especialmente te enseñaré nuevas oraciones, en las cuales el cielo, el sol, la creación entera, mi misma Vida y la de mi Hijo, todos los actos de los Santos, queden todos incluidos a fin de que a nombre tuyo pidan el Reino adorable del Querido Divino.

Estas oraciones son las más potentes, porque encierran en ellas al mismo obrar Divino. Por medio de ellas Dios se sentirá desarmado y vencido por la criatura. A fuerza de este auxilio, tú apresurarás la venida de su Reino felicísimo y Conmigo obtendrás que la Divina Voluntad se haga como en el Cielo así en la tierra, según el deseo del Maestro Divino...

¡Animo, hija mía; conténtame y Yo te bendeciré!

ORACION A LA REINA DEL CIELO ANTES DE CADA MEDITACION

Reina Inmaculada, Celestial Madre mía, yo vengo a tus rodillas maternas para abandonarme como tu querida hija entre tus brazos y pedirte con los suspiros más ardientes la máxima Gracia que Tú puedes concederme: Mamá Santa, Tú, que eres la Reina del Reino de la Divina Voluntad, admíteme a vivir en El como hija tuya, y haz que este Reino ya no esté de ahora en adelante desierto, sino muy poblado de hijos tuyos.

Soberana Reina, a Ti me confío a fin de que Tú guíes mis pasos en este santo Reino. Teniéndome tomada con tu mano materna haz que todo mi ser viva vida perenne en la Divina Voluntad. Tú serás mi Mamá y yo te entregaré mi voluntad a fin de que Tú la cambies por la Voluntad Divina. Te pido que ilumines mi mente y me asistas para que yo pueda comprender bien qué cosa es y qué cosa significa vivir en la Santa Voluntad de Dios.

+ + + +

PRIMERA MEDITACION – La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad.

El primer paso de la Divina Voluntad en la Concepción Inmaculada de la Mamá Celestial.

EL ALMA A SU INMACULADA REINA:

Oh Mamá dulcísima, heme aquí por primera vez postrada ante Ti. Yo te veo descender de la Patria Celestial cortejada por legiones de Angeles para recibir los homenajes filiales de mi corazón, homenajes que Tú me cambiarás por otras tantas sonrisas de amor, con tus mejores gracias y dulcísimas bendiciones.

Mamá Celestial, yo, que soy la más pequeña entre todos tus hijos, la más necesitada entre todos, quiero venir a tu regazo materno para traerte no solamente las rosas y las flores de mis oraciones, sino un sol cada día.

Y Tú que eres mi Mamá, vendrás en mi ayuda y me darás tus lecciones de Cielo para enseñarme a formar estos soles divinos, los cuales serán el homenaje más bello que mi ardiente amor te pueda ofrecer. Mamá Querida, Tú sabes qué cosa quiere tu hija: Yo quiero aprender de Ti a vivir de Voluntad Divina, quiero transformar mis actos y toda yo misma en esa Voluntad, para poder, según tus enseñanzas, venir a poner en tu regazo materno, día tras día, todos mis actos cambiados en otros tantos soles.

LECCION DE LA REINA DEL CIELO:

Hija bendita, tu oración ha herido mi Corazón materno, me ha traído del Cielo a la tierra y ahora ya estoy junto a ti para darte mis lecciones todas del Cielo.

Mírame, hija querida: Legiones de Angeles me rodean y reverentes esperan oírme hablar de aquel FIAT, del cual mejor que cualquier otra criatura Yo poseo la fuente, conozco profundamente sus admirables secretos, las alegrías infinitas y su felicidad indescriptible. El sentirme invitada por mi hija para instruirla sobre la Divina Voluntad forma para Mí la fiesta más suave, la alegría más pura. Y si tú escuchas mis lecciones, Yo seré en verdad afortunada de ser tu Mamá.

¡Oh, como suspiro por tener una hija que quiera vivir solamente de Voluntad Divina! Dime hija, ¿Me contentarás en todo? ¿Abandonarás tu corazón, tu voluntad, toda a ti misma, en mis manos maternas para que Yo te prepare, te disponga, te fortifique, te libere de todos los lazos y te llene de la Luz de la Divina Voluntad para poder hacerte vivir de su Vida Divina? Apoya tu cabeza sobre el Corazón de tu Mamá Celestial y pon atención para que mis sublimes enseñanzas te convenzan a no

hacer más tu voluntad y te decidan a cumplir de ahora en adelante sólomente y siempre la Voluntad de Dios.

Hija mía, escucha: Mi Corazón materno, que tanto te ama, quiere derramarse en ti. Yo te tengo escrita en sus más íntimos y recónditos lugares y te considero como verdadera hija mía; pero has de saber que siento un dolor amargamente intenso, pues no te veo semejante a Mí. ¿Conoces la causa de nuestra desemejanza? Desgraciadamente reside en tu voluntad, la cual te quita toda frescura de gracia, te priva de la belleza que enamora a tu Creador, te priva de la fortaleza que todo lo vence y soporta y del amor que todo lo consume.

Observa, en cambio, qué diferente era la Voluntad que animaba a tu Mamá cuando vivió en la tierra. Has de saber que Yo no conocí mi voluntad sino para tenerla sacrificada en homenaje a mi Creador, y que mi vida fue un compendio total de Voluntad Divina. Desde el primer instante de mi Concepción fui plasmada, alimentada e iluminada por su Luz, la cual purificó en tal forma mi origen humano con su Divina Potencia que me hizo quedar concebida sin el pecado original. Por tanto es al FIAT Omnipotente a quien se debe el honor y la gloria de mi Inmaculada Concepción, la que forma la gloria y la delicia de toda la Familia Divina. Si el Querer Divino no se hubiera derramado sobre mi germen, más que una tierna madre, para así impedir los efectos del pecado original, Yo habría encontrado la triste suerte de todas las demás criaturas y con él hubiera sido engendrada.

La causa primaria de mi Concepción Inmaculada fue únicamente la Divina Voluntad. A Ella sola corresponde todo honor, toda gloria y toda acción de gracias...

Ahora, hija de mi Corazón, escucha a tu Mamá: Haz a un lado tu voluntad, prefiere morir antes que darle un acto de vida, imita a tu Mamá Celestial, que hubiera preferido mil y mil veces morir antes de cumplir un acto de su propia voluntad. ¿No quieres imitarme? Oh, si tú aceptas tener sacrificada tu voluntad en honor a tu Creador, el Querer Divino hará el primer paso en tu alma: Te parecerá estar circundada de un áurea celestial, purificada y enfervorizada de tal forma que sentirás aniquilados en tí los gérmenes de las pasiones y lograrás penetrar en el Reino de la Divina Voluntad.

Por eso, sé atenta, sé fiel en escucharme. Yo te guiaré, te conduciré con mis manos por los interminables caminos del FIAT Divino; te tendré defendida bajo mi manto azul; y así, tú serás mi honor y mi gloria, será tu victoria.

EL ALMA:

Virgen Inmaculada, tómame sobre tus rodillas maternas y hazme de Mamá. Con tus santas manos posesiónate de mi voluntad y purifícala,

enfervorízala con el toque de tus dedos maternos y enséñame a vivir solamente de Voluntad Divina.

PRACTICA:

Para honrarme, desde la mañana y en todas tus acciones me entregarás tu voluntad diciendo: “Mamá mía, ofrece Tú misma a mi Creador el sacrificio de mi voluntad.”

JACULATORIA:

“Mamá bella, encierra la Divina Voluntad en mi alma.”

+ + + +

SEGUNDA MEDITACION – El segundo paso de la Divina Voluntad en la Reina del Cielo.

La primera sonrisa de la Trinidad Sacrosanta ante su Concepción Inmaculada.

EL ALMA A SU INMACULADA REINA:

Heme aquí de nuevo en tus rodillas maternas para escuchar tus lecciones. Mamá Celestial, esta pobre hija tuya se confía a tu potencia. Conozco muy bien que soy muy pobre; pero ahora sé que Tú me amas con amor materno; por eso, con confianza y fuerza me arrojo entre tus brazos. Ten compasión de mí y hazme oír tu voz dulcísima y tus sublimes lecciones. Mamá Santa, purifica mi corazón con tu ternura y pon en él el celeste rocío de tus celestiales enseñanzas.

LECCION DE LA REINA DEL CIELO:

Hija mía, escúchame, si tú supieras cuánto te amo, confiarías mayormente en Mí y no dejarías escapar ni siquiera una sílaba de todo lo que te digo.

Has de saber que no sólo te llevo escrita en mi Corazón, sino que en él poseo una fibra especial para ti, por lo cual te amo más que una madre.

Ahora quiero hacerte conocer el inmenso prodigio obrado en Mí por el FIAT Supremo, para que tú, imitándome, puedas conseguir el gran honor de llegar a ser no sólo mi hija querida, sino mi hija reina. ¡Oh, cómo mi Corazón inflamado de amor suspira por estar rodeado de una noble legión de hijas reinas! Por tanto, escúchame, hija queridísima:

En cuanto el Querer Divino se vertió en mi principio humano para impedir los tristes efectos de la culpa, la Divinidad se puso en fiesta porque descubrió en Mí una humanidad pura y santa, tal como había sido la del primer hombre. El FIAT Divino hizo entonces su segundo paso

en Mí llevando este principio humano mío, por El mismo santificado y purificado, ante la Divinidad, con el fin de que ella vertiera a torrentes sobre mi pequeñez los tesoros de sus divinas gracias.

La Divinidad, descubriendo entonces en Mí su obra creadora bella y casta, sonrió de complacencia y para mejor festejarme: El Padre Celestial vertió en Mí mares de Potencia, el Hijo, mares de Sabiduría y el Espíritu Santo, mares de Amor. Así que Yo fui engendrada en la Luz interminable de la Divina Voluntad, entre esos mares Divinos. Mi pequeñez, no pudiéndolos contener todos, formaba a su vez olas altísimas para enviarlas al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, como homenajes de ternura y de devoción. La Divinidad era todo ojos para Mí, y para no dejarse vencer en amor, sonriéndome y acariciándome me enviaba otros mares, los cuales me embellecían tanto que conferían a mi pequeña humanidad la virtud de raptar a mi Creador, de modo que entre Dios y Yo hubo siempre fiesta. ¡Nosotros no nos negábamos nada!

¿Pero sabes tú quién me comunicaba esta fuerza raptora? ¡Era la Divina Voluntad, cuya Vida reinaba en Mí! Poseyendo la misma fuerza del Ser Supremo, Yo estaba en grado de competir con El, y, por tanto, nos raptábamos recíprocamente con igual vigor.

Ahora, hija mía, escucha a tu Mamá: Has de saber que Yo te amo muchísimo y quisiera ver tu alma llena de mis mismos mares. Estos mares míos son desbordantes y quieren verterse en ti, pero para lograrlo se necesita que tú te despojes de tu querer humano, a fin de que el Querer Divino pueda hacer su segundo paso en ti y pueda constituirse principio de vida de tu alma, raptando así tú la atención del Padre Celestial, del Hijo y del Espíritu Santo, los Cuales verterán también en ti sus mares de amor. Pero para esto, Ellos quieren encontrar en ti su mismo Querer, porque de otra manera no podrán confiar a tu voluntad humana sus indecibles tesoros de Potencia, de Sabiduría, de Amor y de Belleza...

Hija queridísima, escucha a tu Mamá, pon las manos en tu corazón, confíame tus secretos y dime: ¿Cuántas veces te has sentido infeliz, torturada, amargada... y por qué todo esto? Porque has hecho tu voluntad, y en esta forma has rechazado a la Divina y has caído en el laberinto de todos los males. Ella quería hacerte pura y santa, feliz y bella, con una belleza encantadora; en cambio tú, al hacer tu voluntad la cambiaste y, con su dolor, la echaste fuera de tu alma, que es su habitación predilecta.

Escucha, hija de mi Corazón, Yo sufro al descubrir en ti no el Sol del FIAT Divino sino las densas tinieblas de la noche de tu voluntad humana. Pero... ten valor, si tú me prometes confiarme tu voluntad, Yo que soy tu Mamá Celestial, te tomaré entre mis brazos, te pondré sobre mis rodillas y haré surgir en ti la Vida de la Divina Voluntad, y

tú, finalmente, después de tantas lágrimas mías, formarás mi sonrisa y mi fiesta, fiesta y sonrisa que serán también de la misma Trinidad Sacrosanta.

EL ALMA:

Mamá Celestial, puesto que soy tan querida para ti, nunca permitas que yo me baje de tus rodillas maternas. Cuando veas que estoy por hacer mi voluntad vigila sobre mi pobre alma, enciérrame en tu Corazón y con la fuerza de tu amor obliga al Divino Querer a triunfar en mí. Sólomente así me será dado cambiar tus lágrimas en sonrisas de complacencia.

PRACTICA:

Para honrarme, vendrás tres veces sobre mis rodillas para entregarme tu querer y me dirás: “Mamá, quiero que mi voluntad sea Tuya, dame a cambio la Voluntad Divina.”

JACULATORIA:

Soberana Reina, con tu imperio divino abate mi querer, a fin de que surja en mí el alba de la Divina Voluntad.

+ + + +

TERCERA MEDITACION – El tercer paso de la Divina Voluntad en la Reina del Cielo.

La sonrisa de toda la creación por la Concepción de la Celestial Niña.

EL ALMA A LA VIRGEN:

Mamá soberana, tu querida hija, raptada por tus lecciones celestiales, siente la extrema necesidad de venir cada día sobre tus rodillas maternas para escucharte y para imprimir en su corazón tus enseñanzas maternas. Tu amor, tu dulce acento, tu ternísimo abrazo me infunden valor y me inspiran firme confianza en que obtendré de Ti, Mamá, la inmensa gracia de poder comprender los males que provoca la voluntad humana y todos los bienes derivados de la vida vivida en la Divina Voluntad.

LECCION DE LA REINA DEL CIELO:

Hija mía, escucha. Es un corazón de madre el que te habla y al ver que me entiendes se alegra intensamente y nutre una segura esperanza de que no tardarás en tomar posesión del Reino de la Divina Voluntad, del cual soy a la vez Reina y dispensadora. Por tanto, ponme atención, imprime todas mis palabras en tu corazón para que las puedas recordar siempre y puedas modelar tu vida según mis enseñanzas.

Escucha, hija mía: En cuanto la Divinidad festejó mi Concepción, el FIAT Supremo realizó el tercer paso en mi pequeña humanidad. Pequeñita como era, me dotó de razón divina y movida toda la creación a fiesta me hizo reconocer por todas las cosas creadas como a su Reina. Todo el universo, alabándome, se postró a mis pies, y si bien no había Yo nacido aún en la tierra, el cielo ofreció formar con el manso y dulce centelleo de sus estrellas una refulgente corona sobre mi cabeza; el mar me exaltó con el elevarse y bajarse de sus olas impetuosas; en suma, no hubo ninguna cosa creada que no uniera su propio regocijo a la sonrisa y a la fiesta de la Sacrosanta Trinidad. Toda la naturaleza aceptó mi dominio, mi imperio, mi mando y se sintió honrada de proclamarme Reina del Cielo y de la tierra, sujetándose a Mí, como siglos atrás se había sujetado a Adán antes de su caída.

Querida hija mía, has de saber que la Divina Voluntad reinando en un alma no es capaz de realizar obras pequeñas o mezquinas; al contrario, quiere concentrar en esa afortunada criatura todas sus propias prerrogativas divinas, de modo que todas las cosas, que tuvieron origen en el FIAT Omnipotente, queden obedientes y sujetas a su dominio.

Y a Mí...¿Qué cosa no me dio el FIAT Divino? ¡Me concedió todo! El Cielo y la tierra estaban en mi poder; y unida como estaba con mi Creador, de todo el Universo me sentía dominadora.

Ahora, hija mía, escucha a tu Mamá: No te imaginas cuánto me duele el corazón al verte pobre, débil, incapaz de dominarte a ti misma. Te veo sujeta a temores, a dudas, a aprehensiones y a todos los miserables andrajos de tu voluntad, de la voluntad humana. ¿Quieres que te explique la causa de esos innumerables males? En ti no existe, desgraciadamente, la vida íntegra del Querer Divino, que poniendo en fuga a todos los males del querer humano te haría feliz y te colmaría de todos los bienes que posee. Pero si tú te decides, finalmente, con propósito firme a no hacer más tu voluntad, entonces sentirás apagarse en ti la mecha de todos los males y verás resurgir a nueva vida todos los gérmenes del bien. Todo, por tanto, te sonreirá, y el Divino Querer hará también en ti su tercer paso y la creación alabará festiva a la recién llegada al Reino de la Divina Voluntad.

Dime, entonces, hija mía ¿Me escucharás de ahora en adelante? ¿Me prometes no hacer nunca, nunca más tu voluntad?

Has de saber que si me contentas, Yo no te abandonaré ni un instante; me pondré en guardia de tu alma, te envolveré con mi Luz a fin de que nada se atreva a molestarte; te otorgaré mi imperio, para que también a ti, hija querida, te sea dado imperar sobre los males de tu voluntad.

EL ALMA:

Mamá Celestial, tus lecciones descienden en mi corazón y lo llenan de un bálsamo celestial. Te doy gracias por tanta bondad para mí... pobrecilla. Pero escucha Mamá, yo temo de mí misma, pero si Tú quieres todo podrás para mí, y también yo, Contigo, todo lo podré. Me abandono entonces, como pequeña niña entre tus brazos, pues estoy cierta de que así apagaré seguramente tus deseos maternos.

PRACTICA:

Para honrarme mirarás al cielo, al sol, a la tierra, y con ellos, por tres veces, recitarás tres Gloria, agradeciendo a Dios por haberme constituido Reina de todo lo creado.

JACULATORIA:

Reina Poderosa, domina mi voluntad y conviértela en Voluntad Divina.

+ + + +

CUARTA MEDITACION – El cuarto paso de la Divina Voluntad en la Reina del Cielo.

La prueba.

EL ALMA A LA VIRGEN:

Querida Mamá Celestial, el corazón me late fuerte, fuerte, por los deseos que siento de escuchar tus bellas lecciones. Dame la mano y estréchame en tus brazos. ¡Oh! cómo suspiro por escuchar tu voz. Cuando Tú me hablas, yo paso momentos de paraíso, que me hacen feliz; una nueva vida me invade y desciende a mi corazón. Háblame. Yo te prometo hacer todo lo posible para poner en práctica tus santas enseñanzas.

LECCION DE LA REINA DEL CIELO:

¡Hija mía, si tú supieras cuánto deseo estrecharte entre mis brazos y tenerte apoyada sobre mi Corazón materno!... Tus vehementes deseos de conocer los arcanos celestiales del FIAT Divino no son otra cosa que el eco de mis suspiros. Tu Mamá quiere verdaderamente confiarte sus secretos y narrarte la historia de las maravillas obradas en Ella por la dulce Voluntad Divina.

Querida hija, préstame atención, pues mi Corazón quiere desahogarse, por eso te dirá lo que hasta ahora ha permanecido sellado, no habiendo aún sonado la hora de Dios. Sí, Dios, queriendo dar a sus criaturas gracias sorprendentes nunca antes concedidas en toda la historia de la humanidad, quiere hacer conocer los prodigios que su

Divino Querer puede obrar en ellas cuando se dejan dominar por El. Y habiendo Yo tenido el gran honor de realizar toda mi vida en su Divina Voluntad, El quiere ahora ponerme entre vosotros como el modelo a imitar.

Ya te he narrado, hija mía, cómo la Divinidad festejó el instante de mi Concepción y como el cielo y la tierra me proclamaron como su Reina. Desde aquel instante, Yo permanecí en tal forma fundida con mi Creador, que me sentí dueña de sus dominios Divinos. Aquel mismo Querer que reinaba en El, reinaba ahora también en Mí y, por tanto, nos hacía inseparables. Y si bien todo era alegría y fiesta entre Nosotros, pero para que El pudiera confiar enteramente en Mí era necesario que Yo pasara una prueba. Hija mía, la prueba superada es una bandera que dice: “Victoria”; y ésta es capaz de hacernos poder recibir todos los bienes que Dios nos quiere dar, y dispone al alma a grandes conquistas.

Yo comprendí cómo la prueba era necesaria para poder ofrecer a mi Creador, en reciprocidad de sus innumerables favores, una muestra de gran fidelidad, aun a costa del sacrificio de toda mi vida. ¡Oh, cuán bello es poder decir: “Tú me has amado y Yo te he amado”. Sin una prueba, ésto nunca se podría afirmar de verdad.

Debes saber entonces, hija mía, que el FIAT Omnipotente me hizo conocer la obra de la Creación del hombre. También él había salido inocente y santo de las manos Divinas; también él había gozado de una felicidad indecible, dominando con su cetro toda la creación y todos los elementos. El Querer Divino que reinaba en él soberano, lo enriquecía con todos los bienes de la creación y lo hacía inseparable de su Creador. Pero antes de confirmar la inocencia, la santidad y la felicidad del primer hombre, antes de concederle el dominio sobre todo el universo, Dios quiso sujetarlo a una prueba. Entre tantos frutos que se encontraban en el Paraíso Terrenal, le prohibió tocar uno solamente... Pero Adán no supo permanecer fiel, y habiendo transgredido la orden divina, el Señor no pudo fiarse más de él y, por tanto, quedó obligado a privarlo de las sublimes prerrogativas con las cuales lo había dotado. La obra de la Creación, en consecuencia, se puso, por decir así, de cabeza, se trastornó.

Cuando Yo conocí los grandes males que la voluntad humana había provocado en Adán y en toda su descendencia, en cuanto fui concebida, lloré amargamente por el hombre caído. Y de igual modo no tardó en llegar para Mí el momento de la prueba. El Querer Divino me invitó a entregarle mi voluntad. “No te pido”, me dijo, “la obediencia que le pedí a Adán, no; te pido a Ti que me des tu voluntad; Tú la tendrás como si no la tuvieras, bajo el imperio de mi Querer, que será tu vida.”

El FIAT Supremo hizo así el cuarto paso en mi alma, pidiéndome mi voluntad como prenda, esperando que pronunciara mi FIAT, como mi aceptación. Más adelante te narraré el éxito de la prueba. Por ahora

te encomiendo imitar a tu Mamá, no rehusando nunca nada a Dios, aun cuando El exigiera de ti sacrificios que duraran toda tu vida. El perseverar con fidelidad en la prueba que Dios quiera de ti le permite desarrollar sus designios en tu alma y hacer de ella su obra maestra. Quien no es fiel en la prueba, trastorna la obra de su Creador.

Por eso, querida hija, estáte alerta. Si tú correspondes a los deseos Divinos, harás tú mayormente feliz a tu Mamá. Esfuérzate en contentarme y Yo te guiaré en todo.

EL ALMA:

Mamá Santa, yo conozco bien mi debilidad, pero tu bondad materna me inspira tal confianza que me lleva a esperar todo de Ti. Unida a Ti me siento segura, porque pongo en tus maternas manos todas las pruebas que el Señor le plazca enviarme, con la certeza de obtener de Ti la gracia que me sea necesaria para mantenerme fiel a todos sus designios.

PRACTICA:

Para honrarme, por tres veces me entregarás todas tus penas, tanto corporales como espirituales, a fin de que Yo te las bendiga y te infunda fuerza, luz y gracia.

JACULATORIA:

Mamá Celestial, tómame entre tus brazos y escribe en mi corazón: FIAT, FIAT, FIAT.

+ + + +

QUINTA MEDITACION – El quinto paso de la Divina Voluntad en la Reina del Cielo.

El triunfo sobre la prueba.

EL ALMA A LA VIRGEN:

Soberana Reina, veo que me tiendes los brazos. Y yo corro, vuelo hacia ti para gozar tus abrazos y tus celestiales sonrisas.

Mamá Santa, hoy tienes aspecto triunfante; tienes semblante de vencedora. Tú quieres narrarme la gloriosa victoria de tu prueba, ¿no es verdad? Yo te escucharé con mucha atención, con la gran esperanza de que también a mí me concedas la gracia de triunfar sobre todas las pruebas a las que el buen Dios quiera someterme.

LECCION DE LA REINA DEL CIELO:

¡Hija queridísima, oh cómo suspiro por confiarte mis secretos! Ellos me darán inmensa gloria y exaltarán aquel FIAT que fue la

causa primaria de mi Inmaculada Concepción, de mi Santidad de mi Soberanía y Maternidad Divinas. Todas las sublimes prerrogativas por las cuales la Iglesia me honra tanto, no fueron otra cosa que los efectos de la Divina Voluntad que me dominaba, que reinaba y vivía en Mí. Es natural, por lo tanto, que Yo arda en deseos de hacer conocer a los hombres la maravillosa potencia del FIAT Divino que en Mí produjo privilegios y efectos tan admirables que dejó estupefactos al Cielo y a la tierra.

Ahora escúchame, hija querida: Cuando el Ser Supremo me pidió mi querer humano, Yo comprendí el gran mal que la voluntad humana puede producir en el hombre, teniendo la capacidad de deshacer aun las obras más bellas del Creador. La criatura a causa de su propio querer es oscilante, débil, inconstante, desordenada... mientras que Dios, al crearla, la había unido a su Voluntad Divina para que ésta pudiera ser su fuerza, su primer movimiento, su sustento, su aliento, su vida. Así que al no recibir en nosotros esa Vida Divina, rechazamos los bienes y los derechos recibidos como don de Dios. ¡Oh, cómo comprendí bien la suma ofensa que el hombre hace a Dios y los males que se atrae a sí mismo! Tuve entonces pavor y horror de hacer mi voluntad, y justamente temí, pues ¿no había sido acaso también Adán creado por Dios, inocente y puro? Y con hacer su propia voluntad ¿en cuántos males no fue arrojado, arrastrando consigo a todas las generaciones? Presa entonces de terror y, más aún, de ternura ardiente hacia mi Creador, juré no hacer nunca mi voluntad. Y para estar más segura y testificar mayormente mi sacrificio a El, que tantos mares me había dado de gracia y tantos privilegios, tomé mi voluntad y la até a los pies del Trono Divino en homenaje continuo de amor y de sacrificio, afirmando que nunca me serviría de ella ni siquiera por un instante.

Hija mía, tal vez a ti no te parezca grande el sacrificio que hice de vivir sin mi voluntad, pero te aseguro que no hay ninguno semejante al mío. Los sacrificios de toda la historia del mundo, comparados a éste, no son sino sombras. Sacrificarse un día, ahora sí, ahora no, es fácil; pero sacrificarse a cada instante y en cada acto, aun en el mismo bien que se quiere hacer, y durante toda la existencia, sin dar nunca vida a la voluntad propia es el sacrificio de los sacrificios, es el certificado y testimonio más grande de fidelidad, es el amor más puro, tejido por la misma Voluntad Divina que se puede ofrecer al Creador. Es tan grande esta oblación, que Dios no puede pedir nada más de la criatura, ni la criatura puede encontrar ninguna otra cosa mayor que ofrecerle que ésta.

Ahora, hija querida, en cuanto hube hecho el don de mi voluntad a mi Señor, Yo me sentí triunfadora de la prueba que me había sido pedida, y Dios, a su vez, se sintió victorioso sobre mi voluntad humana. El esperaba la prueba de mi renuncia, ésto es, esperaba que un alma

viviera sin voluntad propia para juntar nuevamente lo que el género humano había separado y poder así conceder a todos clemencia y misericordia.

Y ahora, una palabra para ti, hija mía: ¡Oh, si tú supieras cómo anhelo verte vivir sin tu voluntad! Tú sabes que soy tu Madre y que la Mamá quiere ver feliz a su hija; pero ¿Cómo podrás serlo si no te decides a vivir como vivió tu Mamá? En cambio, si lo haces así, todo, todo te daré; me pondré a tu disposición y seré toda tuya. Hazme este bien y dame esta alegría de ver a una hija que viva toda de Voluntad Divina.

EL ALMA:

Soberana Triunfadora, en tus manos de Madre yo pongo mi voluntad a fin de que Tú misma me la purifiques y la embellezcas; la ato junto a la tuya a los pies del Trono Divino para que de ahora en adelante yo pueda vivir ya no más de mi voluntad sino únicamente y siempre de la Voluntad de Dios.

PRACTICA:

Para honrarme, en cada acto que hagas entregarás en mis manos maternas tu voluntad, para que en lugar de ella, Yo haga correr el Divino Querer.

JACULATORIA:

Reina Triunfante, roba mi voluntad y dame la Divina.

+ + + +

SEXTA MEDITACION – El sexto paso de la Divina Voluntad en la Reina del Cielo.

Después del triunfo de la prueba: La posesión.

EL ALMA A LA VIRGEN:

Mamá Reina, veo que me esperas ansiosa. Te ruego que me estreches a tu Corazón para hacerme sentir la Vida del FIAT Divino que Tú posees. ¡Oh, cómo calienta su calor, cómo es penetrante su luz! ¡Ah Mamá Santa, Tú, que tanto me amas, sumerge mi pequeña alma en el Sol de la Divina Voluntad, para que también yo pueda decir: Mi voluntad se acabó, no tendrá más vida. Mi vida será la Santísima Voluntad Divina.

LECCION DE LA REINA DEL CIELO:

Hija querida, confía en tu Mamá y pon atención a sus lecciones. Ellas te enseñarán a aborrecer tu voluntad y te harán respirar el FIAT Divino que arde en deseos de formar su Vida en ti.

Todos piensan que Yo no fui sometida a ninguna prueba, y que Dios, sin duda, obró en Mí el gran portento de hacer Inmaculada mi Concepción; es decir, sin pecado original. ¡Pero oh, cómo se engaña el mundo! Dios pidió de Mí una prueba que no ha pedido a ninguno. Y ésto lo hizo con suma Justicia y Sabiduría. Debiendo encarnarse en Mí el Verbo Eterno, no hubiera sido, ciertamente, decoroso que El encontrara en Mí el pecado original, ni tampoco que descubriera en el alma Mía una voluntad humana operante. ¡Oh, en verdad hubiera sido muy indecoroso para Dios dominar en una criatura en la cual hubiera reinado en algo la voluntad humana! Por eso, El quiso de Mí como prueba, y durante la vida entera, el sacrificio de mi voluntad, para formar en mi Alma el Reino de su Divino Querer.

Asegurado este dominio en Mí, Dios estaba en posibilidad de darme todo, y puedo decir que nada me hubiera podido negar a Mí. Después de que Yo triunfé en la prueba a la que fui sometida, el FIAT Divino cumplió el sexto paso en mi alma, haciéndome tomar posesión de todas sus propiedades divinas, por cuanto a criatura es posible. Todo era Mío: el Cielo, la tierra y aun el mismo Dios, de Quien poseía su Voluntad. Yo sentía que la Santidad, el Amor, la Belleza, la Potencia, la Sabiduría y la Bondad Divinas me pertenecían; era la Reina de todas las cosas y no me veía extraña en la Casa de mi Padre Celestial; sentía a lo vivo su Paternidad y la suprema felicidad de ser su hija fiel. Puedo afirmar que crecí en las rodillas paternas de Dios y que no conocí ningún otro amor ni ninguna otra ciencia sino sólo la que me suministraba mi Creador.

¿Quién puede decir lo que hizo esta Santa Voluntad en Mí? ¡Me elevó tan alto, me embelleció en tal forma que los mismos ángeles permanecían mudos y no sabían por dónde empezar para alabarme!

La Divina Voluntad con su Potencia, con su Inmensidad y con su Omnividencia encerraba en mi alma a todas las criaturas, y Yo reservaba para cada una de ellas un lugar en mi Corazón Materno. Desde que fui Concebida, Yo te llevé en mi Corazón y te amé infinitamente. Te amé tanto que te hice de Madre ante Dios. Mis oraciones, mis suspiros eran para ti, y en el delirio de mi maternidad, exclamaba: “¡Oh. cómo quisiera que mi hija fuera poseedora de todo, como lo soy Yo!”.

Por eso, escucha a tu Mamá: No quieras conocer más tu voluntad. Si ésto haces, todo será en común entre tú y Yo, tendrás una fuerza divina en tu poder y todas las cosas se convertirán en santidad, en belleza y en amor divinos. y Yo, en la hoguera de mi amor, así como me canta el Altísimo: “Toda Bella, toda Santa, toda Pura eres Tú, oh María”, exclamaré a mi vez: “Toda bella, pura y santa es mi hija, porque posee la Divina Voluntad”.

EL ALMA:

Reina del Cielo, también yo exclamo: “Toda bella, pura y santa es mi Mamá Celestial”. Ah, te pido, ya que tienes un lugar para mí en tu Corazón materno, que me encierres en él, y así estaré segura de no hacer nunca más mi voluntad, sino solamente y siempre la Voluntad de Dios; así, tanto la Mamá como la hija serán felices juntas.

PRACTICA:

Para honrarme, recitarás por tres veces tres “Gloria Patri” en agradecimiento a la Santísima Trinidad, repitiendo en cada Gloria: “Toda bella, pura y santa es mi Mamá Celestial”.

JACULATORIA:

Reina del cielo, hazme poseer por la Divina Voluntad.

+ + + +

SEPTIMA MEDITACION – La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad.

Toma el cetro de mando y la Trinidad Sacrosanta la constituye como su Secretaria.

EL ALMA A LA DIVINA SECRETARIA:

Mamá Reina. heme aquí postrada a tus pies; siento que no puedo estar sin Ti. Tú hoy vienes a mí con el cetro de mando y con la corona de Reina; de todas maneras Tú siempre eres mi Madre. Temblando, pero con confianza, me arrojo en tus brazos a fin de que sanes las heridas que mi mala voluntad ha hecho a mi pobre alma. Si Tú no haces un prodigio, si no tomas tu cetro para guiarme y mantener tu imperio sobre todos y cada uno de mis actos para que mi querer no tenga más vida, yo temo no tener la posibilidad de llegar al Reino de la Divina Voluntad; por eso, ayúdame Tú, Mamá mía, en ti confío y de ti espero todo.

LECCION DE LA REINA DEL CIELO:

Hija mía querida, ven a los brazos de tu Mamá, pon atención y conocerás los inauditos prodigios que el FIAT realizó en tu Mamá Celestial. Los seis pasos que te he descrito simbolizan los seis días de la Creación. En cada día, Dios, pronunciando un FIAT, procedía de un paso a otro, creando ahora una cosa y ahora otra; el sexto día realizó el último diciendo: “Hagamos al hombre a nuestra imagen y Semejanza”. Y, finalmente, en el séptimo día descansó como para deleitarse en todo lo que con tanta magnificencia había creado. Descansando, El admiraba el Universo y decía: “Qué bellas son mis obras. Todo es orden y armonía”. Y mirando al hombre, con la vehemencia de su amor

agregaba: “¡Pero el más bello entre todos eres tú. Tú eres la corona de toda mi obra!”.

Ahora debes saber, hija, que mi Concepción superó todos los prodigios de la Creación y que la Divinidad quiso hacer con su mismo FIAT, seis pasos también en Mí, para iniciar en lo más íntimo de mi alma la plenitud de su Vida.

En cuanto Yo hube tomado posesión del Reino de la Divina Voluntad, ésta empezó su actividad total, completa y perfecta en mi alma; y.... ¡oh, a qué alturas divinas fui elevada por el Altísimo! ¡Los Cielos no podían encerrarme ni contenerme; delante de mi luz se eclipsaba aun la luz del sol; ninguna cosa creada podía superarme! Yo navegaba los mares divinos como si fueran míos; mi Padre Celestial, el Hijo y el Espíritu Santo, deseosos de gozar a su pequeña Hija, me arrojaban ininterrumpidamente en sus brazos. Oh, que alegrías sentían descubriendo que mi alma los amaba, les rezaba y los adoraba mediante un amor, una oración y una adoración que brotaban del centro mismo de su Divina Voluntad en Mí. En correspondencia, las Tres Divinas Personas derramaban en Mí olas de amor Divino, castos perfumes, insólitas alegrías, repitiéndome continuamente: “Toda bella, toda pura, toda santa es la pequeña Hija nuestra; sus palabras son cadenas que nos atan, sus miradas son dardos que nos hieren, sus latidos son flechas que nos causan delirios de amores”. Y sintiendo salir de Mí la Potencia y la Fortaleza de su misma Voluntad Divina, que nos hacía inseparables, Ellos me decían: “Nuestra Hija invencible que llevará la victoria aun sobre nuestro Ser Divino”.

Ahora escucha, hija mía, lo que me dijo la Trinidad Divina en el exceso de su Misericordia: “Hija querida, nuestro amor no puede contenerse y se siente sofocado si no te confía sus secretos. De ahora en adelante Tú serás nuestra fiel Secretaria a quien confiaremos nuestros dolores: A cualquier costo queremos salvar al hombre. ¡Mira cómo corre hacia el precipicio!. Su voluntad rebelde lo arrastra continuamente, privado de la vida, de la fuerza, del sostén de Nuestro Querer Divino; él se alejó de su Creador y ahora camina casi arrastrándose en la tierra, débil, enfermo y lleno de vicios. En su estado actual él no tiene ninguna posibilidad de regenerarse; el único medio de poder salvarlo está en hacer descender a la tierra el Verbo Eterno para que El tome sobre Sí sus miserias, sus pecados; se haga hermano de ellos, los venza mediante el amor y, a costa de penas inauditas, infunda en ellos tanta confianza, que los salve y los ponga entre nuestros Brazos Paternos. ¡Oh, cuánto nos duele la suerte del hombre! Nuestra pena es grande y no podemos confiarla a nadie, porque en el mundo no hay ningún hombre que se haga dominar por la Voluntad Divina. Nadie, por tanto, podrá comprender ni Nuestro dolor ni los graves males del hombre caído en el pecado. Sólo Tú que posees nuestro FIAT lo puedes entender; y por

ésto; como Secretaria nuestra, Nosotros queremos revelarte nuestros secretos y poner en tus manos el cetro de mando, a fin de que Tú te enseñorees e imperes sobre todo y sobre todos. Tu dominio venza a Dios y al hombre a un tiempo y traiga a Nosotros a este hijo nuestro, regenerado por tu Corazón Materno”.

¿Quién puede decir, hija mía, lo que sentí ante tanta elocuencia Divina? Sentí un intenso dolor y me propuse, aun a costa de mi Vida, reconciliar a Dios con la criatura y reunirlos nuevamente.

Hija mía, veo que te maravillas al oírme narrar la historia del Reino de la Divina Voluntad. Debes saber que también a ti te será dada esta suerte si consientes en vivir solamente del Divino Querer. El formará el Cielo en tu alma, sentirás la inseparabilidad Divina, también a ti te será dado el cetro del comando sobre tus pasiones, ya no serás esclava de ti misma, porque la voluntad humana es la que esclaviza a la pobre criatura y le corta las alas a su amor para que vuele hacia Aquél que la ha creado. La voluntad humana priva al alma de la fuerza, del sostén, de la confianza; le impide arrojarse en los brazos del Padre Celestial, le impide conocer sus secretos de amor y la obliga a vivir como extraña y muy lejana de la casa de su Padre Divino. ¡Oh, cómo es desoladora la soledad a la que el querer humano exilia y condena al hombre! Por eso, hija mía, asegúrame que no darás más vida a tu voluntad y Yo te llenaré de Voluntad Divina.

EL ALMA:

Mamá Santa, ayúdame, ¿no ves cómo soy débil? Tus bellas lecciones me conmueven hasta las lágrimas; lloro sobre la desventura que tuve al caer constantemente en el laberinto de mi voluntad, apartándome de la de mi Creador.

PRACTICA:

Para honrarme vendrás a refugiarte bajo mi manto para que aprendas a vivir bajo mis miradas, y recitando tres Aves Marías me pedirás que haga conocer a todos la Divina Voluntad.

JACULATORIA:

Mamá Santa, enciérrame en tu Corazón a fin de que yo aprenda de Ti a vivir de Voluntad Divina.

+ + + +

OCTAVA MEDITACION – La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad.

Recibió de su Creador el mandato de poner a salvo la suerte del género humano.

EL ALMA A LA DIVINA MANDATARIA:

Heme aquí, Mamá Celestial. Siento que no puedo estar sin mi querida Mamá; mi pobre corazón, inquieto, goza solamente cuando me encuentro en tu regazo, cual pequeña, estrechada a tu Corazón para escuchar tus lecciones. Tu acento materno endulza todas mis amarguras y con inmensa suavidad somete a mi voluntad a la Divina, la Cual, haciéndome sentir su dulce imperio me hace partícipe de su misma felicidad.

LECCION DE LA CELESTE MANDATARIA:

¡Hija mía queridísima, oh, cuánto te amo! Confía en tu Mamá y ten la seguridad de que lograrás la victoria sobre tu voluntad. Si tú me eres fiel, Yo me comprometo contigo a lograrla. Y para mejor persuadirte escucha lo que Yo hice por ti ante el Altísimo. Era aún pequeñísima, no había nacido aún y ya me estaba sobre las rodillas de mi Padre Celestial, porque el Querer Divino, del Cual Yo poseía la Vida, me hacía tener libre acceso a mi Creador; para Mí las puertas y los caminos del Cielo estaban todos abiertos y Yo no tenía temor de El. Solamente la voluntad humana es la que infunde miedo, infunde desconfianza y aleja a la pobre criatura de Aquél que tanto la ama. Cuando la criatura no sabe estar como hija junto a su propio Padre, a su Creador, es signo de que la Divina Voluntad no reina en ella y por ésto se convierte en víctima de su propio querer. Por ésto, hija mía, te exhorto a no querer más torturarte a ti misma sujetándote a tu querer. Esto sería el más terrible y horrible de los martirios y permanecerías privada de toda fuerza y de todo sostén.

Pero volvamos a nuestra narración: La Santísima Trinidad, que ya me esperaba y hacía fiesta por haber aparecido, me amaba tanto que derramaba otros mares de amor y de santidad en mi alma. Yo no recuerdo haberme alejado de su abrazo sin haber recibido nuevos dones y sorprendentes favores. Ante El rogaba por el género humano y con lágrimas y suspiros imploraba por ti, hija mía, y por todos. Yo lloraba sobre tu voluntad rebelde y sobre tu triste condición de esclava. Viendo infeliz a mi hija, derramaba lágrimas tan amargas como para bañar las manos de mi Padre Celestial, el Cual, enternecido, me decía: “Querida Hija nuestra, tu amor nos conmueve, tus lágrimas apagan el fuego de la Divina Justicia, tus oraciones nos atraen de tal modo a la criatura que nos hace incapaces de resistir a tus súplicas. Hemos acordado darte a

Ti la misión de poner a salvo la suerte del género humano. Tú serás nuestra Mandataria en medio de los pueblos; a ti confiamos sus almas, Tú defenderás nuestros derechos lesionados por sus culpas y harás de Intermediaria entre Nosotros y ellas, para hacer regresar al hombre de donde partió. Sentimos en ti la fuerza invencible de nuestra misma Voluntad Divina que por medio tuyo ora y llora. ¿Quién podría resistir a tus dulcísimos lamentos? Tus oraciones son para Nosotros órdenes, tus lágrimas imperan sobre nuestro Ser Divino, por eso, cumple este mandato”.

Querida hija, mi pequeño Corazón se sintió consumir ante tan amoroso hablar Divino, de buena gana acepté el mandato y humildemente respondí: “Padre mío y Dios mío, estoy aquí ante vuestros brazos, disponed de Mí como queráis; Yo sacrificaré con gusto hasta mi vida, y si tuviera más vidas, por cuantas son las criaturas que existen, las pondría todas a disposición de ellas, con tal de traerlas a todas salvas a vuestros brazos paternos”. Y si bien Yo aún ignoraba que habría de ser la Madre del Verbo Encarnado, sin embargo sentía en Mí una doble Maternidad: una Maternidad para Dios, la que me impulsaba a defender sus justísimos derechos conculcados, y otra Maternidad para los hombres, por los cuales ardía en el deseo de llevarles la remisión de sus pecados y la salvación. Y en esta forma me sentía Madre de todos.

El Querer Divino que reinaba en Mí y que no sabe hacer obras aisladas confiaba al mismo tiempo a mi amor, a Dios y a las criaturas de todos los siglos; en mi Corazón materno sentía a mi Dios, ofendido y que quería recibir satisfacción, y sentía también a las criaturas, que yacían bajo el imperio de la Divina Justicia.

¡Oh, cuántas lágrimas derramé! Las hubiera querido hacer descender sobreabundantemente sobre cada corazón para hacerles sentir a todos mi Maternidad de amor... Y lloré también por ti, hija mía, por ésto escúchame, ten piedad de mi dolor, sírvete de mis lágrimas para apagar tus pasiones y hacer que tu voluntad pierda su vida. Mi ardiente Corazón materno desea que tú hagas siempre la Voluntad de tu Creador.

EL ALMA:

Mamá Querida, mi pobre corazón se consume de amor al escuchar cuán predilecta soy de ti. ¡Oh, me amaste tanto hasta llegar aun a llorar por mí! Yo siento que tus lágrimas bajan a mi corazón, que me hieren y me hacen comprender la grandeza de tu amor. También yo quiero unir mis lágrimas a las tuyas, también yo quiero suplicarte, llorando, que no me dejes más sola y que me vigiles en todo. Sé severa conmigo, castígame si se necesita, hazme de Mamá. Y yo como pequeña hija tuya todo lo aceptaré de ti a fin de obtener que Tú cumplas en mí tu mandato divino y me ofrezcas con tus mismas manos al Padre Celestial.

PRACTICA:

Para honrarme, me entregarás tu voluntad, tus penas, tus lágrimas, tus ansias, tus dudas y temores, a fin de que como Mamá tuya las custodie en mi Corazón materno y a cambio te dé, como preciosa prenda, la Divina Voluntad.

JACULATORIA:

Mamá Celestial, derrama tus lágrimas en mi alma para que ellas curen las heridas producidas por mi voluntad.

+ + + +

NOVENA MEDITACION – La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad.

Es constituída por Dios vínculo de Paz entre el Creador y la criatura.

EL ALMA A SU CELESTIAL REINA:

Soberana Señora y Mamá mía queridísima: me siento atraer por la fuerza del amor que arde en tu Corazón. Tú quieres narrarme lo que hiciste por tu hija en el Reino de la Divina Voluntad, ¿no es verdad?.

¡Ah, Mamá santa, en tus gozos, en tus castas sonrisas con tu Creador nunca te olvides de mí, tu hija, de mí, que vivo en el exilio! Yo siento tanta necesidad de Ti porque estoy muy a menudo sujeta a mi voluntad, la cual quisiera arrojarme en los abismos de sus múltiples y graves males.

LECCION DE LA REINA DEL CIELO:

Hija de mi materno Corazón, no temas, no me olvidaré de ti jamás y si tú haces siempre la Divina Voluntad seremos inseparables, porque Yo te tendré constantemente estrechada a Mí y seré tu guía en el Reino del FIAT Supremo. Haz a un lado todo temor porque en el Querer Divino todo es paz y seguridad. Es solamente la voluntad humana la que perturba los corazones y pone en riesgo las obras más bellas y más santas; en ella todo está en peligro: peligran la santidad, peligran las virtudes y aun la misma salvación del alma. La característica de quien vive de querer humano es la volubilidad. ¿Quién podrá confiarse de una persona que se hace dominar por su propia voluntad? ¡Ninguno, ni Dios ni los mismos hombres!, pues es igual que una caña seca que se mueve a cada sople del viento. Por eso, hija mía, si te ves inconstante, arrójate en el mar de la Divina Voluntad y ven a esconderte en el regazo de tu Mamá, a fin de que Yo te defienda del viento del querer humano y estrechándote entre mis brazos te haga firme y segura en el camino del Reino Divino.

Ahora, hija mía, sígueme ante la Majestad Suprema y escúchame: en cuanto Yo me arrojaba con rápido vuelo entre los Brazos Divinos, era recibida por un océano de amor, el cual lanzaba sobre Mí sus olas impetuosas. ¡Oh, hija mía, cuán dulce es el sentirse amar por Dios! ¡El alma sumergida en su amor, se deleita en una alegría sin fin, en una felicidad indecible y adquiere una santidad y una belleza tan excelsa, de raptar a Dios mismo! Yo también quería imitar a mi Señor y aunque era pequeña, quería corresponder su inmenso amor; y sirviéndome de sus mismas olas, Yo le hacía regresar a El mi correspondencia y sonreía porque sabía que mi ternísimo amor nunca hubiera podido cubrir la inmensidad del suyo. También el Ser Supremo sonreía a mi sonrisa, me festejaba y se entretenía con mi pequeñez.

En tanta fiesta Yo no me olvidaba del estado doloroso de la familia humana en la tierra, a la cual Yo pertenecía. Por eso, doliéndome, suplicaba que descendiera el Verbo Eterno a poner remedio; Yo imploraba con tal ternura que transformaba mi sonrisa y mi suavísima fiesta en doloroso llanto. El Altísimo se conmovía ante mis lágrimas y estrechándome en su Seno Divino, me decía: “Hija, no llores, ten valor, en tus manos hemos depositado la suerte del género humano; te hemos confiado el mandato y ahora, para consolarte aun más, te constituímos vínculo de paz entre Nosotros y la familia humana. A Ti te es dado el ponernos nuevamente en paz, porque la Potencia de nuestro Querer que reina en Ti, nos impone dar el beso del perdón a la pobre humanidad caída y en peligro de todo».

Hija mía, ¡oh, cuánto se alegró mi materno Corazón ante tanta condescendencia Divina! Gracias a la Misericordia infinita del Señor, Yo era constituída Mediadora entre Dios y el género humano, inclinaba al Creador hacia la criatura, vinculaba a las almas y las elevaba hasta los brazos del Padre, obteniendo así para ellas su beso de paz. Desde aquel instante contemplé todos los siglos y llevé a cada hombre el beso de la paz Divina; lo llevé a los pecadores para que les rompieran las cadenas de la culpa y para enternecer aun los corazones más duros; lo llevé a los incrédulos para que gustaran el abrazo benéfico de la Fe; lo llevé a los afligidos para que recibieran el beso suave del consuelo; lo llevé a los moribundos para que pronto pudieran levantar su vuelo al Cielo.

Investida de tan dulce encargo, constantemente presentaba a mi Padre Celestial a todos mis hijos y le pedía que a todos quisiera dar su perdón y su abrazo paterno. Así mi Maternidad se hizo en tal forma fecunda, que dejó estupefactos a los mismos ángeles del cielo.

Hija mía, en todas las circunstancias de tu vida, especialmente en las más dolorosas, en los abandonos y humillaciones, en las tribulaciones y en las desolaciones, ven a tu Mamá y Yo te daré la paz. Este es un don

concedido por Dios a Mí: poner la paz en todas partes; infundir la paz que une a Dios con unión inseparable, que da muerte al pecado y vida a la Gracia y que sabe sojuzgar al humano querer, para hacer reinar en su lugar el FIAT Divino.

EL ALMA:

Mamá Bella, ayuda a tu hija, cúbreme también a mí con las olas del eterno amor, implora a Dios el perdón de mis pecados, hazme sentir el beso de paz de mi Creador y ponme Tú misma en el mar de la Divina Voluntad.

PRACTICA:

Para honrarme, recitarás nueve Gloria Patri a la Santísima Trinidad y así agradecerle el encargo que me confió para la salvación de las criaturas.

JACULATORIA:

Reina de la Paz, obténme el dulce beso de paz de la Voluntad Divina.

+ + + +

DECIMA MEDITACION – El nacimiento prodigioso de la Reina del Cielo.

Es el alba que pone en fuga la noche del querer humano, es la aurora que anunciaba a los corazones el día suspirado de la luz y de la Gracia.

EL ALMA A LA REINA DEL CIELO:

¡Mamá Santa, hoy vengo a contemplar el admirable portento de tu nacimiento! Me postro delante de tu cuna, ante la cual se encuentran arrobados tu madre Ana y tu padre Joaquín. Tu dulce mirada, el movimiento de tus manitas me atraen irresistiblemente hacia Ti y me muestran que Tú quieres abrazarme y estrecharme a tu Corazón lleno de amor. Tú que eres el alba precursora del FIAT Divino en la tierra inúndame de luz divina y pon en fuga de mi alma y del mundo entero la tenebrosa noche del querer humano.

LECCION DE LA REINA DEL CIELO:

Hija mía, ¡si tú supieras cuánto gozo siento al verme tan amada por ti! Tú quieres que Yo ejerza en tu alma mi oficio de Mamá y de Reina y que te enseñe el modo de vivir en el Reino de la Divina Voluntad.

Acércate a Mí y escúchame: mi nacimiento en la tierra fue también prodigioso y constituyó el alba que puso en fuga la noche del querer humano. En ese día los Cielos quedaron estupefactos, el sol me dio su luz, el Universo exultó de alegría, los ángeles, en competencia rodearon mi cuna para glorificarme y para estar prontos a mis deseos. Sí, todas las cosas me ofrecieron su propia alabanza, todas quisieron festejar mi nacimiento; nacimiento portentoso como nunca había habido ni nunca habrá.

El Sol de la Divina Voluntad estaba encerrado en la bendita y santa tierra de mi humanidad, la cual debía producir las más inesperadas floraciones.

Aun recién nacida Yo constituía el máximo prodigio, porque el Querer Divino, reinando en Mí, encerraba en mi alma un cielo más sereno, un sol más refulgente que el mismo de la Creación y un mar de gracia sin fin. Estando dotada de razón y de ciencia infundida en Mí por el Creador, Yo sentí ante todo el deber de adorar con toda la efusión de mi alma a la Santísima Trinidad. En la hoguera de mi amor hacia una Majestad tan excelsa, Yo languidecía y deliraba por el deseo de encontrarme entre sus brazos, abismada en un recíproco y ternísimo abrazo. En cuanto abrí los ojos a la luz, los dirigí a este bajo mundo y fui en busca de todos mis hijos, para darles mi afecto materno, para regenerarlos a nueva vida de amor y de gracia, para hacerlos entrar en el Reino del FIAT Divino. Ninguno de ellos escapó de mi vista y también tú, hija mía, estabas presente. Como Reina y como Madre encerré a todos mis hijos en mi Corazón, para ponerlos a salvo de cualquier peligro.

Pero... ¿cuál no sería mi dolor al ver que los hombres vivían como inmersos en un abismo de tinieblas, porque se dejaban dominar de su propio querer? Consumiéndome entonces en amor, me elevé hasta la Trinidad Adorable y le supliqué: “Divino Padre, Hijo y Espíritu Santo, Yo me siento feliz; me siento Reina, pero entre tanto una pena de intensa amargura tortura mi Corazón; sufro por mis hijos que son infelices... porque son esclavos de su voluntad rebelde. ¿Cómo podría gozar sabiendo que ellos están por ser arrollados por un huracán de debilidades, de peligros, de caídas en el mal? Tened piedad, Padre y Señor mío;” y suplicaba de nuevo: “completad mi gozo, salvad a estos pobres hijos, haced descender a vuestro Verbo Eterno a la tierra y todo será reparado. Yo no me iré, no me desprenderé de vuestro abrazo hasta que me hayáis acordado el Decreto de Gracia por medio del cual pueda llevar a los hombres la buena nueva de su Redención”.

Establecía así un admirable comercio entre el Cielo y la tierra y formaba en torno a Mí la aurora que extendiéndose al mundo entero, anunciaba a cada corazón humano la venida del Verbo. ¿Comprendes

ahora, hija mía, cuánto me costó tu alma? Por ella derramé mis primeras lágrimas inocentes y tuve amargado el océano infinito de mis gozos. Debes saber que cada vez que haces tu voluntad no sólo formas en ti misma una oscura noche que te envuelve, te paraliza en el bien, te hace perder la luz divina y meridiana del Querer Santo, sino que además te hace causa de penas indecibles a mi Corazón de Madre.

Por el afecto que te tengo, te pido que renuncies a tu voluntad y te sometas en todo a la Voluntad de tu Sumo Creador.

EL ALMA:

Mamá Celestial, sintiéndome enseñada por Ti, apenas recién nacida, lecciones tan santas, yo quedo al mismo tiempo raptada por la profundidad de tu amor y temerosa por el peligro al cual estoy continuamente expuesta. Frente a tu cuna y por el misterio de tu nacimiento prodigioso, te suplico que hagas descender en mí y en todos los hijos la potencia, el amor y las alegrías que inundan tu Corazón, a fin de que nuestro querer pueda ser uno, como el tuyo con el Santo Querer de Dios.

PRACTICA:

Para honrarme, vendrás tres veces a visitarme a mi cuna, diciéndome: “Celeste Niña, hazme renacer junto Contigo en la Divina Voluntad”.

JACULATORIA:

¡Mamá Celestial, haz surgir el alba y la aurora de la Divina Voluntad en mi alma!

+ + + +

DECIMA PRIMERA MEDITACION – La Reina del Cielo durante los primeros

tres años de su existencia, con sus mismos actos infantiles invita a Dios a descender a la tierra e invita a los hombres a vivir en la Divina Voluntad.

EL ALMA A LA PEQUEÑA REINA CELESTIAL:

Heme aquí de nuevo Contigo, querida Niña, en la casa de Nazaret. Mamacita mía, ¡cuán querida eres para mí! ¡Ah!, dame tus lecciones, a fin de que contemplando tu infancia, yo aprenda de Ti a vivir, aun en las acciones humanas más simples, en el Reino de la Divina Voluntad.

LECCION DE LA PEQUEÑA REINA DEL CIELO:

Querida hija, mi único deseo es el de tenerte a mi lado, sin ti me siento sola y no tengo a quien confiar mis secretos; son mis deseos maternos los que me atraen hacia ti y me llevan a darte mis lecciones para hacerte comprender cómo se vive en el Reino de la Divina Voluntad. El querer humano está mortificado por el alma que hace la Divina Voluntad y sufre continuas muertes delante de la Luz, de la Sabiduría, de la Santidad y de la Potencia de Ella; y si bien está sujeto a morir el querer humano y a morir continuamente, goza y desea que en él renazca y surja victoriosa y triunfante la Divina Voluntad, portadora de alegría y de felicidad sin término.

Querida hija, si la criatura comprendiera y probara qué cosa significa hacerse dominar por el Divino Querer, aborrecería en tal forma la propia voluntad que estaría dispuesta a dejarse cortar en pedazos, antes que salir de El.

Observa los primeros años de la infancia que pasé entre mis queridos padres. Ellos me amaban mucho y Yo era tan amable y bella, tan alegre, pacífica y llena de gracias infantiles, que era su joyel que raptaba sus afectos. Papá y mamá eran todo ojos para Mí y cuando me tomaban en sus brazos, sentían cosas insólitas y una vida divina palpitante en mi ser.

Hija de mi Corazón, debes saber que en cuanto comenzó mi vida acá abajo, la Divina Voluntad principió a extender su Reino en todos mis actos. Así que mis oraciones, mis palabras, mis pasos, el alimento, el sueño, los pequeños servicios que hacía a mi madre, eran todos animados por la Voluntad Divina.

Y como Yo te llevaba como hija incesantemente en mi Corazón, te llamaba en cada uno de mis actos, pues Yo deseaba hacer tus acciones en común con las mías, a fin de que en cada una de las tuyas, aun en las más indiferentes, se extendiera el Reino del Querer Divino. ¡Considera cuánto te amé...! Cuando rezaba, llamaba a tu oración en la mía, a fin de que ambas fueran valorizadas con un sólo valor y un sólo poder: el valor y el poder de la Divina Voluntad. Cuando hablaba, llamaba a tu palabra; cuando caminaba, llamaba a tus pasos y así al realizar las más simples acciones indispensables a la naturaleza humana, como traer agua, hacer la limpieza y otras cosas similares, Yo invitaba en estos mis actos a los mismos actos que tú habrías más tarde realizado, para hacerlos partícipes de las riquezas contenidas en la Voluntad Divina e invocaba por medio de cada suspiro mío y de cada movimiento al Verbo Divino para que descendiera a la tierra.

Hija mía, si bien Yo había deseado tanto hacerte feliz y hacerte reinar Conmigo, las más de las veces vi con sumo dolor que mis actos quedaban aislados y que los tuyos se quedaban en tu voluntad,

formando, cosa horrible de decirse, un reino no divino sino humano: ¡el reino de las pasiones, del pecado, de la infelicidad y de la desventura..!

Tu Mamá lloraba entonces sobre tu desventura... y aún ahora, sobre cada acto de voluntad humana que realizas, sabiendo bien al estado miserable al cual te precipitas, derramo amargas lágrimas y no deseo otra cosa sino hacerte comprender el gran mal que haces.

Escúchame: si das muerte a tu querer para que el Divino Querer tenga vida en ti, te serán concedidas, como por derecho, todas las alegrías y toda la felicidad. Todas las cosas serán comunes entre tú y tu Creador; las debilidades, las miserias te serán quitadas y te convertirás en la más querida de mis hijas y Yo te tendré en mi mismo Reino, para hacerte vivir siempre de Voluntad Divina.

EL ALMA:

Mamá Santa, ¿quién, al verte llorar, puede oponerte resistencia y rehusarse a escuchar tus lecciones? Yo con todo mi corazón te prometo no hacer jamás, jamás mi voluntad; y Tú, Mamá divina, no me dejes sola, ni siquiera un sólo instante; con el imperio de tu presencia da muerte a mi voluntad y vida permanente a la Divina en mí.

PRACTICA:

Para honrarme, me ofrecerás todos tus actos y me recitarás tres Aves Marías en memoria de los tres años que viví con mi mamá Santa Ana.

JACULATORIA:

Reina Poderosa, rapta mi corazón para encerrarlo en la Voluntad de Dios.

+ + + +

DECIMA SEGUNDA MEDITACION – La Reina del Cielo deja la casa paterna.

Su vida en el Templo.

EL ALMA A LA CELESTE REINA:

Mamá Celeste, tu pobre hija siente la irresistible necesidad de seguir tus pasos, de estudiar tus acciones para tomarlas como modelo y guía de toda su vida. Tú estás por irte de tu casa paterna al Templo; dame la gracia de poder acompañarte en el sagrado recinto y concédeme permanecer siempre Contigo, para aprender a cumplir la Voluntad de Dios aun a costa de cualquier sacrificio y heroísmo.

LECCION DE LA CELESTIAL REINA:

¡Con cuánto gusto te doy mi bienvenida, querida hija! Sí, ven junto a Mí y saca de mi ejemplo la fuerza que te es necesaria para adherirte totalmente a la Voluntad de Dios en cualquier circunstancia de tu vida!.

Yo tenía apenas tres años cuando mis santos padres me anunciaron su decisión de consagrarme al Señor en el Templo.

Con el pensamiento de que debía pasar mi juventud en la casa de Dios, mi corazón exultó de alegría y al mismo tiempo se sintió oprimido por el dolor. Me sentía tan pequeña aún y tan necesitada de las tiernas atenciones de mi padre y de mi madre... Ellos, a su vez, sufrían tan intensamente por mi separación, que se sentían morir. Sin embargo, considerándome no como cosa de ellos, sino como un don recibido en custodia por Dios, ellos se dispusieron voluntaria y valerosamente al acto heroico que El les pedía.

Si también tú, hija mía, quieres poseer una fuerza invencible para sufrir las penas más duras, debes de recibirlas como preciosos favores enviados a ti por la mano paterna de Dios.

Cuando dejé la casa de Nazaret di una última mirada a la habitación en la cual había nacido y agradecí al Creador por habérmela concedido; confié entonces a la Divina Voluntad toda mi infancia con todos sus dulces recuerdos para que fueran custodiados por Ella como otras tantas prendas de amor hacia Aquel que me había creado.

Hija mía, el agradecer al Señor y abandonar en sus manos nuestros actos como testimonio de nuestra ternura por El, abre el camino a nuevas comunicaciones de Gracia entre Dios y el alma y forma el mejor homenaje que se pueda rendir a quien tanto nos ama. Aprende por tanto de Mí, a agradecerle por cualquier disposición, que El tome de ti en cada cosa que hagas, sea éste tu movimiento: “Gracias, oh! Señor, todo lo vuelvo a poner en tus manos”.

Si partí de mi casa al Templo con tanto valor y desapego de la casa paterna fue únicamente porque veía al Querido Divino, en el Cual tenía constantemente fijo mi Corazón. Desde el instante en el cual le había entregado mi voluntad Yo había adquirido el total dominio de Mí misma y había entrado en posesión de una caridad perfecta, de una paciencia a toda prueba, de una dulzura fascinante y de una humildad profunda. ¿Cómo me hubieran, en verdad, podido llamar Reina las criaturas si Yo no hubiera sabido antes que todo imperar sobre mis facultades?

Debes saber, hija mía, que la Divina Voluntad no se abaja jamás para reinar en una naturaleza rebelde; por eso, cuando sientas las espinas de la impaciencia, las hierbas nocivas de la agitación, los malos humores de los afectos no santos, recurre prontamente a mi Corazón y

conságrame tu voluntad decididamente y sin reserva alguna, para que Yo haga correr en ella el Divino Querer. Con mi ayuda tú lograrás en un solo día lo que no te fue posible hacer a lo largo de años enteros.

Cuando llegamos al Templo, mis santos padres me entregaron a los superiores, que me consagraron al Señor. En aquel instante solemne, mientras Yo estaba vestida de fiesta, se cantaron con grandísima emoción mía, himnos y profecías relacionadas con el futuro Mesías. Y al momento de la separación di con valor el “adiós” a mi padre y a mi madre, les besé la mano, les agradecí por los cuidados que habían tenido de Mi Infancia y por el gran sacrificio que ahora demostraban consagrándome a Dios. Mi actitud pacífica, sin llanto y resuelta infundió en ellos el valor y la fuerza para dejarme y alejarse de Mí. ¡Oh potencia del FIAT, tú sola eres la única que podía darme, en aquella tierna edad, el heroísmo y la fuerza de separarme de quienes tanto me amaban!

Me encerré entonces en el Templo para preparar el Reino de la Divina Voluntad en la tierra. En aquel sagrado lugar Yo cumplía exactamente cada uno de mis deberes, era pacífica con todos, jamás fui para ninguno causa de amargura o de molestia; me sometía sin ninguna dificultad a realizar los servicios más humildes y veía a cualquier sacrificio como un honor y un privilegio. ¿Quieres conocer por qué, hija mía? Porque en cada cosa Yo encontraba la expresión de la santa Voluntad de Dios; comparaba el Querer Divino a una campanita que continuamente me llamaba y... ante aquel sonido misterioso mi Corazón gozaba y Yo corría al lugar en donde el FIAT me invitaba. En la Regla descubría la Divina Voluntad y en los superiores reconocía a los exponentes de aquel sacro Querer que a un tiempo me penetraba y me circundaba para formar su Reino en cada acto mío.

Hija mía, de mi estancia en el Templo aprende cuán preciosa es la virtud del recogimiento. ¡Oh, cómo quisiera que las almas amaran y practicasen esta virtud viviendo alejadas de los peligros y de los espectáculos del mundo, que muchas veces causan su ruina! Si fueran más recogidas amarían mayormente la oración, sentirían mucho mejor la paz, no serían motivo de molestia a ninguno y la tierra estaría poblada cada vez más de otros tantos santos. Pero con sumo dolor observo que muchas almas por falta de recogimiento están inquietas, no encuentran paz y así forman ellas mismas su propia cruz y la de sus familias. ¡Oh, cuánto quisiera hacerles comprender el bien que les vendría si se modelaran a ellas mismas en este ejemplo mío, que no sólo nunca salí de mi casa, y si alguna vez lo hice fue sólo por extrema necesidad y para cumplir la Divina Voluntad, sino que con vivir durante mi juventud en el Templo mostré a mis hijos cómo desde el primer instante de mi Concepción hasta que morí, viví siempre en el Templo vivo del Divino Querer.

Era para mí este Templo de la Divina Voluntad ley suprema, fuente de la que brota el amor, Vida de mi vida que me daba el heroísmo y la felicidad perenne en cada uno de mis actos. Y Yo, Madre ternísima quisiera encerrar a todos mis hijos en este vivo Templo del FIAT Divino, para poner sus almas, su santidad y su felicidad bajo un resguardo seguro y solamente así obtendré sobre mi cabeza esta corona y me sentiré Madre feliz y triunfadora.

EL ALMA:

¡Oh Mamá Santa, cómo son bellas tus lecciones y cómo endulzan mi corazón! ¡Ah, te pido que extiendas en mí el mar del FIAT Divino; sumérgeme en El, a fin de que yo no vea ni conozca otra cosa fuera de la Divina Voluntad, sus secretos, sus alegrías, su felicidad!.

PRACTICA:

Recitarás doce Ave Marías para honrar los doce años que viví en el Templo y unirás todos tus actos a los míos.

JACULATORIA:

Mamá Reina, enciérrame en el Sagrado Templo de la Voluntad de Dios.

+ + + +

DECIMA TERCERA MEDITACION – La Reina del Cielo sale del Templo.

Se desposa con San José y santifica así también el estado conyugal.

EL ALMA A SU MAMA CELESTIAL:

Mamá Santa, siempre siento fuertemente la necesidad de permanecer estrechada entre tus brazos, para que el Divino Querer que reina en Ti forme el dulce encanto a mi voluntad. Tus lecciones me han hecho comprender qué terrible es la cárcel a la que la voluntad humana arroja a la pobre criatura y yo temo que la mía vuelva a tomar vida en mí. Por eso, me confío a Ti, Mamá, a fin de que Tú me vigiles incesantemente y por amor me hagas vivir siempre de Voluntad Divina.

LECCION DE LA REINA DEL CIELO:

Hija mía, ánimo, ten confianza en tu Mamá y mantén el propósito firme de no dar nunca más vida a tu voluntad. ¡Oh, cómo me gustaría escuchar de tus labios: “Mamá mía, mi voluntad se acabó, el FIAT Divino tiene en mí todo su imperio”!. Por eso, confía en mi protección y ten valor. La desconfianza es patrimonio de los viles y de todos

aquéllos que no están verdaderamente decididos a obtener la victoria. Estos permanecen sin armas, y como sin armas no se puede vencer, así están siempre vacilantes en el bien.

Ahora, hija mía, escúchame: Dios me hizo saber que era su Voluntad que Yo saliera del Templo para unirme en desposorios, según el uso de aquellos tiempos, con un hombre santo llamado José, para retirarme después con él en la casa de Nazaret. Hija mía, en este momento de mi existencia podría parecer que Dios quisiera ponerme una trampa. Yo nunca había amado a ninguno en el mundo, porque la Voluntad Divina ocupaba todo mi ser, y puesto que mi voluntad no había tenido nunca un acto de vida, la semilla del amor humano no existía en Mí; ¿cómo habría entonces podido amar a un hombre, por santo que fuera? Es verdad que yo conservaba a todas y a cada una de las criaturas en mi Corazón materno escritas con caracteres de fuego imborrable, pero este amor era en orden al Amor Divino. El afecto humano, comparado con el Divino, puede llamarse sombra, humo, átomo de amor...

Sin embargo, querida hija, ésto que aparentemente parecía obstáculo a la Santidad de mi vida, sirvió admirablemente al Señor para cumplir sus designios y para concederme la gracia tan suspirada por Mí: el descendimiento del Verbo a la tierra. Dios me daba la salvaguardia, la defensa, la ayuda para que ninguno pudiera dudar de mi honestidad. San José debía ser mi cooperador, el tutor que se debía ocupar de lo poco de material para vivir que se iba a necesitar, la sombra de la divina Paternidad, el encargado de asumir el oficio de padre en nuestra pequeña familia celestial en la tierra.

Cuando entonces Dios me comunicó su Voluntad, Yo, si bien sorprendida, pronuncié inmediatamente mi FIAT, sabiendo que el Divino Querer no me habría hecho ningún mal ni habría menoscabado mi santidad. Pero si en cambio Yo hubiera obrado en mi espontánea voluntad con el pretexto, de todas maneras plausible, de no querer conocer ningún hombre, hubiera arruinado los planes de la venida del Verbo a la tierra.

Por lo tanto, no es ya la diversidad de los estados lo que perjudica la santidad, sino la falta de sumisión a la Divina Voluntad en el cumplimiento de los propios deberes, en la situación y circunstancias en las cuales Dios llama a la criatura. Todos los estados son santos, sin excluir el del matrimonio, siempre que la criatura esté animada por la Divina Voluntad en la observancia de sus propios deberes.

En cuanto conocí que debía salir del Templo, Yo no hice ningún movimiento y esperé que Dios mismo moviera las circunstancias externas para hacerme cumplir su adorable Querer. Y... ¡así sucedió! Los superiores me llamaron y me dijeron que era voluntad de ellos, y también el uso de aquellos tiempos, que Yo debía prepararme a los

esponsales; acepté. Milagrosamente la elección recayó, entre tantos, en San José; así que se celebraron los esponsales y Yo salí del Templo.

Hija de mi Corazón, si quieres que los designios divinos se cumplan también en ti, busca de corazón en todas las cosas solamente la Divina Voluntad.

EL ALMA:

Reina Celestial, yo me confío a Ti y con esta confianza de hija pido siempre a tu materno Corazón que reine y triunfe en mí la Divina Voluntad.

PRACTICA:

Para honrarme vendrás a mis rodillas y recitarás quince Gloria Patri para agradecer al Señor todas las gracias que me concedió hasta los quince años de mi vida.

JACULATORIA:

Reina poderosa, concédeme las armas para ganar la batalla a mi voluntad.

+ + + +

DECIMA CUARTA MEDITACION – La Reina del Cielo en la casa de Nazaret.

Cielo y tierra están a punto de darse el beso de paz. La hora Divina está cercana.

EL ALMA A SU MAMA REINA:

Mamá Soberana, estoy de regreso para escuchar tu voz; tu amor me ata y como imán potente me tiene fija y toda atenta para escuchar tus bellas lecciones. Pero con ésto no me basta; si me amas como Madre, enciérrame dentro del Reino de la Divina Voluntad en el cual viviste y vives; cierra la puerta, de modo que, aunque yo quiera, no pueda salirme jamás y así, unidas, haremos vida común y ambas seremos felices.

LECCION DE LA REINA DEL CIELO:

Querida hija, ¡si tú supieras cómo suspiro por tenerte encerrada en el Reino de la Divina Voluntad! Cada lección que te doy es un candado de más que pongo para impedirte salir, es una fortaleza más que construyo para poner tu voluntad entre muros, dentro de los cuales tú puedas más activamente comprender cuán santo y provechoso es permanecer bajo el dulce imperio del FIAT Supremo. Por ésto, está atenta al trabajo que tu Mamá hace para raptar tu voluntad y para hacer triunfar en ti la Voluntad Divina.

Escúchame pues, querida hija. Yo salí del Templo con el mismo valor con el que entré y solamente para seguir la Divina Voluntad. Cuando llegué a Nazaret, no encontré ya a mis queridos padres; estaba sólo acompañada por San José a quien Yo veneraba como un ángel puesto por Dios para mi custodia. Legiones angelicales me acompañaban a lo largo del viaje y todas las cosas creadas me hacían fiesta y... agradeciéndoles, daba a cada una de ellas mi beso y mi saludo de Reina.

Así llegué a Nazaret y en ese momento San José y Yo nos miramos con recato. Los dos sentíamos el corazón ansioso, con el deseo de confiarnos recíprocamente estar atados a Dios con el voto de virginidad perpetua. Al fin se rompió el silencio y mutuamente nos hicimos conocer el voto. ¡Cómo nos sentimos entonces felices y con cuánta emoción agradecemos al Señor de que ambos queríamos vivir juntos como hermano y hermana!

Yo era atentísima para servir a mi esposo; nos mirábamos entre nosotros con veneración y la paz reinaba en medio de nosotros. ¡Oh, si todos mis hijos mirándose en Mí me imitaran, cuánta paz no tendrían en sus corazones! Yo me adaptaba con gran simplicidad a la vida común; nada dejaba ver de los grandes mares de gracia que me venían del cielo, y rezaba mucho para que el Verbo Divino descendiera a la tierra.

La Divina Voluntad que me dominaba no hacía otra cosa que investir de toda Gracia cada acto mío. Yo sentía que Ella formaba en Mí el reino de la Luz que siempre mana, el Reino de la Belleza, de la Santidad y de la Potencia que siempre crecen.

Todas las cualidades divinas con las cuales fui adornada por el Supremo FIAT, me llenaban de luz, y mi humanidad, de este modo embellecida y revestida, producía continuamente flores celestiales de virtud. Yo sentía que el Cielo descendía a Mí y que la tierra de mi humanidad subía y, encontrándose, se abrazaban y se daban un recíproco beso de paz y de amor. La tierra se disponía a producir la semilla para formar al Justo, al Santo; y el Cielo se abría para hacer descender al Verbo Divino en esta semilla.

¡Oh, con qué fervor suplicaba: “Padre Santo, no puedo más, me siento arder por una fuerza potente que quiere vencerte, con las cadenas de mi amor quiero atarte para desarmarte a fin de que ya no tardes más y hagas descender pronto al Verbo Divino del Cielo a la tierra”, y rezaba y lloraba para ser escuchada!

La Divinidad vencida finalmente por mis lágrimas y oraciones me aseguró: “Hija, ¿quién te podrá resistir? ¡Tú has vencido; la hora divina está próxima, continúa formando tus actos en la Potencia de mi Querido, pues gracias a ellos el Cielo y la tierra se darán pronto el beso de la paz!”

Nadie en el mundo podrá entender las ansias ardientes y las intensas alegrías que mi Corazón sentía ante este queridísimo anuncio, si bien Yo misma ignoraba aún que Yo era Quien había sido elegida para ser la madre del Verbo Eterno.

Querida hija, escúchame atentamente: con vivir de Voluntad Divina Yo preparé su Paraíso y su Reino Divino en mi alma, si no hubiera formado en Mí este Reino Divino, el Verbo Eterno no habría nunca podido descender del cielo a la tierra. El vino entonces cual vencedor a ocupar el dominio que el Divino Querer le había preparado, y en Mí, El encontró su trono y sus divinas alegrías.

Viviendo siempre de Voluntad Divina, Yo adquirí por Gracia lo que en Dios es naturaleza, es decir, la fecundidad divina, gracias a la cual formé, sin intervención de hombre, la semilla de la Humanidad del Verbo Eterno. Oh, ¿qué cosa no puede hacer la Divina Voluntad operante en una criatura? ¡Ella infunde en el alma todos los bienes posibles e inimaginables! Por eso, anhela con todas tus fuerzas que todas las cosas se conviertan para ti en Voluntad Divina.

EL ALMA:

Mamá Santa, si Tú quieres puedes todo; si tuviste tanta fuerza para vencer aun a Dios y hacerlo descender del Cielo a la tierra, ciertamente no te faltará poder para sojuzgar a mi voluntad para que ya no tenga vida. Yo espero en Ti y por ello obtendré todo de Ti.

PRACTICA:

Para honrarme me harás una visita a la casa de Nazaret y en homenaje me darás todos tus actos, los unirás a los Míos y de este modo los convertirás en Voluntad Divina.

JACULATORIA:

Emperatriz Celestial, trae el beso de la Voluntad de Dios a mi alma.

+ + + +

DECIMA QUINTA MEDITACION – La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad.

Las puertas del Cielo se abren. El Verbo Eterno envía a su Angel para anunciar a la Santísima Virgen que la hora de Dios ha llegado.

EL ALMA A SU MAMA CELESTIAL:

Mamá Santa, heme aquí de nuevo sobre tus rodillas, tu hija desea el alimento de tu palabra dulcísima, el bálsamo que sana todas las heridas producidas por su miserable voluntad. Mamá mía, háblame,

tus potentes palabras descieran a mi corazón, pongan el germen de la Divina Voluntad en él y formen en mí una nueva creación.

LECCION DE LA REINA SOBERANA:

Querida hija, esta es la finalidad que Yo busco al hacerte oír los arcanos celestiales del FIAT Divino: que puedas estimar los portentos que El puede obrar en quien se abandona completamente y... también temas el gran mal que le viene a quien se hace dominar del querer humano.

Mientras Yo continuaba mi serena vida en Nazaret, el FIAT Supremo continuaba extendiendo en Mí su Reino, se servía de los más pequeños e indiferentes actos míos, como eran por ejemplo: mantener el orden en nuestra casita, encender el fuego, barrer, y, en una palabra, todos los demás servicios que se hacen en la familia, para hacerme sentir su propia Vida palpitante en el fuego, en el agua, en el alimento, en el aire, en todas partes...

Yo entonces aprovechaba todas mis acciones, aun las más pequeñas, para formar océanos de Gracia y de Santidad. El Querer Divino donde reina tiene la prerrogativa de extraer de cualquier acto, nuevos cielos de belleza encantadora, pues siendo inmenso no sabe hacer cosas pequeñas, sino que con su Potencia da valor a las cosas que no lo tienen, haciéndolas tan grandes de hacer temblar el Cielo y la tierra.

Todo es santo, todo es sagrado para quien vive de Voluntad Divina. Ahora, hija de mi Corazón, escúchame y pon atención: unos días antes de que el Verbo descendiera a la tierra, Yo vi que el cielo se abrió y en él vi al Sol del Verbo Divino que estaba como contemplando la tierra para escoger a la Mujer Bendita hacia la Cual tomar el vuelo y hacerse su prisionero. ¡Oh, cómo era bello verlo en esta actitud: El miraba hacia la tierra para espiar a la afortunada criatura que debía albergar a su mismo Creador! La Santísima Trinidad no miraba más a la tierra como si le fuera extraña, no, porque estaba Yo, que poseyendo su misma Voluntad, había formado en Mí el Reino Divino en el cual el Verbo podía descender. La Divinidad tuvo como una explosión de amor y quitándose el manto de Justicia que desde hacía tantos siglos había mantenido, en relación a la criatura, se cubrió con el manto de la Misericordia infinita y decretó el descendimiento de su Verbo.

¡He aquí que ya viene la hora de la Concepción! Ante esta llamada, Cielos y tierra quedaron estupefactos y se pusieron en actitud atenta para ser espectadores de este exceso de Amor Divino incomparable y de un prodigio inaudito.

Yo, tu Mamá, me sentía incendiada por un fuego devorador y formando a mi vez mares de amor, suplicaba al Verbo que quisiera descender en ellos a la tierra. Y... he aquí que mientras estaba dirigiendo

al Cielo mis más tiernas e incesantes oraciones, apareció un Angel en mi habitación como mensajero del Gran Rey: “Dios te salve, María, Reina nuestra”, me saludó inclinándose profundamente, “el FIAT Divino te ha llenado de Gracia y para hacer descender al Verbo, Dios quiere tu FIAT, para dar cumplimiento al Suyo”.

Ante tal anuncio, tan inesperado pero muy deseado, me turbé. Nunca había supuesto que Yo era la elegida entre todas las criaturas y me maravillé por un instante, y el Angel del Señor agregó: “No temas, ¡Reina nuestra!, porque has hallado gracia delante de Dios, Tú has vencido a tu Creador y para dar cumplimiento a la victoria pronuncia tu FIAT”. Incliné la cabeza y dije: “FIAT, he aquí la esclava del Señor, hágase en mí según su Palabra”. ¡Oh maravilla, en cuanto hube pronunciado mi FIAT, el FIAT Divino se fundió con el mío y el Verbo Eterno descendió en Mí!

Mi FIAT, con la Potencia comunicada por el FIAT Divino, había formado por medio de mi misma carne, el germen de la Humanidad del Hijo de Dios y así se cumplía la encarnación del Verbo.

¡Oh Potencia del FIAT Supremo, Tú me elevaste tanto, hasta hacerme capaz de formar en Mí la Humanidad que debía encerrar al Omnipotente, a Aquél a Quien Cielo y tierra no pueden contener!

Los Cielos se sacudieron y toda la creación exultó en un himno de alegría. Mirando la humilde casita de Nazaret y con el deseo de ofrecer las primicias de sus homenajes al Creador humanado todos decían en su mudo lenguaje: “¡Oh prodigio de los prodigios que sólo un Dios podía hacer: La Inmensidad se ha empequeñecido, la Potencia ha quedado impotente, la Altura inenarrable se ha abajado hasta el abismo del Seno de una Virgen, permaneciendo a un mismo tiempo pequeño e inmenso, potente e impotente, fuerte y débil!”

Querida hija, tú no puedes comprender lo que tu Mamá sintió en el momento de la Encarnación del Verbo. Y si no puedes comprender tanto, esfuérzate por lo menos en poner en práctica mis santos consejos. Mi potencia sigue y seguirá existiendo todavía; invítame a pronunciar mi FIAT en ti, Yo aceptaré si tú me cedes totalmente el tuyo. Por sí mismo el hombre no puede hacer ningún bien verdadero, pues para hacer las mayores empresas se necesitan siempre que concurren otros hombres. Dios mismo para formar el gran prodigio de la Encarnación no quiso obrar solo sino que me quiso junto; fue su FIAT y el mío juntos, en los que se formó la Vida del Hombre Dios y en los que se reparó el destino del género humano. El Cielo ya no estuvo cerrado y todos los bienes se vincularon y se circunscribieron en nuestros dos FIAT.

Hija mía, pronunciamos, pues, juntas: “¡FIAT, FIAT!” si quieres que mi amor materno encierre en ti la Vida de la Divina Voluntad.

EL ALMA:

Mamá, yo me siento maravillada al escuchar tus sublimes lecciones y te pido que pronuncies tu FIAT en mí y yo pronunciaré también el mío, a fin de que la Vida de la Divina Voluntad reine y viva en mí; ¡FIAT, FIAT!

PRACTICA:

Para honrarme vendrás frecuentemente a dar los primeros besos a Jesús y le dirás que quieres vivir siempre de su Santísima Voluntad.

JACULATORIA:

Reina Poderosa, pronuncia tu FIAT para que viva en mí la Voluntad de Dios.

+ + + +

DECIMA SEXTA MEDITACION – La Virgen María es un Cielo tachonado de estrellas.

El Sol Divino con sus refulgentes rayos llena ya el Cielo y la tierra. Jesús en el seno de su Mamá.

EL ALMA A SU MADRE REINA:

Heme aquí de nuevo contigo, Mamá; vengo a alegrarme junto contigo y postrándome ante tus santos pies, te saludo: ¡llena de gracia y Madre de Jesús!

¡Oh, de ahora en adelante no te encontraré ya sola, Mamá, porque Contigo está mi pequeño Prisionero divino! He aquí que somos tres: Mamá, Jesús y yo. ¡oh, qué gran fortuna es la mía, porque cuando quiera encontrar a mi Jesús, bastará que yo venga contigo, dulce Madre mía!

¡Oh, Mamá Santa, elevada ahora ya a la dignidad de Madre de Dios, ten piedad de esta tu pequeña y miserable hija, dirige en mi lugar tus primeras palabras a tu pequeño Prisionero, a fin de que El me dé la Gracia de vivir de su Voluntad Divina!

LECCION DE LA REINA DEL CIELO:

Hija mía, hoy te espero con ardientes ansias; mi Corazón Materno está henchido de ternura y por eso siento la necesidad de desahogar mi amor contigo. Sí, quiero decirte que no solamente soy tu Madre, sino que también soy la Madre de Jesús. Esta sublime prerrogativa me inunda de alegría infinita y me da felicidad inenarrable. ¿Cómo habría podido y osado esperar Yo, miserable criatura y esclava del Señor, ser su Madre?

Fue el FIAT Divino el que me elevó a tal altura llenándome de Gracia y preparando en Mí una habitación digna de mi Creador. Por eso siempre la gloria, el amor, el agradecimiento sean para el FIAT Supremo.

Ahora escúchame, hija de mi Corazón: en cuanto se formó mediante la potencia del FIAT Divino la pequeña Humanidad de Jesús en mi Seno, el Sol del Verbo eterno se encarnó en esta Humanidad. Yo poseía en Mí un Cielo tachonado de estrellas muy resplandecientes que enviaban alegrías, armonías de bellezas divinas y el Sol del Verbo Eterno, fulgurante de resplandor inaccesible, como sol, vino a tomar su puesto. Su luz se difundía por todas partes e inundando Cielo y tierra llegaba a todas las criaturas y con el toque de sus rayos llamaba a las puertas de cada corazón y con voz penetrante decía: “hijos míos, abridme, dadme un lugar, he descendido del Cielo a la tierra para formar en cada uno de vosotros mi Vida; mi Madre es el centro en el cual Yo resido y todos vosotros, hijos míos, estáis en la periferia hacia la cual Yo tiendo”.

La Luz misteriosa llamaba y llamaba sin cesar y la pequeña Humanidad de Jesús, por medio de Ella, hacía llegar a cada corazón sus lágrimas, sus gemidos y sus espasmos de amor y de dolor... Desde entonces se inició para Mí una nueva vida. Yo estaba al tanto de todo lo que obraba mi Hijo, lo veía devorado por inmensas llamas; de cada uno de sus latidos, de cada uno de sus respiros, de cada una de sus penas se desprendían mares de amor, mediante los cuales El envolvía a todas las criaturas para hacerlas suyas.

Debes saber, querida mía, que Jesús concibió en Sí mismo todas las penas que habría de sufrir desde su primera hora hasta la última. En cuanto su pequeña Humanidad tuvo vida, su Omnividencia le hizo presente cada una de las almas, así que El las encerró a todas en Sí, como Dios; por eso, ninguna debería perderse. Mi Hijo sufría el peso de todos los pecados de cada criatura y Yo, su Mamá, lo seguía en todo. Compartiendo cada pena suya, sentía que en mi Corazón Materno se formaba la nueva generación de almas que como Madre debía con El generar a la Gracia, a la Luz, a la nueva Vida que El traía a la tierra.

Hija mía, has de saber que desde el primer instante de mi existencia Yo te amé como Madre, te sentí en mi Corazón, ardí de amor por ti, pero sin todavía comprender la razón; el FIAT Divino me hacía obrar, pero no me explicaba aún el motivo de mis acciones. Pero con la Encarnación del Verbo se develó el secreto. Yo supe entonces que no sólo habría de ser la Madre de Jesús sino también de todo el género humano y que mi Maternidad se habría de completar en la hoguera del dolor y del amor. ¿Ves, hija mía, cuánto te amé y cuánto te amo ahora?.

Ahora ya entiendes con qué potencia puede ser investida una criatura que no impida al Divino Querer desarrollar su propia Vida operante en Ella. El FIAT Divino, poseyendo en grado supremo la

virtud generativa, comunica también al alma sus cualidades y por tanto la hace fecunda de obras buenas.

Por eso, hija mía, si quieres también tú la generación de todos los bienes, haz que el FIAT viva y desarrolle en ti su Vida operante.

EL ALMA:

Mamá Santa, yo me abandono en tus brazos... ¡Oh, cómo quisiera bañar tus manos maternas con mis lágrimas y moverte a compasión del estado en que se encuentra mi pobre alma!

¡Ah, si me amas como Madre, enciérrame en tu Corazón y haz que pueda decir: “mi Mamá es toda para mí y yo soy toda para Ella!” Tu amor queme mis miserias, mis debilidades, y la Potencia del FIAT Divino que Tú posees como Reina forme en mí su vida operante.

PRACTICA:

Para honrarme harás una visita a Jesús Sacramentado para agradecerle por haberse encarnado y por haberse hecho prisionero en mi seno, concediéndome el grandísimo honor de ser su Madre.

JACULATORIA:

Mamá de Jesús, sé también mi Mamá y guíame por el camino de la Divina Voluntad.

+ + + +

DECIMA SEPTIMA MEDITACION – La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad.

En la hoguera de su amor, María, sintiéndose Madre de Jesús, se encamina en busca de los corazones para santificarlos. Visita a Santa Isabel y santificación de Juan.

EL ALMA A SU MADRE CELESTIAL:

Mamá Celestial, tu pobre hija tiene extrema necesidad de Ti, siendo Tú mi Madre y Madre de Jesús, siento que tengo el derecho de estar junto a Ti, de ponerme a tu lado y de seguir tus pasos para modelar los míos.

¡Ah Mamá Santa, dame tu mano y condúceme, a fin de que yo pueda aprender a dar vida en mí a la Divina Voluntad en las diversas acciones de mi vida!

LECCION DE LA REINA DEL CIELO:

Hija bendita, cómo es dulce tu compañía, al ver que quieres seguirme para imitarme siento refrigerio a las llamas de amor que me devoran. Oh sí, teniéndote junto a Mí, podré con más facilidad enseñarte a vivir de Voluntad Divina. Ahora sígueme y escúchame.

En cuanto fui Madre de Jesús y Madre tuya, mis mares de Amor se multiplicaron y no pudiéndolos contener todos en Mí, sentía la necesidad de expandirlos y de ser la primera portadora de Jesús a todas las criaturas, aun a costa de grandes sacrificios, y ¿por qué digo grandes sacrificios? Cuando se ama de verdad, los sacrificios y las penas son refrigerios, son alivios y desahogos del amor que se posee.

¡Oh, hija mía, si tú no conoces el bien del sacrificio, si no sientes cómo te da las alegrías más íntimas, es señal de que el Amor Divino no llena toda tu alma y por tanto, de que la Divina Voluntad no reina completamente en ti, pues Ella es la única que da la fuerza al alma para hacerla invencible y capaz de soportar cualquier pena!

Pon la mano en tu corazón y mira cuántos vacíos de amor hay. Reflexiona: esa secreta estima de ti misma, ese turbarte por la más mínima contrariedad, esos apegos que sientes a las cosas y a las personas, ese cansancio en el bien, ese fastidio que sientes con lo que no va de acuerdo a tus deseos... equivalen a otros tantos vacíos de amor en tu corazón, vacíos que te privan de la fuerza y del deseo de ser colmada de Voluntad Divina. ¡Oh, cómo sentirías también tú la virtud reconfortante y conquistante en tus sacrificios si llenas de amor estos vacíos en tu corazón! Hija, dame la mano y sígueme para que Yo continúe dándote mis lecciones:

Salí de Nazaret, acompañada de San José, para ir a visitar a Isabel en Judea afrontando un largo viaje, atravesando montes; Isabel en su vejez se encontraba milagrosamente encinta. Yo fui a ella no para hacerle una simple visita, sino porque ardía en deseos de llevarle a mi Jesús. La plenitud de Gracia, de Amor, de Luz, que sentía dentro de Mí, me empujaba a llevar, a multiplicar y centuplicar la vida de mi Hijo en todas las criaturas.

Sí, hija mía, el amor de Madre que tuve por todos los hombres y por ti en particular, fue tan grande, que sentí la extrema necesidad de dar a todos a mi querido Jesús, para que todos lo pudieran poseer y amar. El derecho de Madre que me concedió el FIAT, me enriqueció con tal potencia que podía multiplicar tantas veces a Jesús por cuantas eran las criaturas que lo quisieran recibir. Este era el milagro más grande que Yo pude realizar: tener a Jesús para darlo a quienquiera que lo deseara. ¡Oh, cómo me sentía feliz! ¡Cómo quisiera que también tú, acercándote a las demás personas y haciéndoles visitas, fueras siempre portadora de Jesús, capaz de hacerlo conocer y deseosa de hacerlo amar!.

Después de algunos días de viaje llegué finalmente a Judea y prontamente de allí a la casa de Isabel quien me salió al encuentro alegremente. Al saludo que le di sucedieron hechos maravillosos: mi pequeño Jesús exultó en mi seno y fijando con los rayos de su propia Divinidad al pequeño Juan en el seno de su madre, lo santificó, le dio

el uso de la razón y le hizo conocer que El era el Hijo de Dios; Juan entonces exultó de amor y de alegría tan fuertemente que Isabel se sintió estremecer, e iluminada también por esa luz de la Divinidad de mi Hijo supo inmediatamente que Yo era ya la Madre de Dios y en el extremo de su amor, rebosando de gratitud, exclamó: “¿De dónde a mí tanto honor... que la Madre de mi Señor venga a mí?”

Yo no negué el altísimo misterio, sino que lo confirmé humildemente, alabando a Dios con el cántico del Magnificat, por medio del cual la Iglesia continuamente me honra, y anuncie que el Señor había hecho en Mí, su esclava, maravillas, y que por eso todas las generaciones me llamarían Bienaventurada.

Hija mía, Yo me sentía arder en el deseo de dar un desahogo a las llamas de amor que me consumían y de comunicar mi secreto a Isabel, quien también suspiraba por la venida del Mesías a la tierra. El secreto es una necesidad del corazón que irresistiblemente se revela a las personas que son capaces de entenderse. ¿Quién podría decirte cuánto bien dejó mi visita a Isabel, a Juan, y a toda esa casa? Todos fueron santificados, y llenos de alegría, teniendo felicidades nuevas, comprendieron cosas inauditas y Juan, en particular, recibió todas las gracias que eran necesarias para prepararse a ser el Precursor de mi Hijo.

Queridísima hija, la Divina Voluntad hace cosas grandes y admirables en donde reina. Si Yo obré tantos prodigios, fue porque Ella tenía su puesto de Reina en mí; si también tú dejaras reinar al Divino Querer en tu alma serías también la portadora de Jesús a las demás criaturas y sentirías el irresistible deseo de hacerlo conocer por todas.

EL ALMA:

Mamá Santa, cuánto te agradezco por tus hermosas lecciones, siento que me dan tal poder que me hacen suspirar continuamente la vida de la Divina Voluntad. Y para obtener esta grandísima gracia, ven, desciende junto con Jesús a mi alma, renueva en mí la visita que hiciste a Santa Isabel y también los prodigios que para ellos obraste. ¡Ah sí, Mamá, tráeme a Jesús, santifícame; con Jesús sabré hacer y vivir solamente de su Santísima Voluntad!

PRACTICA:

Para honrarme recitarás tres veces el Magnificat en agradecimiento por la visita que hice a Santa Isabel.

JACULATORIA:

Mamá Santa, visita también a mi alma y prepara en ella una digna habitación a la Divina Voluntad.

+ + + +

DECIMA OCTAVA MEDITACION – La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad.

Sol que nace y que asciende hacia los esplendores del medio día. El Verbo Eterno en medio de nosotros.

EL ALMA A SU MAMA REINA:

Dulcísima Mamá, mi pobre corazón siente la inmensa necesidad de confiar sus secretos a tu corazón materno. Escucha, Mamá: al considerar los grandes prodigios que obró en Ti el FIAT Divino, veo que no tengo fuerza para imitarte, pues soy pequeña y débil y la lucha tremenda de mi existencia no me deja más que un hilo de vida.

Mamá, cómo quisiera volcar mi corazón en el tuyo para hacerte sentir las penas que me amargan y el temor que me tortura por no poseer la fuerza para cumplir la Divina Voluntad. Ten piedad de mí, escóndeme en tu Corazón y yo olvidaré todos mis males para tener presente únicamente el deber que tengo de vivir de Voluntad Divina.

LECCION DE LA REINA DEL CIELO:

Hija querida, no temas, confía en tu Mamá, vuelca todo en mi Corazón y Yo tendré en cuenta todas las cosas, seré tu Mamá y no sólo cambiaré tus penas en luz, sino que además servirán para extender los confines del Reino de la Divina Voluntad en tu alma. Para lo cual haz ahora todo a un lado y escúchame, porque quiero hacerte conocer lo que obró mi pequeño Rey Jesús.

Conforme su Humanidad, unida hipostáticamente a la Divinidad, iba creciendo, mi seno materno se hacía más estrecho, oscuro y sin ninguna rendija por donde entrara la luz, así que Yo veía a mi Jesús inmóvil, envuelto en una noche profunda. ¿Sabes tú qué le formaba esta oscuridad tan intensa? Era la voluntad humana en la cual el hombre voluntariamente obraba; esto formaba dentro de El otros tantos abismos de tinieblas por cuantos pecados el hombre cometía y era en tal forma incapaz de hacer el bien.

Mi amado Jesús para poner en fuga las tinieblas de esta oscura noche, en la cual estaba el hombre metido y obraba, quedó prisionero en el seno de su Mamá y voluntariamente sufrió la inmovilidad de nueve meses.

Querida mía, ¿quién podrá describirte lo que mi pequeño Jesús sufrió estando en mi Seno encerrado? Sus penas fueron inauditas e indescriptibles, pues siendo Dios y hombre a un tiempo y dotado de plena razón, por puro amor hacía como a un lado los océanos infinitos de alegría, de felicidad, de luz de su Divinidad para sumergir a su Humanidad en los mares de tinieblas, de amarguras, de infelicidad y

de miseria que le habían preparado las criaturas y que ahora El se las echaba en las espaldas como si fueran propias.

Hija mía, el verdadero amor nunca dice “basta”, no le importan las penas, sino que por medio de ellas busca al que ama y solamente está satisfecho cuando ofrece la propia vida para salvar la vida del amado.

Observa entonces el gran mal que haces cuando haces tu voluntad. No sólo preparas la noche a tu Jesús y a ti, sino que también formas en ti mares de amargura, de infelicidad y de miseria que te confunden y de los cuales tú misma no sabes cómo salir. Por ésto, debes estar atenta, hazme feliz y repítame muy a menudo que quieres vivir exclusivamente de la Voluntad del Señor.

El pequeño Jesús entre espasmos de amor se encontraba ya para salir a la luz; sus ansias, sus suspiros, sus ardientes deseos, que eran los de abrazar al hombre, de mostrarse a él y mirarlo para raptarlo en sí, no le daban descanso y así como un día El se había puesto a la vista a las puertas del Cielo para encerrarse en mi seno, así ahora, de este mi seno, que se había convertido en su cielo, El estaba como a la vista para venir en medio de las criaturas.

El sol del Verbo Eterno se disponía a levantarse en el horizonte al mundo, para luego formar su pleno medio día y así poner definitivamente fin a la noche, al alba y a la aurora con su esplendor incomparable.

Tu Mamá sentía que no podía contenerlo más dentro de Ella; mares de luz y de amor me inundaban... y como dentro de un mar de luz lo concebí, así dentro de un mar de luz nació de mi vientre.

Querida hija, para quien vive de Voluntad Divina todo es claridad y todo se convierte en luminosidad. Era en estos deslumbrantes esplendores donde Yo esperaba ansiosa de abrazar a mi Jesús. En cuanto salió a la luz, Yo sentí sus primeros respiros amorosos; luego el Angel del Señor Lo puso en mis brazos y Yo Lo estreché fuertemente, le di mi primer ternísimo beso de Madre y por vez primera recibí el suyo con emoción infinita.

EL ALMA:

Mamá Santa, ¡oh, cómo fuiste afortunada, Tú eres verdaderamente bendita entre las mujeres! ¡Ah, te pido, por las alegrías que tuviste al estrechar a Jesús en tu regazo y al ofrecerle tu primer beso, que me cedas por algunos momentos a tu Tesoro entre mis brazos, pues tengo prisa de prometerle solemnemente que lo quiero amar siempre y de asegurarle que no quiero conocer ninguna otra cosa en el mundo sino solamente a su adorable y Divina Voluntad!

PRACTICA:

Para honrarme vendrás a besar los piecitos al Niño Jesús, y para consolarlo le entregarás tu voluntad en sus manitas.

JACULATORIA:

Madre mía, encierra en mi corazón al Niño Jesús para que El reine en mí con su Divina Voluntad.

+ + + +

DECIMA NOVENA MEDITACION – La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad.

El pequeño Rey Jesús nace, los Angeles y los pastores lo adoran y el Cielo y la tierra exultan. El Sol del Verbo Eterno termina con la noche del pecado y da principio al pleno día de la Gracia.

EL ALMA A SU MAMA CELESTIAL:

Mamá santa, hoy siento un ardiente deseo de venir a Ti para encontrar y gozar al Celestial Niño en tus brazos. Su belleza me arroba, sus miradas me hieren; sus ojos, prontos al llanto, a los gemidos, a los sollozos, me excitan a amarlos siempre más. Madre mía queridísima, yo sé que Tú me amas y por eso te pido que me tomes entre tus brazos para que yo pueda ofrecer mi primer beso a Jesús y pueda poner en su Corazón los secretos que me oprimen tanto. Y para hacerlo sonreír le diré: “mi voluntad es tuya y la Tuya es mía, forma en mí el Reino de tu FIAT Divino”.

LECCION DE LA REINA DEL CIELO:

Querida hija mía, cómo anhelo estrecharte a Mí, para presentarte ante mi dulce Niño y poderle decir: “No llores, mira, aquí con Nosotros está mi querida hija que quiere reconocerte como su Rey y desea confiarte el dominio de su alma para que Tú formes en ella el Reino de la Divina Voluntad”. Ahora, hija de mi Corazón, acaricia al Niño Jesús y, mientras tanto, pon atención a lo que te quiero decir.

Era media noche cuando El dejó mi seno materno, y ya te expliqué cómo su Nacimiento puso en fuga las tinieblas de la voluntad humana y del pecado. Cada cosa creada comenzó en aquella hora a dar gloria a su mismo Creador Humanado. El sol se dispuso a ofrecerle sus primeros besos y a calentarlo con su calor, el viento con sus suaves ráfagas purificó el aire de aquella habitación y con su dulce murmullo le dijo “te amo”. Los cielos se estremecieron, la tierra exultó y tembló hasta sus abismos más bajos, el mar murmuró con sus olas; en una palabra, todos los elementos reconocieron y proclamaron que el Señor, Rey del universo, ya estaba en medio de ellos y todos, haciéndose competencia, lo alabaron.

Los mismos ángeles, haciéndose visibles, inundaron el lugar con luz vivísima y con sus voces melodiosas cantaron potentemente, para

poder ser escuchados por todos: “Gloria a Dios en el Cielo y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad”. Presentáronse después estos ángeles a los pastores y uno de ellos les anunció: “Hoy ha nacido el Salvador; encontrarán un Niño envuelto en pañales en un pesebre”.

En cuanto pude estrechar a mi Corazón al recién nacido, lo adoré profundamente y con inmensa devoción, levantándolo entre mis brazos, lo ofrecí al Padre Eterno. Después de haberlo envuelto en pobres pañales llamé al querido San José. La alegría, la emoción y la admiración que sintió al contemplar por primera vez a mi Unigénito fueron indecibles. Habiéndolo adorado con profundísima humildad lo recibió de mis manos, y teniéndolo en sus brazos lo veneró, y estrechándolo se ofreció a sí mismo, recibiendo del Celestial Niño torrentes de gracias.

Después de haber gozado las sobrehumanas alegrías de los primeros abrazos divinos, mi esposo y Yo pusimos un poco de heno en el pesebre y ahí lo acomodamos. Tal era su Voluntad y Yo no podía hacer menos que seguirla. Raptada por su belleza me arrodillé delante de El y di desahogo a todos los mares de amor que el Querer Divino había formado en Mí y de mi Corazón Materno hice salir incesantes actos de ternura, de adoración, de alabanza y de agradecimiento.

Y el Celestial Niño ¿qué hacía entre tanto en el pesebre? El vivía en un continuo abandono a la Voluntad del Padre Celestial, que era también suya. Dando gemidos y suspiros suavísimos, El, llorando, llamaba a todos amorosamente diciendo: “Hijos míos, venid pronto a Mí, por amor vuestro he nacido al dolor, a las lágrimas; venid todos a conocer el exceso de mi amor, dadme acogida en vuestros corazones”.

Los sencillos pastores fueron los primeros que correspondieron a la llamada divina; abandonaron sin tardanza sus rebaños y vinieron a adorar al recién nacido Mesías, y El dio a cada uno en particular su dulce mirada y su sonrisa de amor.

Ahora, hija mía, pon atención a ésto: tú fácilmente puedes imaginar que toda mi alegría consistía en tener en mi regazo a mi querido Hijo Jesús; sin embargo, el Querer Divino me hizo comprender que debía ponerlo en el pesebre, para que estuviera a disposición de todos y para que quien quisiera pudiera mimarlo, besarlo y tomarlo entre sus brazos como si fuera suyo. El era el pequeño Rey de todos y por ésto cada uno tenía el derecho de apropiarse de El, como de una dulce prenda de amor. Para dar cumplimiento al Querer Divino Yo me privé de esta santa alegría y desde ese momento comencé, con obras y sacrificios, a ejercer mi oficio de Madre que consiste en dar a todos a mi querido Jesús.

Hija mía, la Divina Voluntad es exigente, quiere todo, también el sacrificio de las cosas santas y en ciertas circunstancias pide aun la gran privación del mismo Jesús; y ésto lo hace para extender mayormente su Reino y para multiplicar su Vida en las almas.

El heroísmo de una criatura que por amor de Jesús llega a privarse de El, tiene un precio tan grande que atrae y produce la Vida de Dios en las almas que desgraciadamente no la poseen. Por tanto, hija mía, está atenta y no rehuses, por ningún pretexto, nada a la Divina Voluntad.

EL ALMA:

Mamá Santa, tus bellas lecciones me alientan inmensamente; si quieres que las ponga en práctica, no me dejes sola, estréchame fuertemente a tu Corazón materno y cuando esté por sucumbir bajo el enorme peso de la privación divina infúndeme la fuerza de no negar nada a la Divina Voluntad.

PRACTICA:

Para honrarme vendrás tres veces a visitar al Niño Jesús y besando sus manitas le ofrecerás actos de amor para consolarlo.

JACULATORIA:

Mamá santa, derrama las lágrimas de Jesús en mi corazón para preparar en mí el triunfo de la Voluntad Divina.

+ + + +

VIGESIMA MEDITACION – La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad.

Llega la primera hora de dolor. Heroísmo materno en el rito de la circuncisión.

EL ALMA A SU REINA:

Dulcísima Mamá mía, heme aquí de nuevo Contigo, esta hija tuya no puede estar sin Ti. El dulce encanto del celeste Niño que ahora estrechas en tus brazos y ahora arrodillada adoras en el pesebre, ¡me rapta!. Tu suerte feliz es la dulce recompensa del mismo FIAT que extendió en Ti su Reino. ¡Ah Mamá, prométeme que harás uso de la potencia para formar también en mí el Reino de la Divina Voluntad!

LECCION DE LA REINA DEL CIELO:

Hija querida, Yo deseo ardientemente tenerte junto a Mí para contarte nuestra historia de amor y de dolor; tu presencia me conforta, pues la compañía de quien nos ama endulza las amarguras, mitiga las penas y hace las alegrías más dulces y suaves.

Debes saber entonces que transcurridos apenas ocho días del Nacimiento del Infante Divino, el deber interrumpió nuestra felicidad, pues nos imponía circuncidar a mi pequeño Jesús según el rito hebreo. La circuncisión era un rito dolorosísimo al que debían someterse todos los primogénitos de aquel tiempo. Mi Hijo que era inocente y que había

venido para restaurar en la tierra la ley del amor no debería haber sufrido la ley, que era herencia del pecado. De todos modos, quiso sujetarse para levantar al hombre degradado y para mejor hermanarse con él.

El pensamiento de tener que someter a mi querido Hijo, mi Vida, mi mismo Creador, a un dolor tan acervo, hacía sangrar mi Corazón de Madre y me hacía desear sostener la pena que El estaba por sufrir. Pero el Querer Supremo infundiéndome el heroísmo que me era necesario se impuso a mi amor y Yo, junto con San José, obedecí prontamente al FIAT Divino y, sin titubear, seguí sus órdenes.

¡Qué hora de sufrimiento y aflicción fue la de la circuncisión! Viendo que el Dios Niño lloraba y gemía, me sentí arrancar el corazón y no pudiendo soportar el dolor, derramé con mi Esposo las más ardientes lágrimas. En aquel instante el mismo dolor que nos traspasó se extendió por la tierra entera, invadiendo, cual mar interminable a todas las criaturas y les llevó la primera prenda de amor y la misma Vida de mi Unigénito para ponerlas a todas a salvo. Has de saber, hija mía bendita, que el corte de la circuncisión encerraba en sí profundos misterios. La sangre que brotó de la pequeña Humanidad de mi Hijo formó el sello de hermandad entre El y toda la familia humana y constituyó el primer pago que El quiso ofrecer a la Justicia Divina para rescatar a todas las generaciones. Mira, hija mía, qué ejemplo admirable de obediencia nos quiso dar el Celeste Niño. El, autor mismo de la ley, se sometió a ella para enseñarnos que la santidad consiste en dar vida a la Divina Voluntad en el cumplimiento de los propios deberes y en la observancia de la ley. ¡Santidad sin Voluntad Divina no existe!. ¡Es la Divina Voluntad, por medio de los deberes, la que da el orden, la armonía y el sello a la santidad!.

Has de saber, hija mía, que en toda la vida de Jesús no hubo ni obra ni pena que no haya tenido la finalidad de restablecer la Vida de la Divina Voluntad en la criatura humana. Debes tener sumo cuidado de cumplir en toda circunstancia, aun dolorosa o humillante, el Divino Querer, pensando que todas las cruces no son otra cosa que la materia prima de la que se sirve el Señor para infundir y alimentar en ti su Vida Divina.

Además de ésto, el Verbo hecho carne quiso sufrir la dolorosa incisión para sanar la herida mortífera que Adán se había hecho sustrayéndose de la Divina Voluntad. Y como cada acto de querer humano abre en el alma una nueva llaga, así mi querido Hijo preparó con su propia Sangre un lavado saludable para purificar al hombre de todas sus culpas, para fortificarlo y embellecerlo, para hacerlo digno de recibir nuevamente la Divina Voluntad, fuente de santidad y de felicidad que el mismo hombre ignominiosamente había rechazado.

Como consuelo a nuestra pena tan amarga, el adorable Querer de Dios nos reservó la más dulce de las alegrías, al hacernos imponer

al recién nacido Mesías el nombre santísimo de “Jesús”, que había indicado el Ángel. ¿Quién te podrá decir, hija mía, la emoción que sentimos al pronunciar este santo nombre que sería para los hombres el bálsamo de todos sus dolores, la defensa en los peligros, la victoria en las tentaciones y el remedio de todos sus males? ¡Nombre potente, Nombre santo, Nombre grande! Tú haces temblar al infierno, eres reverenciado por los ángeles, sueñas dulce al oído del Padre Celestial; ante Ti todos se arrodillan en adoración. Sólomente quien te invoca con fe puede experimentar las maravillas y el secreto milagroso de la virtud que en Ti mismo contiene!.

Querida hija, una última recomendación quiero hacerte: cuando veas que tu voluntad humana, débil y vacilante, titubea en seguir la Divina, pronuncia el santísimo nombre de Jesús y El te la afirmará en el FIAT Divino; si estás oprimida dirígete a Jesús; cuando trabajes, llama a Jesús; cuando descanses conserva en tus labios este santo Nombre; cuando despiertes, tu primera palabra sea “Jesús”! Invoca siempre este Nombre bendito, pues El contiene mares de gracia que les vienen dados a todos aquéllos que lo pronuncian con amor.

EL ALMA A SU REINA:

Mamá Celeste, ¡cuánto agradecimiento te debo por las preciosas lecciones que me has dado!. ¡Ah, te pido que grabes en mi corazón tus lecciones para que yo no las pueda olvidar nunca! Te suplico que quieras sumergir mi alma en la Sangre del Celeste Niño para que Ella sane las heridas que me ha causado mi voluntad.

PRACTICA:

Para honrarme pronunciarás a menudo durante el día el Santísimo Nombre de “Jesús”.

JACULATORIA:

Mamá mía, graba en mi corazón el Santísimo Nombre de Jesús, para que El me dé la gracia de vivir siempre de Voluntad Divina.

+ + + +

VIGESIMA PRIMERA MEDITACION — La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad.

Una nueva estrella con su dulce centelleo llama a los Reyes Magos a adorar a Jesús. La Epifanía.

EL ALMA A SU MADRE CELESTIAL:

Heme aquí de nuevo en tu regazo, Mamá Divina. El dulce Niño que estrechas a tu Corazón y tu suave belleza me raptan en tal forma que no siento fuerzas para apartarme de Ti. Hoy tu aspecto es más bello que de costumbre; se diría que el dolor de la circuncisión te haya enriquecido con nuevo encanto. Veo que tu mirada vuela lejos, en espera de personas queridas por Ti, a las cuales deseas y suspiras hacer conocer a tu Jesús. Por ésto yo me estrecho más fuertemente a tu Corazón para no perder ni una de las lecciones que estás por impartirme.

LECCION DE LA REINA DEL CIELO:

Hija mía, tienes razón en encontrarme más bella. Has de saber que el dolor que sufrí por la circuncisión de mi Jesús me hizo doblemente Madre: Madre de mi Hijo y Madre de todos los dolores; así que, ante la Divinidad, con el doble derecho de maternidad adquirí doble derecho de gracia para Mí y para todo el género humano. Esta es la causa por la cual me encuentras tú ahora más bella.

Hija mía, ¡cuán dulce es hacer el bien y sufrir en paz por amor de Aquél que nos ha creado!. De éste modo el hombre llega a vincularse con la Divinidad y a cambio obtiene de Ella un amor siempre creciente y gracias sin número, las cuales, no pudiendo estar ociosas tienden a expandirse y a comunicarse a todos para hacer conocer a Aquel que las ha dado.

Dios mismo, que no sabe negar nada a quien lo ama, viendo que Yo me consumía en el deseo de hacer conocer a todas las almas al esperado Mesías, hizo aparecer en el cielo azul una nueva estrella más bella y más luminosa que las demás y con su luz y con su mudo centelleo anunciaba a todo el mundo que el Redentor había nacido, e iba en busca de adoradores que vinieran a reconocerlo como a su Salvador y como a su Rey. Pero... ¡oh ingratitud humana!, entre tantos hombres solamente hubo tres personajes que prestaron atención a su invitación y la siguieron sin considerar los sacrificios que el viaje les habría de imponer.

Mientras ellos venían por el camino que les indicaba la estrella, mis oraciones, mi amor, mis gracias y mis suspiros los preparaban para el encuentro y descendiendo en sus corazones hicieron aparecer en ellos otras tantas estrellas que iluminaban sus mentes y dirigían su interior; de modo que ellos sin conocer aún al celestial Niño ya lo amaban, lo buscaban y apresuraban el paso para llegar adonde El estaba y contemplarlo.

Mi Corazón de Madre gozaba por la felicidad, por la correspondencia y por los sacrificios de aquellos generosos Reyes Magos, pero al mismo tiempo se sentía amargado al constatar que entre tantos hijos míos dispersados por el mundo, solamente se presentaran tres para conocer y adorar al Niño Dios. Hija mía, cuántas veces en la historia de los siglos, desgraciadamente me es renovado este dolor de la ingratitud humana. Pero a pesar de ésto mi Hijo y Yo hacemos continuamente surgir estrellas, una más bella que la otra, para atraer a los hombres ahora al conocimiento de su propio Creador, ahora a la santidad, ahora a resurgir del pecado, ahora al heroísmo de un sacrificio. Y ¿quieres saber tú cuáles son estas estrellas? Un encuentro doloroso, un afecto no correspondido por otras criaturas, una verdad que no se conoce, una pena, un desengaño, un encuentro inesperado... son otras tantas estrellas que quieren llevar luz a las mentes de las criaturas para encaminarlas hacia el Celeste Niño, el Cual, llorando, busca refugio en sus corazones para hacerse conocer y amar. Pero, con sumo dolor nuestro, la mayoría de las veces esperamos en vano que los hombres vengan a Nosotros. Ellos no buscan a Jesús y me impiden hacerla para ellos de Madre; por eso las estrellas se ocultan a sus miradas y ellos quedan en la Jerusalén del mundo privados de Dios. Se necesita amor, correspondencia, fidelidad y sacrificio para seguir las estrellas, y se necesita atención para acoger con provecho al Sol del Divino Querer cuando surge en el alma y así no estar en peligro de permanecer en la obscuridad del querer humano.

Hija mía, los Santos Reyes al entrar en Jerusalén perdieron de vista la estrella; pero como no dejaron de buscar a Jesús, el astro volvió a aparecer en cuanto estuvieron fuera de la ciudad y los guió a la gruta en donde Yo los acogí con mi materno amor cuando llegaron. El querido Niño los miró con ternura y majestad grandes y de su pequeña Humanidad hizo brotar un rayo de su Divinidad, ante el cual los Reyes Magos se arrodillaron a sus pies y adorándolo profundamente lo reconocieron extasiados como al verdadero Dios.

Después le ofrecieron el oro de sus propias almas, el incienso de su fe y adoración y la mirra de todo su ser y de cada sacrificio y... a estos actos de ofrecimiento interno agregaron el don material del oro, del incienso y de la mirra, símbolos de su ofrecimiento interior. Y sintiendo Yo que mi amor de Madre no quedaba satisfecho aún, quise poner al dulce Niño entre sus brazos; ellos lo recibieron con veneración inmensa, lo besaron, lo estrecharon a su pecho y gozaron en sí mismos del Paraíso anticipadamente.

Mediante esta manifestación mi Hijo ató a todas las naciones gentiles al conocimiento del verdadero Dios, extendió a todos los hombres los beneficios de la Redención, procuró el regreso a la fe a todos los pueblos, se constituyó Rey de reyes y con las armas de su

amor, de sus penas y de sus lágrimas, imperando sobre todos, llamó al Reino de su Divina Voluntad a la tierra!

Luego Yo, ejerciendo mi oficio de Madre y Reina les hablé largamente de la Encarnación del Verbo, los fortifiqué en la fe, en la esperanza y en la caridad y les pedí que lo hicieran conocer a todos; después los bendije y los hice bendecir por el querido Niño, y así ellos felices y conmovidos hasta las lágrimas, partieron de regreso a sus lejanos países. Pero no los dejé partir solos, sino que los acompañé con mi maternal afecto y en recompensa del amor que nos habían demostrado les hice sentir en sus corazones la inefable presencia de Jesús.

Hija querida, Yo me siento verdaderamente Madre cuando veo que mi Hijo domina y posee a quienes lo buscan y lo aman y en ellos forma su morada perenne. Por ésto, si quieres que Yo habite en tu alma y ejerza mi oficio de Madre hacia ti, como lo ejerzo con mi Hijo, invítame a poner a Jesús en tu corazón... ahí tú lo contentarás con tu amor, lo alimentarás con el alimento de su Voluntad, lo vestirás con la santidad de tus acciones y sólo entonces será cuando tú me des la verdadera alegría de mi fecundidad materna.

EL ALMA A SU MADRE CELESTIAL:

Mamá santa, ¡cómo me siento feliz y cuánto te debo agradecer por el deseo que tienes de poner al Celestial Niño en mi corazón! ¡Ah, te pido, ocúltame bajo tu manto a fin de que yo no mire ninguna otra cosa sino sólo al pequeño Jesús que está encerrado en la prisión de mi alma.

PRACTICA:

Para honrarme vendrás tres veces a besar al Niño Celestial y pidiéndome que lo encierre en tu corazón le darás el oro de tu voluntad, el incienso de tus adoraciones y la mirra de tus penas y sacrificios.

JACULATORIA:

Mamá Celeste, cúbreme con tu manto y enciérrame en la Divina Voluntad.

+ + + +

VIGESIMA SEGUNDA MEDITACION – EL FIAT Divino pide a la Reina del Cielo el heroico sacrificio de ofrecer al Niño Jesús por la salvación del género humano.

Huida a Egipto, exilio y regreso a Nazaret.

EL ALMA A SU MADRE CELESTIAL:

Mamá Santa, heme aquí para acompañarte al templo, al que vas para cumplir el más grande de los sacrificios, el sacrificio de ofrecer al Celeste Niño por la salvación de todas las criaturas. ¡Y no obstante, terrible es decirlo, muchas se perderán!

¡Ah, Mamá mía, pon al pequeño Jesús en mi corazón y yo te prometo solemnemente amarlo siempre y tenerlo como vida de mi pobre alma!.

LECCION DE LA REINA DEL CIELO:

Hija mía querida, sé atenta a mis lecciones y escúchame: sabes que desde hace cuarenta días estábamos en la gruta de Belem, primera habitación de mi Hijo acá abajo y en la que tantas maravillas se realizaron.

¿Quién te podrá decir, hija mía, lo que sucedió entre Jesús y Yo durante ese sagrado tiempo? El Celestial Niño que había bajado del Cielo a la tierra en una hoguera de amor buscaba a su Mamá constantemente para poner en su Corazón la Gracia que no podía ya contener y la buscaba como refugio de sus actos y de su Vida. Cada latido de su Corazón, cada respiro, cada movimiento, cada lágrima eran como tantas llamas que me herían continuamente y me hacían presa feliz de su mismo amor. Ya la circuncisión había hecho en mi Corazón desgarros profundos, pero ahora, viendo que sus actos eran fundidos con los míos y que su Vida era la mía, Yo me sentía como nunca Reina y Madre de amor.

Transcurridos aquellos días benditos, mi dulce Unigénito, sintiéndose más que nunca vencido por su infinita ternura, quiso obedecer la ley y presentarse al Templo, para ofrecerse por la salvación de cada uno de todos los hombres. Era la Divina Voluntad la que nos llamaba al gran sacrificio y Nosotros obedecimos inmediatamente.

Hija mía, cuando el FIAT Divino encuentra pronta correspondencia en la ejecución de sus quereres pone a disposición del hombre su misma fuerza divina, su misma santidad, su misma potencia creadora y comunica al acto y al sacrificio realizado un valor infinito, capaz de pagar y satisfacer por todos.

Esta era la primera vez que San José y Yo salíamos con el dulce Niño y por eso lo envolvimos con amoroso cuidado para defenderlo de

los rigores del invierno. Y después de haber agradecido a Dios por los grandes misterios que se realizaron en la sagrada cueva dejamos Belem para encaminarnos a Jerusalén.

Habiendo llegado al Templo y habiendo presentado las ofrendas rituales adoramos profundamente a la Divina Majestad y he aquí que viene a atendernos el Sumo Sacerdote Simeón, quien iluminado por Dios reconoció y adoró en mi Hijo al Verbo hecho carne. Exultando de gozo lo recibió de mis manos y levantando los ojos al cielo lo ofreció como víctima al Padre Eterno por la salvación de todo el género humano. Después, dirigiéndose a Mí con palabras inspiradas, predijo todos mis dolores.

¡Oh, cómo quedó desgarrado mi Corazón de Madre ante el anuncio de la fatal tragedia que un día habría de suceder a mi Hijo! Cada palabra que el FIAT Supremo hacía resonar en mi alma repercutía en Mí con vibrante y doloroso sonido y era semejante a una espada cortante que me traspasaba y me laceraba hasta las más íntimas fibras. Sobre todo fue muy penoso para Mí escuchar que este celestial Niño habría sido puesto no sólo para salvación sino también para ruina de muchos y signo de grandes contradicciones. Si el Querer Divino no me hubiera sostenido, Yo habría muerto al instante de puro dolor; sin embargo, me dio vida para empezar a formar en Mí el Reino de los dolores del Reino de su Voluntad Divina.

Y así, con mis propios martirios, Yo adquiriré verdaderamente la moneda para pagar la deuda de mis hijos, tanto buenos como ingratos.

Cuando habían pasado apenas pocos días del rito de la presentación fui golpeada por un nuevo y acerbo dolor: el rey Herodes habiendo sabido por medio de los Santos Reyes a su paso por Jerusalén que el Rey de Israel había nacido, por temor a perder su trono dio la cruel orden de matar a todos los niños y así entre ellos matar a mi dulce Jesús, mi querida Vida.

Querida hija, ¡qué dolor!, ¡se quería hacer morir a Aquél que había venido a dar Vida a todos y a traer al mundo la nueva era de paz, de felicidad y de gracia! ¡Qué ingratitud, qué perfidia...! ¡Ah!, hija mía, ¿comprendes ahora hasta dónde puede llegar la ceguera de la voluntad humana? Esta puede ser tan feroz hasta querer atar las manos de su mismo Creador y pretender hacerse dueña de la Vida de quien la ha creado! Por eso, compadéceme y trata de consolar el llanto de mi dulce Niño. El gime por la ingratitud de los hombres, quienes ya lo quieren muerto, siendo que apenas ha nacido. Para poderlo salvar de la matanza fuimos compelidos a huir con el querido San José, quien había sido advertido por el ángel que huyéramos a Egipto. Tú, ahora, acompáñanos, querida hija, no nos dejes solos y Yo continuaré dándote mis lecciones sobre los graves males que son causados por la voluntad humana.

Has de saber que el hombre en cuanto se sustrajo a la Divina Voluntad perdió todos los derechos, no supo más a dónde dirigir sus pasos, se convirtió en un pobre exiliado y en un peregrino errante.

Hija mía, ¿ves cuánto te amó mi querido Niño? En los primeros albores de su vida El se refugia en tierra extranjera para liberarte del exilio en el cual te confinó el querer humano y para hacerte vivir no ya en país extranjero sino en la Patria que Dios te concedió al crearte, es decir, en el Reino del FIAT Supremo!

Entonces llegamos a Egipto y ahí permanecemos por varios años, hasta que el ángel del Señor advirtió nuevamente a San José que podíamos regresar a la casa de Nazaret, pues el impío tirano había muerto.

Ahora escucha, hija mía, Egipto simboliza a la voluntad humana, tierra llena de ídolos. Por todas partes por donde pasaba el pequeño Jesús echaba por tierra los falsos dioses y los arrojaba al infierno. ¡Cuántos ídolos no posee también la miserable tierra de la voluntad humana! Ídolos de vanagloria, ídolos de amor propio, ídolos de pasiones...; por eso, si tú no quieres dejarte tiranizar por ellos, sé atenta y escucha a tu Mamá: vive solamente de Voluntad Divina y Esta, como Jesús en Egipto, te liberará de la esclavitud de los falsos dioses, ídolos de tu corazón, los echará por tierra para siempre y te hará santamente feliz.

EL ALMA:

Mamá Dulcísima, ¡cuánto te agradezco que hayas querido hacerme comprender el gran mal que está encerrado en el querer humano! Por el dolor que sufriste en el exilio en Egipto te pido que hagas salir mi alma del exilio de mi voluntad y me hagas volver al querido Reino del Divino Querer.

PRACTICA:

Para honrarme me ofrecerás tus acciones y tus penas unidas a las mías, pidiendo al Niño Jesús que entre en el egipto de tu corazón para cambiarlo todo en Voluntad de Dios.

JACULATORIA:

Mamá mía, encierra al pequeño Jesús en mi corazón para que ahí El forme el reino de la Divina Voluntad.

+ + + +

VIGESIMA TERCERA MEDITACION – La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad.

Nazaret símbolo y realidad del Reino del FIAT Divino. Vida oculta. María depositaria, fuente y canal de todas las gracias.

EL ALMA A LA SOBERANA REINA:

Mamá Dulcísima, heme aquí nuevamente en tus rodillas maternas. Veo que estás narrando al Niño Jesús tu historia de amor, mientras El a su vez te narra la suya. ¡Oh, cómo es hermoso encontrar a Jesús y a Mamá quienes recíprocamente se hablan de su mutuo amor! Mamá Santa, no me alejes, sino tenme siempre unida a Ti, para que yo, escuchándolos en vuestro ternísimo coloquio aprenda a amaros y a hacer siempre la santísima Voluntad de Dios.

LECCION DE LA REINA DEL CIELO:

Querida hija, ¡con cuánto deseo te esperaba para poder continuar con mis lecciones! Debes saber que la pequeña casa de Nazaret fue para tu Mamá, para el querido y dulce Jesús y para San José un verdadero paraíso. El Divino Querer inundaba continuamente a Jesús y a Mí con sus mares de Luz, de Santidad, de Amor, de Belleza y de Felicidad, mientras que San José quedaba iluminado por nuestros propios reflejos.

Querida hija, en esta casa de Nazaret triunfaba el Reino de la Divina Voluntad. Todos nuestros actos, aun los más comunes, como eran los concernientes al trabajo manual, al arreglo de la casa, a la preparación de los alimentos, eran igualmente animados por el Querer Supremo. Desde el más pequeño acto hasta el más grande, brotaban felicidad y beatitudes inmensas, las cuales se volcaban nuevamente en Nosotros, procurándonos efluvios de nuevos e indescriptibles contenidos.

Hija mía, la Divina Voluntad posee la fuente de los gozos y se deleita en recompensar cada acto de la criatura que vive unida a Ella con gozos incansables y siempre nuevos. ¡Oh, cómo éramos felices! Entre Nosotros reinaba suma paz y unión, de manera que nos sentíamos honrados en someternos recíprocamente; aun mi querido Hijo competía con Nosotros en obedecer y gozaba cuando se veía mandado en los más simples trabajos, ya fuera por San José o por Mí!

¡Cuán conmovedor era verlo ayudar con tanta prontitud a su Padre putativo en los diferentes trabajos y cuánta admiración daba observarlo cuando tomaba el alimento o cuando descansaba! ¡Qué inmensos mares de gracia hacía El correr en esos actos tan comunes en favor de las criaturas!

Ahora, querida hija, escúchame: en la casa de Nazaret se formó en tu Mamá y en la Humanidad de mi Hijo el Reino de la Divina Voluntad,

para darlo en don a la familia humana en cuanto ésta estuviera dispuesta a recibirlo.

Mi Hijo era el Rey y Yo la Reina, pero ambos estábamos sin pueblo; nuestro Reino, capaz de contener a todos y dar vida a todos estaba desierto, porque se necesitaba que primero se cumpliera la Redención.

Perteneciendo Nosotros mismos según el orden humano a la familia humana, y poseyendo este Reino divino podíamos mediante nuestra vida oculta de tantos años obtener para las criaturas el derecho de entrar en ese Reino y en El establecer la propia morada.

Querida mía, si también tú quieres conquistar los bienes que con tanto amor te hemos preparado, es necesario que renuncies a tu voluntad y la tengas olvidada. Dime, hija de mi Corazón, ¿estás dispuesta a complacerme a Mí y a nuestro querido Jesús? Nosotros te esperamos en este Reino tan santo para vivir junto contigo de Voluntad Divina, ¿te sientes en grado de corresponder a nuestra llamada?

Querida hija, Yo quiero hacerte participe en otra obra de amor que en esta casa de Nazaret Jesús realizó en Mí: El me eligió depositaria de toda su Vida. Cuando Dios hace una obra no la deja suspendida en el vacío, sino que busca siempre a una criatura en la cual poderla depositar para no correr el peligro de exponer sus obras a la inutilidad, porque ésto no podría ser. Por eso, mi querido Hijo depositaba en Mí sus obras, sus palabras, sus penas, todo... En el retiro de nuestra casita El me hablaba de la doctrina que iba a enseñar, de las verdades que iba a revelar, de los sacramentos que iba a instituir y confiándome todas las cosas me constituía canal y fuente perenne de la cual debía brotar su Vida y todo bien en favor de todas las criaturas. ¡Oh, cómo me sentía rica y feliz en aquellos benditos instantes! El Querer Divino que reinaba en Mí me daba capacidad de recibir todo y de ofrecer a mi Jesús la correspondencia de amor por la gran obra de la Redención que El iba a realizar!

Querida hija, ¡cuántas cosas me han sido dadas por Dios por no haber nunca hecho Mi voluntad sino sólomente y siempre la Suya! Todo estaba a mi disposición, aun la misma Vida de mi Hijo, y cómo Esta quedaba como encerrada en Mí, Yo podía darla a aquél que con amor me la pidiera.

Ahora una palabra para ti: si haces siempre la Divina Voluntad y nunca la tuya, y si vives en Ella, Yo depositaré en ti todos los bienes de mi querido Hijo; tú serás afortunada porque tendrás una Vida Divina a tu disposición que te dará todo, y Yo vigilándote como verdadera Mamá procuraré aumentar en ti esta Vida y formar así el Reino de la Divina Voluntad en tu alma.

EL ALMA:

Mamá Santa, yo me abandono en tus brazos como pequeña hija que siente extrema necesidad de tus cuidados maternos. Ah!, te pido, toma mi voluntad, enciérrala en tu Corazón y no me la devuelvas jamás, para que yo pueda vivir siempre de Voluntad de Dios y así haré contentos a Ti y a mi querido Jesús.

PRACTICA:

Para honrarme vendrás a hacernos tres visitas a la casa de Nazaret, y para honrar a la Sagrada Familia recitarás tres Pater Ave Gloria pidiéndome que te admita a vivir en medio de Nosotros.

JACULATORIA:

Jesús, María y José, haced que viva con Vosotros en el Reino de la Divina Voluntad.

+ + + +

VIGESIMA CUARTA MEDITACION – La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad.

Visita al Templo. María modelo de oración. Jesús se pierde en el Templo.

EL ALMA A SU MADRE CELESTIAL:

Mamá santa, tu amor materno me llama con voz siempre más potente hacia Ti. Ya veo que te encuentras preparándote para partir de Nazaret hacia Jerusalén. Mamá mía, no me dejes, llévame Contigo y podré escuchar con atención tus sublimes lecciones.

LECCION DE LA REINA DEL CIELO:

Querida hija, tu compañía y el deseo que muestras por escuchar mis celestiales lecciones para imitarme, son la alegría más pura que puedes dar a mi Corazón materno. Yo gozo porque puedo compartir contigo las inmensas riquezas de mi herencia. Ahora presta atención y te narraré un episodio de mi vida, el cual, si bien tuvo resultado consolador, fue para Mí dolorosísimo; y si el Querido Divino no me hubiera dado sorbos continuos y nuevos de fortaleza y de gracia Yo habría muerto de dolor.

Nosotros continuábamos nuestra vida en la quieta casita de Nazaret y mi querido Hijo crecía en gracia y en sabiduría; El era atractivo por la dulzura y por la suavidad de su voz, por el dulce encanto de sus ojos, por la amabilidad de toda su persona; sí, sí, mi Hijo era en verdad bello, sumamente bello.

El acababa de cumplir la edad de doce años cuando según la usanza debimos ir a Jerusalén para celebrar solemnemente la Pascua.

Nos pusimos en camino El, José y Yo. Mientras proseguíamos devotos y recogidos mi Jesús rompía el silencio y nos hablaba ahora de su Padre Celestial, ahora del amor inmenso que nutría en su Corazón por las almas. Llegando a Jerusalén nos dirigimos al Templo y ahí nos postramos con el rostro en tierra y adoramos profundamente a Dios durante un largo rato. Nuestra oración era tan ferviente y recogida que abría los cielos, atraía y ataba al Padre Celestial y, por eso, se aceleraba la reconciliación entre El y los hombres.

¡Oh, querida hija, quiero confiarte una pena que me tortura: hay muchos que van a la Iglesia a rezar, pero desgraciadamente la oración que dirigen a Dios se queda en sus labios porque su corazón y su mente están muy lejos de El! ¡Cuántos van a la Iglesia por pura costumbre o por pasar inútilmente el tiempo! Estos cierran el cielo en lugar de abrirlo. ¡Cómo son numerosas las irreverencias que se cometen en la casa de Dios! ¡Cuántos castigos se evitarían en el mundo y cuántos otros se convertirían en gracias si todas las almas se esforzaran en imitar Nuestro ejemplo! Solamente la oración que brota de un alma en la que reina la Divina Voluntad obrará en modo irresistible en el Corazón de Dios, pues esa oración es tan potente que puede vencerlo y obtener de El las máximas gracias. Ten, por lo tanto, empeño en vivir en el Divino Querer y tu Mamá que tanto te ama dará a tu oración los derechos de su potente intercesión.

Después de haber cumplido nuestro deber en el Templo y de haber celebrado la Pascua nos dispusimos a regresar a Nazaret. En la confusión del gentío Nos separamos; Yo vine con las mujeres y José con los hombres. Miré en derredor para asegurarme que Jesús viniera Conmigo, pero al no verlo pensé que venía con su padre José. ¿Cuál no fue el estupor que sentimos cuando reuniéndonos nuevamente en el lugar donde debíamos encontrarnos no lo vi con él?

Ignorando lo que había sucedido, sentimos un dolor tan profundo que ambos quedamos sin poder hablarnos. Abatidos por el dolor regresamos apresuradamente, preguntando con ansia a cuantos encontrábamos: “decidnos si habéis visto a Jesús, nuestro Hijo, porque no podemos vivir sin El...”

Y llorando describíamos sus razgos: “El es todo amable, de sus bellos ojos brotan rayos de luz que hablan del corazón, su mirada hiere, rapta y encadena; su frente es majestuosa, su rostro es de una belleza encantadora, su dulcísima voz desciende al fondo del corazón y endulza todas las amarguras, sus cabellos rizados y como de oro finísimo lo hacen gracioso. Todo es majestad, dignidad y santidad en El; El es el más bello entre los hijos de los hombres...”

Pero... no lo encontrábamos, y nadie nos sabía decir algo. El dolor que Yo sentía se recrudecía en tal forma que me hacía llorar amargamente

y a cada instante abría en mi Corazón profundos desgarros, los cuales me ocasionaban verdaderos espasmos de muerte.

Querida hija, si Jesús era mi Hijo, también era mi Dios y por ésto mi dolor fue todo en orden divino; es decir, tan potente e inmenso que supera a todos los demás dolores posibles reunidos juntos. Si el FIAT que Yo poseía no me hubiera sostenido continuamente con su fuerza divina Yo hubiera muerto de dolor.

Viendo que ninguno sabía darnos noticia, con ansias interrogaba a los ángeles que me circundaban: “pero decidme, ¿dónde está mi querido Jesús, hacia dónde debo dirigir mis pasos para encontrarlo? ¡Ah, decidle que no puedo más; traédmelo en vuestras alas a mis brazos! ¡Ah, ángeles míos, tened piedad de mis lágrimas, socorredme, traedme a Jesús!”.

Mientras tanto y habiendo sido inútil la búsqueda, regresamos a Jerusalén, y después de tres días de amarguísimos suspiros, de lágrimas, de ansias y de temores, encontramos en el Templo... Yo era toda ojos y buscaba por todas partes... cuando he aquí que, finalmente, llena de júbilo encontré a mi Hijo que estaba en medio de los doctores de la Ley! Hablaba con tal sabiduría y majestad, que los que lo escuchaban quedaban sorprendidos y raptados. Con sólo verlo sentí que regresaba a Mí la vida e inmediatamente comprendí la razón por la cual se nos había perdido.

Ahora, una palabra para ti, querida hija: en este misterio mi Hijo quiso darnos, a Mí y a ti, una enseñanza sublime: ¿podrías acaso tú suponer que El ignoraba lo que Yo sufría? ¡Todo lo contrario!, porque mis lágrimas, mi búsqueda, mi intenso y crudo dolor se repercutian en su Corazón y durante aquellas horas tan penosas El sacrificaba a la Divina Voluntad a su propia Mamá, a quien tanto amaba, para demostrarme que Yo también un día debía sacrificar su misma Vida al Querer Supremo. En esta pena indecible no te olvidé, y pensando que ella te iba a servir de ejemplo la puse a tu disposición a fin de que también tú pudieras tener en el momento oportuno la fuerza para sacrificar todas las cosas a la Divina Voluntad.

En cuanto Jesús acabó de hablar, nos acercamos con reverencia a El y le dirigimos esta dulce pregunta: “Hijo, ¿por qué nos has hecho ésto?” Y El con dignidad divina nos respondió: “¿Por qué me buscábais? ¿No sabéis que he venido al mundo para glorificar a mi Padre?”

Habiendo comprendido el significado de tal respuesta y habiendo adorado en ella al Querer Divino iniciamos nuestro retorno a Nazaret.

Hija de mi Corazón materno, escucha: cuando perdí a mi Jesús el dolor que sentí fue muy intenso y a este dolor se agrega ahora un segundo dolor: el dolor de perderte a ti. En verdad, previendo que tú te

habrías alejado de la Voluntad Divina, Yo me sentí a un tiempo a privar de mi Hijo y de mi hija, y por ésto mi maternidad sufrió un doble dolor!

Hija mía, cuando estés en camino de hacer tu voluntad en lugar de hacer la Voluntad de Dios debes reflexionar que abandonando al FIAT Divino estás por perder tanto a Jesús como a Mí y por precipitarte en el reino de las miserias y de los vicios.

Debes mantener la palabra que me has dado de permanecer indisolublemente unida a Mí y Yo te daré la gracia de no hacerte dominar por tu querer nunca más sino de vivir exclusivamente del Querer Divino.

EL ALMA:

Mamá Santa, tiemblo pensando en los abismos en los que mi voluntad es capaz de precipitarme. Por su causa yo puedo perderte a Ti, a Jesús y todos los bienes celestiales. Mamá, si Tú no me ayudas, si no me ciñes con la Potencia de la Luz del Querer Divino, siento que no me será posible vivir con constancia en la Voluntad Divina. Por ésto, pongo nuevamente toda mi esperanza en Ti, en Ti confío y de Ti espero todo. Así sea.

PRACTICA:

Recitarás tres Aves Marías para compartir el dolor intenso que tuve los tres días en los que permanecí privada de Jesús.

JACULATORIA:

Mamá Santa, haz que yo pierda para siempre mi voluntad para vivir únicamente en el Divino Querer.

+ + + +

VIGESIMA QUINTA MEDITACION – La Reina del Cielo en las Bodas de Caná fue constituída Reina de las familias, Reina de los milagros y vínculo de unión entre el FIAT Divino y la criatura.

EL ALMA A SU MADRE CELESTIAL:

Mamá Santa, heme aquí Contigo y con tu Hijo en las Bodas de Caná, para admirar en el prodigio de Jesús tu potencia y tu ilimitado amor materno por mí y por todos tus hijos. ¡Ah, Madre mía, toma mi mano en las tuyas, ponme en tus rodillas, lléname de amor, purifica mi inteligencia y hazme comprender el gran misterio que encierra el primer milagro de Jesús!.

LECCION DE LA REINA DEL CIELO:

Queridísima hija, mi corazón lleno de amor quiere satisfacer tu deseo y explicarte el motivo por el cual Yo quise asistir con mi Hijo Jesús a las Bodas de Caná. ¿Crees tú que Yo haya intervenido por simple conveniencia? ¡Ah no, hija mía! En este milagro están encerrados profundos misterios. Pon atención y te diré cosas nuevas; te haré comprender cómo mi amor de Madre demostró su intensidad y cómo el amor de mi Hijo demostró verdadera señal de paternidad hacia los hombres.

Mi Jesús había regresado del desierto y estaba a punto de iniciar su Vida Pública, pero primero quiso asistir a estas bodas y permitió que Yo fuera también invitada.

No fuimos para gozar de la fiesta, sino para obrar grandes cosas en favor de las generaciones humanas. Mi Hijo tomaba su lugar de padre y rey de las familias humanas y Yo el puesto de madre y reina. Con nuestra presencia renovamos la santidad, la belleza y el orden del matrimonio que Dios había instituido en el Edén, uniendo con vínculo indisoluble a Adán y Eva para poblar la tierra y multiplicar las futuras generaciones.

Como ves, hija mía, el matrimonio es la esencia de la que brota la vida del género humano, es el medio por el cual la tierra es poblada. A causa del pecado nuestros progenitores, al haberse sustraído de la Divina Voluntad destruyeron la integridad de la familia y por eso Yo, tu Madre y nueva Eva inocente, participé en las Bodas de Caná con mi Hijo Divino para restituir la santidad al matrimonio y reordenar los planes que Dios había preordenado en el Edén.

Además, deseando que todas las familias Me pertenecieran y que por medio mío se instaurara en ellas el Reino del FIAT Divino, Yo me constituí su Reina.

Pero ésto no es todo aún. Nuestro amor ardía en deseos de manifestarse a los hombres y darles la más sublime entre las lecciones, y de este modo logramos nuestro deseo: hacia el final del banquete faltó el vino, por lo que mi corazón de Madre, que amaba intensamente, se sintió enternecer. Quiriendo ir en ayuda de los esposos y sabiendo que mi Hijo podía todo, me dirigí a El con acento suplicante: “Hijo mío, los esposos no tienen ya vino...” “Mi hora no ha llegado aún”, me respondió entonces El. A pesar del aparente rechazo, Yo sabía que Jesús nada me habría negado, y por eso dije a los que servían la mesa: “haced todo lo que El os diga”.

Hija mía, con éstas pocas palabras Yo di a los hombres de todos los siglos, una entre las más útiles, más necesarias y más sublimes de las lecciones. Yo les hablaba a ellos con corazón de Madre y les decía: “Hijos míos, ¿queréis ser santos? ¡Haced la Voluntad de mi Hijo!, no

os separéis jamás de lo que El os enseña y tendréis en vuestro poder su semejanza y su santidad. ¿Queréis que todos vuestros males cesen? ¿deseáis obtener cualquier gracia, por muy difícil que sea? ¿pedís las cosas que son indispensables para la vida natural? ¡Haced todo lo que mi Hijo os dice y quiere y obtendréis no sólo lo que os es necesario, sino más, superabundantemente!, en sus palabras El tiene encerrada la Potencia misma de su Querer y las gracias que os quiere conceder”.

¡Cuántos hay, desgraciadamente, que a pesar de todas sus oraciones permanecen siempre débiles, afligidos y miserables! Parece que el cielo esté cerrado para ellos y que su voz no es escuchada. Estos no hacen lo que les dice mi Hijo y por lo tanto, con sumo dolor mío, se mantienen lejanos de la fuente de la Voluntad Divina en la que residen todos los bienes.

Los sirvientes, en cambio, hicieron puntualmente lo que les dijo Jesús: “Llenad las tinajas con agua y llevadlas a la mesa...” ¡Y las llenaron hasta el borde! y con ésto obtuvieron que el agua se convirtiera en vino exquisito.

¡Oh, mil y mil veces bienaventurado quien hace lo que Jesús dice y quiere!

Con haber querido mi cooperación y con haber escuchado mi petición, Jesús demostró haberme elegido como Reina de los milagros y, si no con palabras sí con los hechos, El dijo a todos y a cada uno de los hombres: “Si queréis Gracias y milagros venid a mi Madre, recurrid a su intercesión, a Ella jamás le niego nada de cuanto me pide”.

Hija mía, asistiendo a estas bodas Yo miraba a todas las familias de los siglos futuros y les impetraba la gracia de ser en la tierra los representantes de la Santísima Trinidad. Como Madre y Reina anhelaba hacer triunfar en el santuario de la familia a la adorable Voluntad de Dios y ponía a su disposición todas las gracias, los auxilios y la santidad que se necesitan para vivir en un Reino tan santo.

Querida hija, también a ti te hago la misma recomendación: escucha lo que te dice mi Hijo y solamente haz lo que El quiere. Si sigues este mi consejo, Yo haré el trabajo de formar los desposorios entre ti y el FIAT Divino, te daré por dote la misma Vida de mi Unigénito y por don mi maternidad con el cortejo de todas Mis Virtudes.

EL ALMA:

Mamá Celeste, ¡cuánto te debo agradecer por el gran amor que me tienes! En todo lo que haces tienes un pensamiento para mí y me preparas tales dones y favores que dejan asombrados a cielos y tierra. Con ellos yo te alabo y te digo: gracias.

¡Ah, Mamá buena, graba en mi corazón tus santas palabras: “haz lo que te dice mi Hijo”, a fin de que sea generada en mí la Vida de la Divina Voluntad que tan ardientemente suspiro y quiero!.

PRACTICA:

En todas nuestras acciones escuchemos a nuestra Mamá Celestial que nos dice suavemente al oído: “Haz lo que te dice mi Hijo”.

JACULATORIA:

Mamá santa, ven a mi alma y obra el milagro de convertir mi voluntad humana en Voluntad Divina.

+ + + +

VIGESIMA SEXTA MEDITACION – La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad.

La hora del dolor se aproxima. Separación dolorosa. Jesús en su Vida pública.

EL ALMA A LA CELESTE MAMA:

Heme aquí contigo nuevamente, Mamá Reina. Hoy mi dulce Jesús está por despedirse de Ti para dar principio a su Vida pública. Mamá Santa, permite que yo asista a la despedida. Durante estas horas tan tristes deseo que mi compañía sea consuelo a tu soledad, y mientras estamos juntas Tú continuarás dándome tus bellas lecciones sobre la Divina Voluntad.

LECCION DE LA REINA DEL CIELO:

Querida hija mía, tu compañía me será muy agradable porque veré en ti el primer don de Jesús. Don formado por puro amor, fruto tanto de su sacrificio como del mío, don que un día costará la misma Vida de mi Unigénito.

Escúchame, hija, he aquí que a tu Mamá se aproxima un periodo de dolor, de soledad y de largas separaciones del sumo Bien Jesús. Los años de su vida oculta habían llegado a su término y el amor le hacía sentir la irresistible necesidad de salir para ir en busca del mísero hombre perdido en el laberinto de su voluntad y preso en todos los males. El querido San José había ya muerto, mi querido Jesús se iba a ausentar y Yo quedaba sola en la tranquila casita.

Cuando mi amado Jesús me pidió la obediencia de partir Yo sentí un intenso dolor en mi Corazón; pero sabiendo que esa era la Voluntad de Dios no dudé ni un instante y pronuncié de inmediato mi FIAT. Y nos separamos así: en la hoguera de su ternísimo amor El me bendijo y me dejó; Yo lo acompañé con mi mirada hasta que pude y después, retirándome, me abandoné al Supremo Querer que era mi Vida, pero, ¡oh Potencia del FIAT Divino!, este Santo Querer no me dejaba perder nunca de vista a mi Hijo, ni El me perdía de vista a Mí. Yo sentía sus latidos en los míos y Jesús sentía mis latidos en los suyos...

Querida hija, lo que el Santo Querer de Dios concede no está sujeto ni a acabar ni a sufrir separación, sus dones son permanentes y eternos; por eso, nada me hubiera podido privar de mi Jesús, ni la muerte, ni el dolor, ni la distancia, porque el Querer Divino me lo había dado. Nuestra separación era sólo aparente, pero en realidad permanecíamos fundidos el uno en el otro porque estábamos animados por un solo Querer!

La luz de la Divina Voluntad me hacía ver con cuánta ingratitud los hombres acogían a mi Hijo. El había tomado camino hacia Jerusalén y su primera visita la había dedicado al Templo santo en el cual se iniciaba su predicación.

Pero... ¡oh dolor!, su palabra, llena de vida, portadora de paz, de amor y de orden era falsamente interpretada, era escuchada con desconfianza y con malicia, especialmente por parte de los sabios y los doctos de aquellos tiempos. Cuando mi Hijo afirmaba que era el Hijo de Dios, que era el Verbo del Padre, que era Aquél que había venido a salvarlos, ellos se irritaban hasta el punto de querer aniquilarlo con sus miradas furibundas.

¡Oh, cómo sufría entonces mi amado Jesús! Viendo que su palabra creadora era rechazada, El sufría dolores y heridas de muerte. Y Yo, que todo observaba, no pudiendo resistir el espectáculo de aquel Corazón Divino que sangraba le ofrecía mi corazón materno para consolarlo, para no dejarlo sucumbir y para recibir en su lugar esas mismas heridas. ¡Oh, cuántas veces después de que había hablado a las muchedumbres Yo lo veía olvidado por todos, sin ningún consuelo, solo, solo..., fuera de los muros de la ciudad! Bajo el manto del cielo estrellado El lloraba e imploraba la salvación de todos. Y tu Mamá, hija mía querida, desde su casita participaba en sus dolores y mediante la luz del FIAT Divino le enviaba sus lágrimas para consolarlo, sus abrazos y sus besos para confortarlo.

Mi dulce Jesús viéndose rechazado por los grandes y los doctos no se detuvo, su amor quería, exigía almas y, por eso, El se rodeó de pobres, de afligidos, de enfermos, de cojos, de ciegos, de mudos, de oprimidos, quienes no eran otra cosa que las imágenes vivientes de los innumerables males que el humano querer había producido en ellos. Y Jesús, sanando, consolando e instruyendo a todos, vino a ser pronto el Amigo, el Padre, el Médico y el Maestro de los pobres.

Hija mía, así como fueron los pastores los que primeramente dieron la bienvenida a Jesús, así fueron también los pobres quienes lo siguieron en los últimos años de su vida terrena. Los indigentes, los ignorantes son los más sencillos, los más desapegados de sus propios juicios y por eso son los más favorecidos, los mayormente bendecidos y los amigos más queridos de mi Hijo. ¿No escogió acaso El como

sus Apóstoles y como sólidos cimientos de su Iglesia naciente a un pequeño grupo de pobres pescadores?

Querida mía, es imposible narrarte detalladamente todo lo que Jesús y Yo obramos y sufrimos juntos durante estos tres años de su vida pública...!

Lo que te recomiendo es que el FIAT Divino sea el principio, el medio y el fin de cada uno de tus actos; y así como en el FIAT Yo encontré la fuerza para alejarme de mi Hijo y cumplir el sacrificio, así tú también encontrarás la fuerza para soportar cualquier pena, aun a costa de tu vida!

Da tu palabra a tu Mamá que te encontrarás siempre en la Divina Voluntad y Yo te aseguro que también tú sentirás la inseparabilidad de Mí y de nuestro Sumo Bien Jesús.

EL ALMA:

Mamá dulcísima, te compadezco al verte sufrir tanto. ¡Ah, te pido que derrames tus lágrimas y las de Jesús en mi alma para purificarla y encerrarla en el FIAT Divino!

PRACTICA:

Para honrarme y para hacerme compañía en mi soledad me darás todas tus penas, y por cada una de ellas repetirás: “Te amo, Jesús mío; te amo, Mamá mía...”

JACULATORIA:

Mamá divina, tus palabras y las de Jesús desciendan a mi corazón y formen en mí el Reino del Divino Querer.

+ + + +

VIGESIMA SEPTIMA MEDITACION – La Reina de los dolores en el Reino de la Divina

Voluntad. Llega la hora del dolor. La Pasión. Llanto de toda la naturaleza.

EL ALMA A SU MAMA DOLIENTE:

Querida Mamá dolorosa, tus sublimes lecciones me hacen sentir la extrema necesidad de estar junto a Ti; hoy no me iré de tu lado para ser espectadora de tus acerbos dolores.

Te pido la gracia de que pongas en mí tus dolores y los de tu Hijo Jesús y también su misma muerte. Deseo que mi voluntad muera continuamente y que en ella surja la Vida de la Divina Voluntad.

LECCION DE LA REINA DEL CIELO:

Querida hija, no me niegues tu compañía en mi amargura tan grande. La Divinidad ha ya decretado el último día de vida de mi Hijo Jesús. Ya un apóstol lo traiciona entregándolo en manos de los judíos para hacerlo morir, y mientras, El, en un exceso de amor, se oculta en el Sacramento de la Eucaristía para no dejar huérfanos a los hijos que con tanta ansia vino a buscar a la tierra.

He aquí que Jesús está por morir y por tomar el vuelo hacia su Patria Celestial. ¡Oh, hija querida, el FIAT Divino me lo dio, en el FIAT Divino Yo lo recibí, y ahora al mismo FIAT lo entrego! ¡El Corazón se me desgarró, mares inmensos de dolor me inundan y siento que mi vida se acaba por los más atroces espasmos de dolor!

Nada, nada habría podido negar al FIAT Divino y... si hubiera sido necesario, Yo no habría dudado en sacrificar a mi Hijo con mis mismas manos. El Divino Querer es omnipotente y Yo sentía en Mí misma, tal fortaleza, que prefería la muerte antes que negarle algo. Hija mía, mi Corazón Materno quedaba sofocado por penas inauditas al sólo pensar que mi Jesús, mi Dios, mi Vida, debía morir...!

Este pensamiento era para tu Mamá el más cruel de todos los martirios. Qué heridas tan profundas de dolor se abrían en mi Corazón y como espadas cortantes lo traspasaban de lado a lado.

Sin embargo, querida hija, me duele decirlo, en estos terribles dolores y en las angustias de mi Hijo amado estaba tu alma y tu voluntad humana. Nosotros la cubríamos con nuestros mismísimos dolores, la embalsamábamos, la fortificábamos a fin de que se dispusiera a recibir la Vida de la Divina Voluntad.

¡Oh, si el FIAT Divino no me hubiera sostenido con su Potencia, Yo habría muerto tantas veces por cuantas fueron las penas que sufrió mi querido Jesús! ¡Cómo me sentí despedazar el Corazón cuando Lo vi por última vez, antes de la Pasión, pálido, con una tristeza de muerte en su Rostro! Con Voz temblorosa, como si quisiera sollozar me dijo: “Mamá, adiós, bendice a tu Hijo y dame la obediencia de morir; el tuyo y mío FIAT Divino me hizo concebirme en Ti; el mío y tuyo FIAT Divino me debe ahora hacer morir; pronto, Mamá querida, pronuncia tu FIAT y dime: te bendigo y te doy la obediencia de morir crucificado, así quiere el Eterno y así quiero también Yo”.

Hija mía, qué dolor vivísimo sufrí en aquel instante y, sin embargo, pronuncié sin titubear mi FIAT, porque en Mí no existían penas forzadas, sino que todas eran voluntarias.

Recíprocamente nos dimos la bendición, nos dirigimos una última mirada y luego... mi querido Hijo, mi dulce Vida partió, y Yo, tu doliente Mamá, quedé sola con mis penas.

Pero si me quedé con mi dolor, con los ojos del alma no lo perdí nunca de vista; lo seguí al Huerto de los Olivos en su tremenda agonía y... ¡oh, cómo me sangró el Corazón al verlo abandonado por todos, aun por los más fieles y queridos Apóstoles!

Hija mía, el abandono por parte de las personas amadas es uno de los mayores tormentos que el corazón humano puede sufrir en las horas tempestuosas de la vida. Pero mucho más íntimo fue aquel que sufrió mi Unigénito que tanto había amado y cubierto de beneficios a sus Apóstoles, y por los cuales estaba ahora a punto de dar su propia vida!

Al verlo sudar sangre me sentía agonizar con El y lo sostenía entre mis brazos maternos. Siendo Yo inseparable de El, sus amarguras se reflejaban en mi Corazón despedazado por el dolor y por el amor con mayor intensidad que si hubieran sido propios. Y así lo seguí toda la noche: no hubo pena ni ofensa que le hicieran que no resonara en mi Corazón. Y al alba, no pudiendo resistir más, acompañada por Juan, por Magdalena y por otras piadosas mujeres, lo quise seguir paso a paso, de un tribunal a otro, aun corporalmente.

Querida hija, Yo sentía los golpes de los flagelos que llovían sobre el Cuerpo desnudo de mi Hijo, sentía las burlas, escuchaba las risas satánicas de los verdugos, sentía las heridas que le hacían en la cabeza cuando lo coronaron de espinas; lo vi cuando Pilatos lo mostró al pueblo con el Rostro desfigurado e irreconocible y me sentí aturdir por el grito de la plebe: “¡Crucifícale, crucifícale...!” Lo vi echarse la Cruz en sus espaldas, extenuado...

No pudiendo soportar más apuré el paso para darle el último abrazo y limpiarle el rostro, todo bañado de sangre. Pero... para Nosotros no había piedad; los crueles soldados me lo alejaron, lo golpearon con las sogas y lo hicieron caer por tierra. Habiéndolo seguido hasta el Calvario asistí a los dolores inauditos y a las contorsiones horribles que El sufrió mientras lo crucificaban y lo levantaban en la cruz.

Querida hija, ¡oh, con qué dolor inhumano y desgarrador sentí lacerar mi Corazón por no poder socorrer en tantas penas a mi Divino Hijo! Cada uno de sus espasmos repercutía en Mí y abría nuevos mares de dolor en mi sangrante Corazón. Solamente hasta que Jesús fue levantado me fue concedido estar a sus pies y en aquel instante supremo Yo recibí de sus labios en agonía el sagrado don de todos mi hijos, el sello de mi Maternidad y el soberano derecho sobre todas las criaturas.

Poco después, entre tormentos inauditos, expiró...

Toda la naturaleza se vistió de luto y lloró la muerte de su Creador: lloró el sol oscureciéndose y retirando horrorizado su luz de la faz de la tierra; lloró la tierra con un fuerte terremoto, abriéndose en diferentes

partes para anunciar la muerte de Aquél que la había sacado de la nada; las tumbas se abrieron, los muertos resucitaron y el velo del Templo se rasgó. Ante tal espectáculo todos fueron invadidos por el pánico y el terror, mientras que Yo, única entre todos, quedaba como petrificada, esperando a que depositaran entre mis brazos a mi Hijo muerto, antes de llevarlo a sepultar.

Ahora escúchame, en mi intenso dolor quise hablarte de las penas que Jesús soportó, para mostrarte los graves males provocados por tu voluntad humana. Míralo en mi regazo...¡cómo está desfigurado! El es el verdadero retrato de los males que el humano querer causa en las pobres criaturas. Mi Dulce Hijo quiso sufrir tantos dolores para levantar a todas las voluntades humanas del abismo de todas las miserias en las cuales yacían; en cada una de sus penas y en cada uno de mis dolores. Nosotros incitábamos a los hombres a resurgir en la Divina Voluntad. Nuestro amor fue tan grande que para poner a salvo la voluntad humana la colmamos con nuestros sufrimientos y la encerramos en los mares inmensos de nuestros dolores. Este día de mística muerte para tu Mamá dolorosa es todo para Ti, tú depón a cambio en mis manos tu voluntad, a fin de que Yo la encierre en la llaga sangrante del costado de Jesús como la más bella victoria obtenida por su Pasión y Muerte y como el triunfo de mis acerbísimos dolores.

EL ALMA:

Mamá Dolorosa, tus palabras me hieren el corazón, porque me hacen ver que fue mi voluntad rebelde la primera causa de tantos padecimientos tuyos y de tu querido Hijo. Te pido que la encierres en las llagas de Jesús y la nutras con sus penas y con tus amargos dolores!

PRACTICA:

Para honrarme besarás las llagas de Jesús haciendo cinco actos de amor y me pedirás que mis dolores sellen tu voluntad en la herida de su Sagrado Costado.

JACULATORIA:

Las llagas de Jesús y los dolores de mi Mamá me den la gracia de hacer resurgir mi voluntad en la Voluntad de Dios.

+ + + +

VIGESIMA OCTAVA MEDITACION – La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad.

El Limbo. La espera. La victoria sobre la muerte. La Resurrección.

EL ALMA A SU MAMA REINA:

Mamá traspasada por el dolor, sabiéndote privada del amado bien Jesús quiero estrecharme a Ti para hacerte compañía en tu amarguísima desolación. ¡Sin Jesús todo se cambia en dolor! El recuerdo de sus desgarradoras penas, del dulce acento de su voz, que aún resuena en tus oídos, de su fascinante mirada, ahora dulce, ahora majestuosa, ahora llena de lágrimas... son espadas cortantes que traspasan de lado a lado tu afligido Corazón.

Desolada Mamá, tu querida hija quiere darte consuelo y compadecerte por cada una de tus penas; quiere ser Jesús mismo para poder ofrecerte todo el amor, todos los consuelos, los alivios que te hubiera dado El en este estado de amarga desolación. El dulce Jesús me ha entregado a Ti como hija, ponme, por tanto, en su lugar en tu Corazón Materno y yo te secaré las lágrimas, te haré siempre compañía y seré toda tuya.

LECCION DE LA MADRE DESOLADA:

Queridísima hija: te agradezco tu compañía, pero si quieres que sea para Mí dulce y sea portadora de consuelo a mi herido Corazón es necesario que Yo encuentre la Divina Voluntad dominante y reinante en ti, entonces... te cambiaré por mi Hijo Jesús, porque con su Voluntad obrante en ti, Yo encontraré a Jesús en tu corazón. ¡Oh, cómo seré feliz al poseer en ti el primer fruto de sus penas y de su muerte y cuánto gozaré al encontrar en mi hija al amado Jesús! Sólo así mis penas se cambiarán en gozos y mis dolores en conquistas.

Ahora escucha, hija de mis dolores: en cuanto mi dulce Jesús expiró bajó al Limbo como triunfador y portador de gloria y de felicidad a aquella prisión, en la que se encontraban con el primer padre Adán, todos los patriarcas, los profetas, mis santos padres, el querido San José, y todos los que se habían salvado mediante la fe en el futuro Redentor.

Yo era inseparable de mi Jesús y por tanto ni siquiera la muerte me podía privar de El, y si bien estaba Yo sumergida en el océano de mis dolores, lo seguí al Limbo y ahí fui espectadora de la fiesta y de los agradecimientos que toda aquella muchedumbre de almas prodigó a mi Hijo, que había ido a ellos para hacerlos bienaventurados y llevarlos con El a la gloria celestial!

Como ves, en cuanto murió, inmediatamente tuvieron principio sus conquistas. Lo mismo sucede, querida hija, a la criatura humana:

desde el mismo instante en el cual ella hace morir su propia voluntad y acoge en su lugar a la Divina comienzan para ella las conquistas en el orden divino, la gloria y el gozo aún en medio de los más grandes dolores.

Entre tanto, si bien los ojos de mi alma siguieron siempre a mi Hijo y nunca lo perdieron de vista durante los tres días que permaneció en el sepulcro, Yo tenía tales ansias de verlo resucitado que continuamente repetía en la hoguera de mi amor: “¡Resucita, Gloria mía; resucita, Gloria mía...!” Mis suspiros eran de fuego, mis deseos eran tan ardientes que me sentía consumir. Finalmente vi a mi querido Hijo llegarse en triunfo al sepulcro acompañado de la innumerable muchedumbre de las almas liberadas del Limbo.

Era el alba del tercer día, y así como toda la naturaleza había llorado por su muerte, así también gozaba ahora por su inminente Resurrección. ¡Oh, maravilla! Antes de salir de la tumba Jesús mostró a aquella multitud de almas su Santísima Humanidad sangrante, toda llagada y desfigurada, tal como había quedado por amor a ellos y a todo el género humano. ¡Cómo quedaron admiradas y conmovidas aquellas almas santas contemplando los suplicios y los tormentos inflingidos a ese Cuerpo Divino, sus excesos de amor y el gran portento de la Redención!

Hija mía, cómo me habría gustado que tú hubieras estado Conmigo en el momento de la Resurrección de mi Divino Hijo. El era todo Majestad, de su Divinidad brotaban mares de Luz y de belleza encantadores, capaces de llenar Cielo y tierra.

Haciendo uso de Su propia Potencia ordenó a su muerta Humanidad que acogiera nuevamente a su Alma y que resucitara gloriosa a vida inmortal. ¡Qué acto tan solemne! Mi querido Jesús triunfaba sobre la muerte diciéndole: “Muerte, de ahora en adelante tú no serás ya más muerte, sino que serás vida!” Así, con este acto de sobrehumano imperio El confirmaba su Divinidad, su doctrina, sus milagros, la vida de los Sacramentos y la de toda la Iglesia!

El, además, triunfaba también sobre las voluntades humanas debilitadas y casi muertas en el verdadero bien, para hacer surgir en ellas la Vida del Querer Divino que habría traído a las criaturas la plenitud de la santidad y de todos los bienes.

El, en virtud de su Resurrección, ponía en nuestros cuerpos el germen de la futura inmortalidad y de la gloria imperecedera. Querida hija, la Resurrección de mi Hijo es la coronación de todas sus obras y es el acto más solemne que El haya realizado por amor a la criatura.

Ahora escúchame porque quiero hablarte como Madre amantísima, quiero decirte qué cosa significa hacer la Voluntad de Dios y vivir en

Ella, y el ejemplo te lo damos mi Hijo y Yo. Es verdad que nuestra vida fue llena de penas y de humillaciones, pero como en Nosotros corría la Divina Voluntad nos sentíamos ser en tal forma triunfadores y conquistadores de poder cambiar en vida a la misma muerte. Conociendo el bien que se habría derivado, voluntariamente nos ofrecíamos a sufrir e invocábamos el sufrimiento como medio poderoso e infalible de alimento y de triunfo de la Redención para el mundo entero.

Querida hija, si tu existencia y tus penas tienen por centro de vida a la Divina Voluntad está segura de que el dulce Jesús se servirá de ti y de tus dolores para dar ayuda, luz y gracias a todo el mundo. Por eso, ¡ten valor! La Divina Voluntad sabe hacer cosas grandes donde reina. En todas las circunstancias mírate en el espejo que somos Jesús y Yo y camina hacia delante.

EL ALMA:

Mamá santa, si Tú me ayudas y me defiendes bajo tu manto yo estoy cierta de convertir en Voluntad Divina todas mis aflicciones y de seguirte paso a paso en los caminos interminables del FIAT Supremo. Entonces tu amor fascinante de Madre y tu Potencia vencerán mi voluntad, y teniéndola en tu Poder, Tú la cambiarás por la Divina. Por ésto, Mamá mía, a Ti me confío y en tus brazos me abandono.

PRACTICA:

Para honrarme me ofrecerás mis mismos dolores para que tú puedas cumplir siempre la Divina Voluntad.

JACULATORIA:

Mamá mía, por la Resurrección de tu Hijo hazme resurgir en la Voluntad de Dios.

+ + + +

VIGESIMA NOVENA MEDITACION – La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad.

La hora del triunfo. Apariciones de Jesús.

Los Apóstoles, que habían huido, regresan en derredor de la Santísima Virgen como a su arca de salvación y como a su medianera de perdón. La Ascensión.

EL ALMA A SU MADRE CELESTIAL:

Madre admirable, heme aquí de nuevo sobre tus rodillas maternas para unirme a Ti en la fiesta y en el triunfo de la Resurrección de nuestro querido Jesús. ¡Qué hermoso es hoy tu aspecto; es todo amabilidad, todo dulzura y todo alegría! En verdad me parece verte resucitada junto con Jesús. ¡Ah, Mamá Santa, en medio de tanta alegría y triunfo no olvides a tu hija! Encierra en mi alma el germen de la Resurrección de Jesús, a fin de que en virtud de ella yo resurja plenamente en la Divina Voluntad y así viva unida siempre a Ti y a mi dulce Salvador.

LECCION DE LA REINA DEL CIELO:

Hija bendita de mi corazón materno, grande fue mi alegría y mi triunfo en la Resurrección de mi Hijo Divino. Yo me sentí renacida y resucitada en El; todos mis dolores se cambiaron en gozos y en mares de gracia, de luz, de amor y de perdón para las criaturas que habían sido confiadas a mi maternidad por Jesús en el supremo momento de su agonía y que Yo había sellado en mi Corazón con el indeleble sello de mis martirios.

Debes saber, querida mía, que después de la muerte de mi dulce Hijo, Yo me retiré al Cenáculo junto con el amado Juan y con Magdalena. Mi Corazón sufría mucho al ver que únicamente Juan estaba Conmigo, y en mi dolor preguntaba: “Y los demás Apóstoles... ¿dónde están?”

En cuanto ellos supieron que Jesús había resucitado, tocados por gracias especiales se conmovieron y llorando vinieron uno por uno a Mí, y me pidieron perdón con lágrimas por haber abandonado a su Maestro con su huida vil. Yo los acogí maternalmente en el arca de refugio y de salvación de mi corazón; aseguré a cada uno el perdón de mi Hijo y les di valor para no temer, pues su suerte estaba en mis manos por haberlos recibido como hijos míos.

Si bien Yo estuve presente en la Resurrección de Jesús, no dije nada a ninguno esperando que El mismo se manifestara a todos glorioso y triunfante. La primera que lo vio fue la afortunada Magdalena, después lo vieron las piadosas mujeres, quienes llenas de alegría vinieron a anunciarme que lo habían contemplado resucitado y que el sepulcro

estaba vacío, y mientras Yo las escuchaba con semblante de triunfo las confirmaba en la fe de la Resurrección.

Durante ese día casi todos los Apóstoles vieron a su Maestro adorado y cada uno de ellos exultó por haber sido llamado a su seguimiento. Este cambio de comportamiento, querida hija, simboliza y demuestra a lo vivo la triste inconstancia a la que está sujeto el hombre que se deja sojuzgar por su propia voluntad. En realidad ella fue la causa por la que los Apóstoles huyeron abandonando a su Señor, y por la que sintieron tal temor que debieron ocultarse y... aún negarlo, como sucedió con Pedro. Pero si en cambio ellos hubieran estado dominados por la Divina Voluntad, no sólo no se hubieran alejado de su Maestro, sino que, valerosos e intrépidos, habrían permanecido siempre a su lado, sintiéndose honrados en dar su propia vida para defenderlo!

Mi amado Jesús después de la Resurrección estuvo aún en la tierra por cuarenta días y continuamente se aparecía a los Apóstoles y a los discípulos para confirmarlos en la fe y para aumentar su certeza en la Resurrección, y cuando no estaba con los Apóstoles permanecía Conmigo en el Cenáculo rodeado por las santas almas que había sacado del Limbo.

Transcurridos los cuarenta días mi dulce Jesús enseñó por última vez a sus Apóstoles y después de haberme elegido como su Maestra y Guía y de haber prometido el envío del Espíritu Santo, bendiciéndonos a todos tomó el vuelo hacia el Cielo con el cortejo maravilloso de las almas por El liberadas. ¡Yo también tuve el gozo indecible de seguirlo y asistir a la gran fiesta preparada para El en el Cielo! Para Mí la Patria Celestial no era desconocida y sin mi presencia, la fiesta de mi Hijo no hubiera podido ser completa.

Querida hija, todo lo que has escuchado y admirado no ha sido otra cosa que efecto de la Potencia del Divino Querer obrante en Mí y en mi Hijo. ¿Comprendes ahora la razón por la cual Yo ardo en el deseo de encerrar en ti la vida obrante del Divino Querer? Todas las criaturas poseen el Divino Querer pero lo tienen sofocado, como si fuera su siervo, mientras que si le dieran vida en ellos, El podría obrar prodigios de santidad y de gracia y realizar en ellos obras dignas de su Potencia; pero está, en cambio, obligado a permanecer inoperante, su acción está limitada y obstaculizada y las más de las veces en realidad impedida!

Por eso sé atenta y coopera con todas tus fuerzas a fin de que el Cielo de la Divina Voluntad se extienda en ti y con su poder obre como quiera todo lo que quiera.

EL ALMA:

Mamá Santísima, tus bellas lecciones me arrebatan y despiertan en mí el vehemente deseo de poseer la vida operante de la Divina Voluntad

en mi alma. Sí, Mamá queridísima, quiero ser también yo inseparable de mi Jesús y de Ti! Pero para tener la mayor seguridad te pido que tomes a tu cargo el trabajo de mantener mi voluntad encerrada en tu materno Corazón; de otra manera las mías serán siempre solamente palabras que nunca se convertirán en hechos. Por ésto, a Ti me encomiendo y de Ti espero todo.

PRACTICA:

Para honrarme harás una visita a Jesús Sacramentado como obsequio a su Ascensión al Cielo y le pedirás que te haga ascender en su Divina Voluntad.

JACULATORIA:

Mamá Querida, con tu poder triunfa en mi alma y hazme renacer en la Voluntad de Dios.

+ + + +

TRIGESIMA MEDITACION – La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad.

La Maestra de los Apóstoles. Sede y centro de la Iglesia naciente. Barca de Refugio. Pentecostés.

EL ALMA A SU MAMA DEL CIELO:

Soberana del Cielo, yo me siento en tal modo atraída por Ti que cuento los minutos en espera de que tu bondad me llame para darme tus sorprendentes lecciones. Tu ternura de Madre me rapta, y pensando que Tú me amas mi corazón se llena de gozo, de confianza y de esperanza.

¡Oh, sí! Yo estoy segura de que mi Mamá me dará tanto amor y tantas gracias para poder sojuzgar mi voluntad, y que el Querer Divino, gracias a su dulce intercesión, extenderá sus mares de luz en mi alma y pondrá el sello de su FIAT en todos mis actos. ¡Ah, Mamá Santa, no me dejes más sola, sino haz que en mí descienda el Espíritu Santo y queme y consuma todo lo que no pertenece a la Divina Voluntad!

LECCION DE LA REINA DEL CIELO:

Hija mía bendita, tus palabras hacen eco en mi Corazón, y sintiendo que me hieren, Yo pongo en ti mares de gracia y te doy la Vida de la Divina Voluntad. Si tú me eres fiel Yo no te dejaré nunca más, estaré siempre unida a ti para darte en cada acto tuyo, en cada palabra y latido, el alimento del Supremo Querer.

Querida mía, he aquí que nuestro Sumo Bien Jesús parte para el Cielo, donde El está rogando continuamente ante su Padre Celestial por sus hijos y hermanos que dejó en la tierra. Desde la Patria Celestial El vigila a todos y ninguno queda fuera de su mirada de misericordia.

Su amor hacia estos sus redimidos por El fue tan grande que dejó a su Mamá en la tierra para que Ella fuera su guía, su ayuda y su consuelo.

Una vez que mi Hijo partió para el Cielo, Yo me recogí con los Apóstoles en el Cenáculo esperando la venida del Espíritu Santo. Todos estaban junto a Mí, orábamos unidos y nada se hacía sin mi consejo. Cuando Yo tomaba la palabra para instruirlos o para narrarles algún particular ignorado de mi Jesús en relación, por ejemplo, de su nacimiento, de sus lágrimas infantiles, de sus amorosos tratos, de los incidentes en Egipto, de las innumerables maravillas de su vida oculta en Nazaret..., ellos tomaban las palabras de mis labios y raptados las fijaban en su mente y en su corazón.

Hija mía, estando en medio de mis Apóstoles Yo los iluminé más que un sol; para ellos fui el ánora, el timón, la barca donde ellos encontraban refugio y quedaban defendidos de todo peligro. Puedo, por lo tanto, asegurar haber dado a luz la Iglesia naciente y haberla guiado a puerto seguro, como la guío aún ahora.

Hasta que al fin llegó el día de que el Espíritu Santo prometido por mi Hijo descendió... ¡Qué transformación, hija mía, en el día de Pentecostés...!

En cuanto los Apóstoles fueron investidos por el Espíritu Divino adquirieron ciencia maravillosa, fortaleza invencible y amor ardiente; una nueva vida corrió en ellos y los hizo en tal forma valerosos que se esparcieron por todo el mundo para dar a conocer la doctrina de su Maestro Divino aun a costa del martirio.

Yo seguí viviendo con el amado Juan, pero habiendo comenzado la tempestad de la persecución fui obligada a alejarme de Jerusalén. Queridísima hija, has de saber que Yo continúo siempre mi magisterio en la Iglesia. No hay cosa que no descienda de Mí; Yo me vuelco por amor de mis hijos y los nutro con mi alimento materno. Y en estos tiempos quiero mostrar un amor particularísimo haciéndoles conocer cómo toda mi vida fue formada en el Reino de la Divina Voluntad; por eso te invito a venir a mis rodillas, entre mis brazos maternos que como barca te llevarán segura en el mar de la Divina Voluntad. Gracia más grande no sabría hacerte; por eso te pido que contentes a tu Mamá y vengas a vivir en este Reino tan santo. Cuando sientas que tu voluntad quisiera tener algún acto de vida corre inmediatamente a refugiarte en la segura barca de mis brazos diciéndome: “Mamá, mi voluntad me quiere traicionar, yo te la entrego a fin de que Tú me la cambies por la Divina Voluntad”. ¡Oh, cómo seré feliz si puedo decir: “La hija mía es toda mía, porque ella vive también de Voluntad Divina!”

Entonces Yo haré descender al Espíritu Santo a tu alma para que El queme todo lo que hay de humano con su soplo, impere en ti y te confirme en el Divino Querer.

EL ALMA:

Maestra divina, hoy tu pequeña hija tiene el corazón tan henchido que siente la necesidad de desahogarse en llanto y bañar con sus lágrimas tus manos maternas. Un velo de tristeza me invade porque temo no poder sacar provecho de tus enseñanzas y de tus delicadezas más que maternas.

Mamá mía, ayúdame, fortifica mi debilidad, quita mis temores, y yo, abandonándome en tus brazos, tendré la certeza de vivir toda de Voluntad Divina.

PRACTICA:

Para honrarme recitarás siete Gloria en honor al Espíritu Santo y me pedirás que renueve sus prodigios sobre toda la Iglesia.

JACULATORIA:

Mamá Celestial, pon en mi corazón fuego y llamas para que consuman y quemem en mí todo lo que no es Voluntad de Dios.

+ + + +

TRIGESIMA PRIMERA MEDITACION – La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad.

Su tránsito de la tierra al Cielo. Su entrada feliz. El cielo festeja a su Reina.

EL ALMA A SU GLORIOSA MADRE:

Mi querida Mamá Celestial, festivamente hoy quieres darme la última lección y yo ardo en deseos más que nunca de venir entre tus brazos maternos. Veo que una dulce sonrisa aflora en tus purísimos labios; tu actitud es toda de fiesta y me parece que quieres confiarme alguna cosa sorprendente.

Mamá Santa, te pido que con tus manos maternas toques mi mente y vacíes mi corazón a fin de que yo pueda atesorar tus santas enseñanzas y las ponga en práctica.

LECCION DE LA REINA DEL CIELO:

¡Hija queridísima, hoy tu Mamá está toda de fiesta! Hoy quiero hablarte de mi partida de la tierra al Cielo, que fue el día en el que acabé de cumplir en todo de la Divina Voluntad en la tierra.

¡Sí, en toda mi vida no hubo nunca ni un respiro, ni un latido, ni un paso en los que el FIAT Divino no hubiera concurrido con su acto completo!

Esto me embelleció, me enriqueció y me santificó tanto que los mismos ángeles quedaron maravillados.

Has de saber que antes de partir para la Patria Celestial Yo volví nuevamente a Jerusalén junto con mi amado Juan. Era esa la última vez que en carne mortal caminaba en la tierra; todos los seres creados como si lo hubieran casi intuído se postraban en torno a Mí para obtener la última bendición de su Reina, y Yo a cada uno de ellos la concedía y daba mi último adiós. Habiendo llegado a Jerusalén me retiré a un lugar apartado y ahí me encerré para no salir más. Hija bendita, al final de mi vida Yo sufrí tal martirio de amor y un deseo tan ardiente de encontrarme nuevamente con mi Hijo en el Cielo que me sentí consumir... Mis delirios se hicieron tan frecuentes y mis delirios de amor me asaltaron con tal vehemencia que me hicieron enfermar. Antes de esos momentos Yo no había conocido nunca ni enfermedades ni indisposiciones, ni siquiera ligeras, porque mi naturaleza humana concebida sin pecado y vivida toda de Voluntad Divina no tenía el germen de los males naturales.

Querida hija, aunque Yo durante mi vida entera estuve tan cortejada por las penas, éstas fueron siempre en orden sobrenatural, y cada una sirvió para enriquecer mi Maternidad con innumerables hijos y por ésto cada una se transformó para Mí en gozo, en gloria y en corona. ¿Ves ahora cómo el vivir de Voluntad Divina significa perder el germen de los males naturales que producen no honores y triunfos, sino debilidades, miserias y derrotas? Por eso, querida mía, escucha las últimas palabras de tu Mamá que está por subir al cielo. Yo no estaría satisfecha si no te supiera al seguro. Antes de partir quiero entregarte mi testamento, te quiero dejar por dote esa misma Voluntad que poseyó tu Mamá y gracias a la Cual, Ella fue Madre del Verbo, Señora y Reina del Corazón de Jesús; y Madre y Reina de todos los hombres.

Escucha, hija mía, en estas meditaciones Yo te he hablado con amor materno de lo que la Divina Voluntad obró en Mí y del gran bien que Ella hace; también te he explicado cómo debemos hacernos dominar por Ella y, sobre todo, te he mostrado los graves males que causa el querer humano. ¿Y crees tú acaso que Yo entreteniéndome contigo haya solamente querido hacerte una simple narración? ¡Oh, no, no, tu Mamá siempre hace don de lo que enseña!. En la hoguera de mi amor y en cada palabra que te decía, Yo ataba tu alma al FIAT Divino y te preparaba la dote para que pudieras vivir rica, feliz y fuerte, con la misma fuerza divina. Esta es mi última lección, porque estoy por partir; acoge, por tanto, mi Testamento, escribe en tu alma con la pluma de oro del amor ardiente que me consuma el Testimonio de la herencia que te hago. Hija bendita, asegúrame que no harás más tu voluntad, pon tu mano en mi Corazón Materno y júrame que quieres que Yo la encierre en El...

Habiendo hecho esta solemne renuncia ya no tendrás más ocasión de darle vida y Yo me la llevaré al Cielo como prenda de triunfo y victoria sobre mi hija.

Querida hija, escucha la última recomendación de tu Mamá que muere de puro amor, recibe su última bendición como sello de la Vida de la Divina Voluntad que Ella deja en ti; Vida que formará tu cielo, tu sol, tus mares de amor y de gracias. En estos sagrados instantes tu Mamá Celestial quiere colmarte de ternura, quiere fundirse en ti, siempre y cuando tú le asegures absolutamente que preferirás cualquier sacrificio y aun la muerte antes que conceder a tu voluntad un acto de vida.

¡Dámela, hija mía, Yo la espero...!

EL ALMA:

¡Sí, Mamá santa, si Tú ves que yo esté por hacer un acto sólo de mi voluntad perversa, hazme morir y ven Tú misma a tomar mi alma en tus brazos y llévame allá arriba Contigo al Cielo!

LA REINA DE AMOR:

¡Hija bendita, cómo gozo! Yo no podía decidirme a narrarte mi partida al Cielo sin antes tener la certeza de que mi hija quedaba en la tierra dotada de Voluntad Divina, y has de saber que desde el Cielo no te dejaré y que tú no te quedarás huérfana porque te guiaré en todo; tanto en tus menores como en tus mayores necesidades llámame y Yo acudiré para hacerte de Mamá.

Ahora, querida hija, escúchame: ya estaba por llegar mi última hora cuando el FIAT Divino para consolarnos permitió, casi de modo prodigioso, que todos los Apóstoles, excepto uno, vinieran a hacerme corona. Cada uno de ellos sentía un vivo dolor en su corazón y lloraba amargamente. Yo los consolé, les encomendé de modo especial la Santa Iglesia naciente, luego, impartiendo a cada uno de ellos mi materna bendición y dejando en sus corazones en virtud de ella la Paternidad de amor hacia las almas, morí en un éxtasis de amor en la interminabilidad del Querer Divino...!

En esos mismos momentos mi amado Hijo me esperaba con ardiente deseo en el Cielo.

Mi cuerpo permaneció durante tres días en el lecho, luego se reunió con mi alma y... Yo fui asunta entre todas las legiones de los ángeles que alababan a su Reina! Puedo decir que el Paraíso se vació para venir a mi encuentro; todos me festejaron y mirándome... quedaron tan raptados que se preguntaban a coro: “¿Quién es Esta que viene del exilio apoyada en su Señor, toda bella, toda Santa y con el cetro de Reina? ¡Es tanta su grandeza que los Cielos se han abajado para recibirla; ninguna otra criatura entró jamás en estas celestiales regiones tan adornada y graciosa, tan elegida y tan potente! ¡La misma Divinidad encuentra tal complacencia en Ella que la eleva por encima de todos los seres angélicos y humanos y la lleva hasta el trono de la Misericordia y de su Amor...!”

Ahora, hija mía, ¿quién es Ella, a quien todo el Cielo alaba y ante la Cual queda arrobado? ¡Soy Yo misma, tu Madre, que jamás hice mi voluntad! El Querer Divino fue en tal forma abundante en mi alma que sentí en Mí los cielos más bellos, los soles más refulgentes, mares inigualables de belleza, de amor y de santidad, para por medio mío poder dar luz, amor y santidad a todos y encerrar en mi cielo todo y a todos.

Era la Divina Voluntad operante en Mí la que había obrado prodigios tan grandes, por eso Yo fui la única criatura que entré al Paraíso por haber hecho la Divina Voluntad en la tierra como Dios mismo la hace en el Cielo y por haber formado su Reino en mi alma. Toda la corte celestial contemplándome quedaba maravillada, me veía a un mismo tiempo cielo y sol, admiraba en Mí la ternísima tierra de mi humanidad enriquecida con las más raras bellezas y raptada exclamaba: “¡Cuán bella es nuestra Reina, todas las cosas están concentradas en Ella, nada le falta, de todas las obras del Creador, Ella es la Mejor, la más perfecta!”.

Hija mía, has de saber que esta fue la primera fiesta que se celebró en el Cielo a la Divina Voluntad que tantos prodigios había obrado en su Criatura. Sí, mi entrada en la Patria eterna fue festejada por toda la corte celestial y jamás se repetirá esta fiesta tan grande.

Hija mía, para terminar nuestros íntimos coloquios te quiero dejar un pensamiento que te sea de consuelo y te sirva de estímulo: recuerda que tu Mamá desea y quiere que la Divina Voluntad reine en modo absoluto en las almas, para darle motivo de realizar en ellas sus inmensos prodigios y renovar para ellas sus fiestas maravillosas en el Paraíso!

EL ALMA:

Madre, Reina de Amor, Emperatriz Soberana, ¡ah, desde el Cielo donde gloriosamente Reinas dirige una mirada de piedad a la tierra y ten piedad de mí! Sin ti me falta la vida y todas las cosas parecen morir. Por eso, no me dejes a mitad del camino, continúa guiándome hasta que en mí todo se haya convertido en Voluntad de Dios; es decir, el día en el cual Ella haya formado en mí su Reino y su Vida!

PRACTICA:

Para honrarme recitarás tres Glorias a la Santísima Trinidad, para agradecerle en mi nombre, por la gloria que me dio en el instante de mi Asunción al Cielo y para pedirme que venga a asistirte en la hora de tu muerte.

JACULATORIA:

Mamá Celeste, guarda mi voluntad en tu Corazón y encierra en mi alma el Sol de la Divina Voluntad.

Consagración del alma a la Divina Voluntad

Oh Voluntad Divina y adorable, heme aquí ante la inmensidad de tu luz, para que tu eterna bondad me abra las puertas y me haga entrar en Ella, para formar mi vida toda en ti, Voluntad Divina.

Así pues, postrada ante tu luz, yo, la más pequeña entre todas las criaturas, entro, oh Adorable Voluntad, en el pequeño grupo de los hijos de tu Fiat Supremo.

Postrada en mi nada, invoco y suplico a tu luz interminable que me revista y eclipse todo lo que no te pertenece, de modo que ya no mire, ni comprenda, ni viva, sino sólo en ti, Voluntad Divina.

Tú serás, pues, mi vida, el centro de mi inteligencia, la raptora de mi corazón y de todo mi ser. En mi corazón no quiero que tenga más vida mi querer humano; lo dejaré a un lado para siempre y formaré el nuevo Edén de paz, de felicidad y de amor.

Contigo seré siempre feliz, y tendré una fuerza única y una santidad que todo santifica y todo conduce a Dios.

Aquí postrada, invoco la ayuda de la Sacrosanta Trinidad para que me admita a vivir en el claustro de la Divina Voluntad, y así regrese en mí aquel orden primero de la Creación, tal y como fue creada la criatura.

Madre del Cielo, Soberana Reina del Fiat Divino, tómame de la mano e introdúceme en la Luz del Divino Querer. Tú serás mi guía, mi dulcísima Madre; cuidarás a tu hija y le enseñarás a vivir y a mantenerse en el orden de la Divina Voluntad. Soberana Celestial, a tu Corazón confío todo mi ser. Seré pequeña: la pequeña hija de la Divina Voluntad. Tú me enseñarás la Doctrina de la Divina Voluntad y yo pondré toda mi atención en escucharte. Extenderás tu manto azul sobre mí, para que la serpiente infernal no se atreva a entrar en este sagrado Edén para seducirme y hacerme caer en el laberinto del querer humano.

Corazón de mi Sumo Bien Jesús, Tú me darás tus llamas para que me incendien, me consuman y me alimenten, para formar en mí la Vida del Supremo Querer.

San José, tú serás mi protector, el custodio de mi corazón, y tendrás las llaves de mi querer en tus manos. Celosamente custodiarás mi corazón y nunca más me lo darás, para estar así segura de no salirme jamás de la Voluntad de Dios.

Angel custodio mío, guárdame, defiéndeme, ayúdame en todo, a fin de que mi Edén crezca lleno de flores y sea la llamada a todo el mundo en la Voluntad de Dios.

Corte del Cielo toda, ven en mi ayuda, y yo te prometo vivir para siempre en la Voluntad Divina.

Fiat!!!

Oración a la Santísima Trinidad para la glorificación de la Sierva de Dios Luisa Piccarreta

Oh Augusta y Santísima Trinidad
Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Te Alabamos y te damos gracias
por el don de la santidad
de tu sierva fiel

Luisa Piccarreta

Ella vivió !oh, Padre!, en tu Divina Voluntad
conformándose, bajo la acción de Espíritu Santo,
a tu Hijo obediente hasta la muerte de cruz,
víctima y hostia agradable a ti
coperando con la obra de la
redención del género humano
Sus virtudes de obediencia y humildad,
de sumo amor a Cristo y a la Iglesia,
nos inducen a pedirte el don de su
glorificación sobre la tierra,
para que resplandezca ante todos tu Gloria,
y tu Reino de verdad, de justicia y de amor
se difunda hasta los confines de la tierra
con el particular carisma del

Fiat Voluntas tua sicut in caelo et in terra

*Recurrimos a sus méritos para obtener de ti,
Santísima Trinidad, la gracia particular que te pedimos
(aquí se pide la gracia)
con la intención de cumplir tu Divina Voluntad.*

Amén

